

AMOR SINCERO
AMOR DURADERO

ANTONIO BALBUENA
CARRERON

PRÓLOGO

Cuando detenidamente leí el bello escrito que escribiera mi hijo Toni, sobre un canto o evocación a lo que yo escribiera en mi primer libro, titulado ***Cuatro diezmeros populares y otros relatos***, al que le dio lectura la alegre y jubilosa noche en la que presentaron otra modesta obra mía, titulada ***El Arroyo de Peñas Blancas***, me quedé gratamente admirado, admirado y maravillado por su maestría y su estilo literario y también por su encomiable sentido metafórico.

En dicho escrito plasma como nadie mejor, sus juegos de niño, a todas luces tímido. Pero con mucho talento y notables dotes de observación, tanto de los lugares en los que jugaba, como en el clima reinante; las gentes que iban y venían, sus ademanes, sus actitudes, sus posturas, sus atuendos, sus formas o maneras de ser. En aquellas tardes de invierno, en aquellas tardes de fina lluvia que golpeaba, que azotaba los rostros de las señoras que cruzaban la calle, que iban y venían; que al echarse la noche encima y la fina lluvia persistía, todos corrían en busca de algún cobijo, de algún refugio, y al que la suerte le acompañaba, se podría cobijar, subiendo a largos pasos, los trancos de la sacristía.

Recuerda también, metafóricamente, a su hermano Facundo (Carlos), cuando éste encajaba inusitadamente un gol que entrababa por la puerta que daba al salón de estar.

Describiendo con destreza, maestría y rigor, la entrada a su casa, observando con cien ojos el desorden por doquier; husmeando, u olfateando, sin buscar nada en concreto, en tanto emitía los primeros silbidos que sus labios habían comenzado a modular, y acariciando la idea de que, en adelante, jamás le darían ya miedo los tiros de las escopetas de caza.

Recuerda también que, al entrar en su casa, vería a su padre con un libro en sus manos. De su padre recuerda también que le contaba cuentos de lobos hambrientos y voraces; también espiaba a su hermana mayor, que abrazaba a su esposo en alguna despedida, recordándole a la sazón, algunas escenas de las películas del lejano Oeste Americano. También recuerda y describe con envidiable ilustración, las historias que su padre contaba de distintos personajes, con diálogos ora sublimes, ora vulgares, que salían de la voz de cueva profunda y lenta de la boca de su padre.

Así año tras año, llega a mayor y se licencia en lengua y literatura, y le pide a su padre que le dé unos folios que tiene escritos, para con ellos, en sus manos, pedirle al alcalde del pueblo que, por favor, tomen el acuerdo de sufragar el importe de la edición del primer libro que, de la pluma de su padre salió, cuyo título era y es, ***Cuatro diezmeros populares y otros relatos.***

En dicho libro se describe con fidelidad y precisión, las largas y duras tareas por las que tuvieron que pasar nuestros personajes, en aquella época de posguerra, de miseria, pobreza y hambre.

Mi hijo Toni que es muy sensible a esta clase de situaciones, de hambre, de penuria, de miseria, de realidad, amarga y aciaga, la sangre se le arde y el alma se le apaga.

Para él, el personaje que más impacto le causó, fue sin duda alguna, ***El Manolín***, por su sencillez, por su ingenuidad y por encima de todo por su necesaria brega, su esfuerzo y afán para trabajar 15 horas diarias de las 24 que tiene el día y la noche, para con aquella brega y afán ganar, si acaso, para comprar un pan y, poco más.

A mí tanto me ha gustado el ***canto*** que le hace al ya citado libro, que me he tomado la licencia o libertad, de ponerlo como prólogo en éste, por ahora, mi último libro, por dos razones muy importantes: primero, para que no se extravíe y se pueda conservar mejor, lo más esencial de tan bello escrito; y, segundo, porque me honra, me enorgullece, que un modesto libro mío lleve como prólogo un retazo de tan bello y primoroso escrito de un hijo mío.

A. Caballero

AMOR SINCERO, AMOR DURADERO

Capítulo I

Era sábado. Las once de la noche del día 4 de septiembre de 1949, cuando Jesús María conducía su flamante Cadillac por la carretera de Los Encinares camino de la ciudad. Se habría alejado de las últimas viviendas del pueblo unos doscientos metros, cuando en medio de la estrecha carretera de grava apisonada, vio plantado en medio de la cinta blanca del carril a un hombre de mediana estatura. Al llegar a la oscura silueta que presentaba aquella figura humana, no tuvo más opción que frenar y parar.

-¿Qué desea usted quienquiera que sea? -preguntó Jesús María al tiempo de bajar el cristal de la ventanilla izquierda de su flamante Cadillac de color café con leche.

-¡Usted, quienquiera que sea, se ha metido con su lujoso coche, en un trigal sin segar, y le advierto que la próxima vez que lo vuelva a efectuar, le cortaré el cuello con ésta! -le dijo mostrándole una navaja cachicuerna de más de veinte centímetros de hoja.

-¡Pero, Dios mío, sea usted quien fuere! ¿De qué me está usted hablando, que yo no sé quién es usted ni de qué me habla? -exclamó y preguntó Jesús María totalmente enajenado, pasmado y extrañado.

-*Señorito*, o como se llame usted, que no le vuelva a ver por este pueblo, porque aquí no se le ha perdido nada, y porque los parias de este pueblo no queremos

ver por aquí a los señoritos con lujosos coches de larga cola, váyase a la ciudad, que a los tipos como usted, en la ciudad es donde les pega estar, y déjenos aquí en el pueblo a los pobres y a los humildes en paz -le soltó aquel hombre de un tirón con los ojos saltones de rabia o de saña, que Jesús María observó con la exigua luz del interior del coche.

-Sigo sin entender lo que me está diciendo y le ruego que me dé usted una explicación porque la verdad es que no entiendo nada de nada de lo que me está diciendo -dijo Jesús María con tono de ruego.

-Qué bien preparados están ustedes para hacer de comediantes, de simuladores o farsantes, pero conmigo no le vale porque yo no soy comediante, soy comedido, ¡pero también soy eficaz, enérgico y vigoroso para partirle la cara a los merengues y presumidos guaperas como usted! -exclamó aquel desconocido sañudamente incitando y provocando a Jesús María para que saliera del coche y comenzar a liarse a los puñetazos y a las bofetadas con él.

-Dejémoslo estar y ya nos veremos las caras en otro lugar más propicio y más conveniente —dijo Jesús María al tiempo de arrancar su flamante vehículo, tras de él quedó el furibundo y exaltado desconocido, pateando el afirmado pavimento del carril, gritando y lanzando piedras que, por suerte ninguna de aquellas piedras que lanzó con brío y violencia le alcanzó.

Jesús María llegó a su casa pasadas las doce horas de aquel lamentable y turbulento sábado, pero su madre, doña Virtudes, aún estaba levantada haciendo croché, y al entrar su hijo, al instante intuyó que a Jesús María le habría ocurrido algo negativo porque su semblante, su

aspecto lo delató: su madre observó la cara de su hijo y enseguida comprendió que a su hijo le había ocurrido algo extraño, algo negativo, por lo que al instante le preguntó:

-Te noto muy raro, hijo mío; esta noche te ha pasado algo. No me cabe la menor duda. Dime qué ha sido.

-Madre, sí, esta noche me ha pasado algo que no te puedo explicar el motivo, porque yo no he hecho nada malo a nadie y sin embargo me han amenazado de muerte.

-¿Cómo ha sido, hijo mío, y quienes han sido los que te han amenazado de muerte? -preguntó expectante doña Virtudes a su hijo.

-Te lo voy a contar tal cual, pero que no se lo digas a papá, pues deseo que esto quede entre tú y yo -pidió Jesús María a su madre.

-Dime, dime, cuéntame, hijo mío -apremió doña Virtudes a su hijo.

-Cuando hube salido del pueblo de estar con Rosita, como a cien metros de la última casa del pueblo, se plantó en mitad de la carretera un hombre de mediana estatura, pero de músculo fuerte. Se abrió de piernas y de brazos y me indicó que parase. Al instante, frené y paré y al momento se acercó a la ventanilla, y con los ojos desorbitados y con las manos fuertemente afianzadas en la base de la ventanilla, me dijo “que, con mi lujoso coche, me había metido en un trigo sin segar, y que la próxima vez que lo hiciera me cortaría el cuello con ésta”, y me enseñó una navaja cachicuerna con más de veinte centímetros de hoja.

-Yo le dije que me explicara el motivo porque no sabía de qué me estaba hablando. Y él me dijo: “qué bien preparados están ustedes para hacer de comediantes, de simuladores, yo no soy comediante, yo soy comedido pero también soy eficaz, enérgico y vigoroso para partirle la cara a los presumidos merengues guaperas como usted.”

-Y sin más yo arranqué el coche y él se quedó pataleando en medio de la carretera, maldiciendo y lanzándome piedras que, por fortuna ninguna me alcanzó.

-Esto ha sido todo, madre, y no te puedo contar más porque nada más ha pasado.

-¿Y tú quieres o deseas que papá no sepa nada de esto? -preguntó doña Virtudes a su hijo, poco convencida y menos segura.

-Así es, madre, porque papá tiene mucho genio y la puede liar gorda.

-Pues yo pienso y opino que es papá quien tiene que saber este hecho, porque papá es lo suficiente sensato para aclarar de forma y manera propicia y satisfactoria lo que te ha ocurrido y por qué te ha ocurrido -dijo con sensatez doña Virtudes a su hijo.

La mañana siguiente, domingo, don Silverio se acicaló como de costumbre, para ir a misa de once, y después cogería el autobús para ir al pueblo de Prado Alto, donde tomaría su caballo y bajaría, como cada domingo, a la Gran Casona donde estaría con sus hermanas hasta las siete de la tarde, que a esa hora cogería su caballo que lo llevaría de nuevo al pueblo, donde tomaría el autobús de las ocho y marcharía a casa,

Pero antes de salir con doña Virtudes para oír la misa de once, su esposa le relató pormenorizadamente lo que sabía sobre su hijo.

Don Silverio, al relatarle su esposa lo que había, quedó como alelado, pasmado y confuso, y al momento entró en el dormitorio de su hijo y le llamó y preguntó:

-¿Qué me dice mamá que te pasó anoche, porque eso hay que aclararlo, porque eso es grave, es más grave de lo que tú puedas pensar?, -de esta manera preguntó don Silverio a su hijo.

-Déjalo estar, papá, porque eso puede quedar en nada y Rosita nos lo podrá aclarar mejor, porque ella tiene que saber quién es el chulo matón ese -le pidió Jesús María a su padre, con deseo de que aquello se quedara en nada y no se le diera más importancia de la que él le daba.

-No, Jesús; eso tiene más importancia de la que tú puedas pensar, pues en estos casos, que yo presiento que son celos, eso nos puede acarrear que pueda hasta haber sangre -dijo don Silverio muy acertadamente.

-¿Y qué podemos hacer, papá? ¿Cómo crees tú que se pueda proceder en un caso como éste? -preguntó doblemente Jesús María a su padre.

-Espera a ver que lo piense, porque en este caso que yo lo creo y lo veo un tanto resbaladizo y peligroso, se puede obrar de diversas maneras, y tenemos que pensar y ver cuál de esas diversas maneras es la más acertada y viable -dijo don Silverio mordiéndose el labio inferior y con expresión en su rostro de concentración, cavilación y reflexión.

Momentos después se dio una palmada en la frente y dijo:

-¡Ya lo tengo!

-¿Qué es lo que ya tienes, padre? -preguntó su hijo con expectación y a la vez con un rayo de esperanza.

-Este domingo voy a perder la santa misa, irá mamá sola y yo voy a tratar de poner en marcha un plan que puede ser el más sencillo, el más económico y el más eficaz.

-¿Cómo lo vas a hacer, papá, porque yo no quiero que arriesgue nada por este caso fútil, trivial y baladí? -le dijo el hijo al padre, pero en su ánimo interno tenía deseo de que se pudiera hacer algo en aquel escabroso y salvaje caso.

¡Ya! ¡Ya lo tengo!, -exclamó don Silverio dándose un sonoro golpe con la palma de la mano en la frente.

-¿Qué has pensado, padre? -preguntó Jesús María expectante, porque conocía a su padre y sabía que era capaz de resolver lo más arduo y peliagudo que se le presentase.

-¿Tú tienes pensado de ir, hoy domingo, a ver a Rosita? -preguntó don Silverio a su hijo.

-Tengo deseos de ir, pero tengo mis recelos, tengo mis prejuicios por lo que pueda pasar con ese loco -se sinceró el hijo al padre.

-Pues si tu deseo es ir a verla lo vas a hacer, pero te irás un poco más tarde que de costumbre, porque vas a llevar un buen guardaespaldas.

-¿Y eso cómo, de qué manera se puede hacer, y quién puede comprometerse a ello?, -preguntó Jesús María con un rayo de luz y de esperanza en su interior, y que no deseó exteriorizar ante su padre.

-Yo ahora me voy en el autobús de las once para el pueblo de Prado Alto, y tú te estarás aquí hasta que yo vuelva. ¿Entendido?

-¿Entendido, padre?

Don Silverio le comunicó a su esposa, a doña Virtudes, que aquel domingo no podría ir a misa, porque tenía que resolver un importante asunto en Prado Alto y se iba de inmediato para ver si le daba tiempo para coger el autobús de las once.

-Ten cuidado con lo que haces porque la vida está muy mala y puedes cometer un error del que te puedas arrepentir cuando ya no haya remedio

-le advirtió doña Virtudes a su esposo con mucha lógica y con mucha sensatez.

El autobús de las once lo cogió don Silverio por los pelos, y para las doce ya estaba en Prado Alto. Enseguida se fue al cuartel de la Guardia Civil y al Comandante de Puesto le contó lo que ocurrió la noche anterior con su hijo y con un tal Pepe Gallardo, y al Comandante de Puesto le pidió, de favor, que aquella noche se apostara por el mismo lugar una pareja del Instituto Anado para que vieran u oyeran con el hombre que iba a poner en lugar de su hijo y después pudieran dar fe de lo que habían visto u oído. El Comandante de Puesto le afirmó que se haría tal como

le pedía, por lo que don Silverio le dio las gracias y se retiró y se fue derecho a casa del cuidador de su caballo, Francisco Román, conocido en el pueblo por Paco Román. Éste era un hombre que frisaría los 40 y era alto y musculoso y con tenacidad, firmeza y tesón, por lo que, en el pueblo, estaba considerado como un hombre de mucha estima y aprecio y sobre todo como un hombre de muchos bríos y arrestos.

Don Silverio le planteó a Paco Román, el motivo de aquella visita tan intempestiva, porque don Silverio, lo más frecuente era ir a la Gran Casona por las mañanas de cada sábado, como lo había hecho el día anterior, pero que esta visita extraordinaria -le dijo a Paco Román-, se debía a un asunto que debía solucionarse con toda rapidez y eficacia.

-Porque te conozco y tengo fe en ti, te ruego que me prestes este servicio, que estoy seguro que tú eres capaz de ejecutarlo sin gran esfuerzo para ti. Esto, así a primera vista, podrá parecer una inverosímil paradoja, pero en realidad es algo muy inteligente y sensato. Siempre, claro está, que la persona que lo va a realizar y lo lleve a cabo sea un hombre vigoroso y entero como tú. Defendiendo, al mismo tiempo, a un joven inocente y prestando un servicio grandioso y colosal, a un hombre que te estima y aprecia desde hace más de diez años que te conoció.

-Dígame lo que sea don Silverio, porque yo estoy deseoso de saber de qué se trata, por tantos circunloquios cómo está usted empleando para pedirme lo que sea, lo que me tenga que pedir -dijo Paco Román con evidente deseo de saber de qué asunto se trataba.

-Te pido Paco, por favor, que hoy te vengas conmigo a la ciudad, donde comeremos en casa, y a eso de las siete de la tarde debes ir con Jesús María, en el coche al pueblo de Los Encinares, y mi hijo entrará en casa de su novia, en casa de Rosita, y tú mientras tanto te darás un paseo por el pueblo o te quedarás dentro del coche, como tú mejor lo prefieras o desees. Y al dar Jesús María por terminada la visita con su novia, tú cogerás el volante del coche (porque creo que tú sabrás conducir el Cadillac), y mi hijo se recostará en los asientos traseros, como si en el coche no fuera nadie más que tú, y cuando salga a ti el tal Gallardo ese, tú te las entenderás con él como mejor quieras o puedas. Y que el tal Gallardo crea que tú eres mi hijo, que evidentemente Jesús María es más pálido que tú en estas lides, y por eso deseo y espero que, en lugar de mi hijo tú le des una buena lección al insolente, grosero y villano ese, para que con la lección que le des se le vayan sus tercios amoríos descontrolados y esos humos subidos a la cabeza y ya no vuelva a molestar a mi hijo más. También quiero que sepas -continuó- que en el lugar del que ese sujeto salga al coche, creyendo que eres mi hijo también habrá una pareja de la Guardia Civil camuflada por esos alrededores, para después de lo que ocurra entre ti y el sujeto ese, den testimonio veraz de lo que oyeren o vieren.

Lo entiendo perfectamente, don Silverio, y le aseguro que ese imbécil sinvergüenza se va a acordar de la teta que mamó cuando era niño -dijo resolutivo Paco Román.

Paco Román tenía amplio conocimiento de lo ocurrido la noche anterior entre Jesús María y el tal

Pepe Gallardo, porque don Silverio se lo había detallado de cabo a rabo. Como se pensó se hizo y Paco Román aquel domingo, sobre las siete de la tarde, conducía el lujoso Cadillac por la estrecha carretera que llevaba al pueblo de Los Encinares, y Jesús María indicaba a Paco Román las calles que tenía que tomar para llegar a la puerta de la casa de Rosita.

Una vez en la puerta de la casa de la novia de Jesús María, éste se bajó rápido y le dijo a Paco Román que él podía darse una vuelta por el pueblo mientras él hablaba con su amada, y que sobre las diez y media saldrían para la ciudad, no sin antes darle a Paco Román una buena propina para que se invitara, que Paco Román de ninguna de las maneras quería aceptar, pero ante la insistencia de Jesús María, terminó por aceptarla, dándole muy cumplidas gracias.

Sobre las diez y media del domingo día cinco de septiembre de 1949, salió Jesús María de casa de Rosita y a esa misma hora ya estaba Pepe Román esperando dentro del coche, afianzando el volante con sus dos manos, anchas de labriego. Al instante, Jesús María le dijo a Paco Román, que Rosita le advirtió que el tal Pepe Gallardo tenía fama en el pueblo de camorrista, de bravucón, pero que siempre salía perdiendo y que a ella también un día la hubo amenazado porque en un baile, aún de niña, se empeñó en bailar con ella sin ella desearlo, pero que era muy cabezota y nunca cejó en este empeño y que para ella jamás fue una persona de su agrado, ni tan siquiera para contarle entre sus amigos.

En el mismo lugar donde la noche anterior, sobre la misma hora apareció la misma silueta oscura y en la

misma posición: con los brazos y las piernas abiertas en medio de la cinta blanca de la carretera.

Paco Román tocó el claxon con tres largos pitidos y la silueta oscura ni por éstas se inmutó.

Como a unos tres metros, Román paró el coche, y al instante el desconocido se acercó a la ventanilla como la noche anterior:

-Anoche le dije, le advertí, que la próxima vez que le volviera a ver pasar por aquí le cortaré el cuello con ésta (le enseñó la cachicuerna).

Román abrió la puerta del Cadillac y, con un arranque de energía y genio, le dijo:

-¡Seguro que ya no me volverás a ver pasar más por aquí, porque te voy a partir la cara, y con la cara partida no es posible que me veas pasar más por aquí ni por ningún otro lugar! -le vociferó con el mentón hacia delante y los brazos abiertos y amenazantes, y sin mediar palabra alguna por parte del Gallardo, al tiempo de echar mano a la cachicuerna, Román le pegó un fuerte puñetazo en el parietal izquierdo que Gallardo dio un traspies y cayó redondo al suelo. Lo dejó noqueado, y enseguida lo cogió de las solapas de su chaquetilla y lo levantó y lo puso en vilo, mientras le soltaba los dichos más obscenos del populacho andaluz: eres un maricón, eres un hijo puta, eres un cobarde amenazando con la cachicuerna; eres un cabrón, eres un cerdo, y sólo eres un asusta viejas y pisalirios. Y a continuación, con la manaza izquierda sujetándolo por la solapas de su chaquetilla, le arreó una guantada, a mano llena, que seguro que le partió el tabique nasal a juzgar por el chorro de sangre que resbalaba por la barbilla hasta el

cuello de la camisa. Ahora el bravucón de Pepe Gallardo, sólo decía:
-¡Perdóneme, señor, quienquiera que sea, porque ya no volveré a meterme con usted ni con nadie más, en lo que me resta de vida!

En este momento se presentó la pareja de la Guardia Civil, que había estado viendo y oyendo todo lo que ocurrió, camuflados entre unos arbustos de cerca de la carretera, y cuando a Pepe Gallardo le pusieron su pañuelo fuertemente anudado en la nuca, le dijeron a Paco Román que siguiera su camino, y a Pepe Gallardo le dijeron tú te vienes con nosotros y, allí en la Sala de Armas del cuartel nos contarás lo que has hecho y te traes consigo la cachicuerna para decirle al comandante de Puesto para qué la usas, para qué la quieres.

Cuando la pareja de la Guardia Civil llegó al cuartel con Pepe Gallardo, aún seguía manando sangre de la nariz, y en la Sala de Armas, le quitaron el pañuelo todo empapado, y le pusieron manta de algodón con agua oxigenada y un poco de yodo. Después le cogieron la manta de algodón con una venda de gasa y se la ataron muy bien.

Cuando le hubieron limpiado y curado de la mejor manera que pudieron y supieron, el sargento le preguntó por los hechos ocurridos, y él le dijo que había sido un ataque de celos, porque esa niña le gustó a él desde muy temprana edad y, al saber ahora que era novia de otro hombre y, además de la ciudad, no pudo reprimir sus celos e intentó amilanar, a intimidar, a ese joven para ver si con ello la olvidaba y la dejara libre y él podría conseguirla alguna vez, pero que ahora estaba totalmente arrepentido y ya no lo volvería a hacer más

-dijo con mucha dificultad por tener la venda apretándole la nariz.

-Pues te ha salido el tiro por la culata y si lo volvieras a intentar, ese joven te remataría de una vez -le dijo el sargento sin aclararle, ni por asomo, que había sido otro hombre el que tan fiera y bestialmente le atacó. ¿Tú no sabes -prosiguió- que con esa actitud no se consigue el amor de una mujer? El amor de una mujer se consigue amando a todos y a todas, comportándose correcto y adecuadamente con todos los que nos tratamos y con todos los que nos rodeamos -le dijo el sargento en tono de consejo y de advertencia.

-Sí, señor; lleva usted razón y en adelante cambiaré de comportamiento y proceder -dijo Pepe Gallardo siguiendo con la misma dificultad para hablar.

-Ahora tú, con ese gesto, con esa actitud tuya, has perdido doblemente: te has librado por casualidad de que ese joven te podía haber matado y, además, aquí en este Cuerpo de Guardia Civil, figurarás en el libro, en la lista de los delincuentes comunes, y contando conque ese hombre no te denuncie por amenaza de muerte, con tu famosa cachicuerna, y puedas ir a la cárcel por un tiempo no muy escaso. Que por cierto, y a propósito de la cachicuerna, ¿para qué la compraste? Porque no sería para partir el pan ¿qué me dices a esto? -le preguntó el sargento muy de veras.

-No señor, mi sargento, esa navaja me la encontré yo en el campo -dijo incrédulo a todas luces.

-No; esta navaja tú nunca te la encontraste, no mientas y dime la verdad, pues de lo contrario seré yo el que te denuncie por falso, por embustero -dijo el sargento a punto de montar en cólera.

-La verdad, mi sargento, es que la compré para cortar varas gruesas para pegarle a la burra porque es muy floja y no quiere andar -dijo a todas luces mentira otra vez.

El sargento hizo una mueca como de risa por el disparate, por la tontería que dijo y no quiso seguir preguntándole más, dejándolo marchar sin antes recordarle de nuevo que quedaba inscrito en el libro de los delincuentes comunes, rateros, villanos, peligrosos, vagos y maleantes.

Capítulo II

Cuando Paco Román y Jesús María llegaron a la ciudad, eran algo más de las doce de la noche, y encontraron a don Silverio dando paseos, con pasos largos, desde un extremo a otro del largo comedor. Lo vieron desde el alto ventanal que daba a la calle por donde entraron. Doña Virtudes, como siempre, haciendo croché, y al entrar, primero Jesús María y tras él Paco Román. Don Silverio preguntó con rostro adusto, por cómo había ido todo.

-Todo ha salido a la perfección, don Silverio; y el *matón* ese ha quedado escarmentado y jamás volverá a las andadas, porque se le ha dado una buena propina incluso bañada en sangre: la Guardia Civil se presentó en el momento preciso y todo lo ocurrido lo vio y lo oyó. Se lo llevaron para el cuartel, para curarlo, para encerrarlo o para lo que crea oportuno, y ya no le podemos contar más.

-Ah, lo que también sabemos es que me dijo literalmente: “Perdóneme, señor, quienquiera que sea, porque ya no volveré a meterme ni con usted ni con nadie más, en lo que me resta de vida”

-Bien, muy bien; así que ahora pensarais que lo planeé bien, y que mi plan era el más breve, el más directo, el más económico y el más eficaz.

-La verdad que sí, Silverio; la verdad que sí papá, la verdad que sí, don Silverio, todos reconocieron que fue el mejor plan. Que fue muy bien estudiado y muy bien llevado a cabo. Y el que lo protagonizó, que fue el hombre más impasible y bizarro, el más brioso y

varonil, fue sin lugar a dudas nuestro más que abnegado y sacrificado servidor, don Francisco Román.

-Anoche a Gallardo lo iban a matar: llegó a su casa a altas horas de la noche con una gasa liada en la cabeza y todo mojado en sangre -decía una señora en el mercado.

-Y ¿cómo se cayó y en dónde porque yo me estoy enterando ahora, y eso que soy vecina de Pepe Gallardo? -preguntó otra señora con gesto de interés.

-No, no; no fue caída, fue que le pegaron, que lo iban a matar, porque Gallardo se mete siempre en todos los fregados y algún día le pasará algo gordo -dijo otra señora que conocía muy bien a Pepe Gallardo.

-Dicen que fue por celos, porque él quiere a Rosita la de Andrés y Rosita ya tiene novio, que es de la capital y que viene con un cochazo que no lo hay mejor en toda la comarca -dijo otra de las señoras mientras cogía la vuelta de lo que había comprado.

El sábado siguiente, día once de septiembre, Jesús María llegó a casa de Rosita más temprano que de costumbre y llevaba *in mente* pedirle al padre de Rosita, a Andrés, que la dejara llevarla a la ciudad para que ella conociera a su madre y su madre a ella, para que se conocieran mutuamente.

El bueno de Andrés Alonso no puso ninguna objeción y lo único que pidió es que también se lo pidiera a su madre, a Emilia López.

Emilia, al igual que su esposo, no objetó nada al respecto y lo único que pidió a Jesús María, fue que prestara mucha atención al volante del coche no fuera que por distracción pudieran tener un accidente.

-No se preocupe doña Emilia (Jesús María era muy correcto para hablar con todos y más con los padres de su amada), que yo para conducir soy muy precavido y prudente, pero que, si tiene que pasar algo, pasará con prudencia o sin ella.

-Ya está ahí el Cadillac de la cola larga, de color café con leche, el coche de tu amigo, el señorito, el del novio de Rosita la de Andrés Lozano, y ha preguntado por ti- dijo un joven a Pepe Gallardo y éste se asustó:

-Pero ¿qué dices? ¿Qué me estás diciendo que yo no lo entiendo? -preguntó Pepe Gallardo al joven que le dio la broma, demudado de color.

-Que sí, que lo he visto llegar y lo primero que ha hecho al bajarse del Cadillac ha sido preguntar por ti -le afirmó el otro joven con la intención de ver la reacción de Pepe Gallardo.

-No me digas tonterías y yo te hubiera visto luchar con él, ese elemento es un monstruo, pero eso es porque tienen mucho dinero y se van a gimnasios y a otros lugares donde los enseñan a mover los puños y a luchar.- Yo he soñado muchas noches con él y te juro que me acuerdo de los puñetazos de hierro que da, y me entra tembleque por todo mi cuerpo, y mira la nariz que me ha dejado el monstruo ese, y si me hubiera dado otro puñetazo yo no estaría aquí hablando contigo, pues estaría criando malas. Si ese tío largo se pone delante de ti con el mentón hacia delante, un poco encorvado y con los brazos colgando y los puños cerrados, es que te cagas. Que te lo digo yo. Ese tío pega unos puñetazos con la misma contundencia y fuerza que la coza de un potro de dos años, que te lo digo yo, que se pone delante de ti y te entra tembleque por todo tu cuerpo y te cagas

la pata abajo, que te lo digo yo, porque na' más que de pensarlo me entra diarrea, que te lo digo yo...

-Pero la verdad es que no hay otro coche como ese en toda la comarca -dijo otro joven en la plaza del pueblo.

-Pero no sólo no lo hay en toda la comarca sino ni en la ciudad: ese coche es americano y valdrá un huevo -dijo otro joven que se tenía por muy conocedor de todas las marcas de coches.

Cuando salieron de casa de Rosita camino de la ciudad, serían las ocho de la tarde del segundo sábado del mes de septiembre y, cuarenta y cinco minutos después estaban aparcando el lujoso Cadillac en el parking privado de don Silverio.

Cinco minutos después, Jesús María llevaba cogida de la mano a Rosita, subiendo las amplias escaleras de mármol gris que llevaba a la puerta principal de la grandiosa y amplia vivienda.

Jesús María, pulsó el botón del timbre y enseguida abrió la puerta, la gran puerta de madera de roble, la criada de pelo castaño, aseado y limpio que siempre lucía Virginia, la modosa y atenta criada.

El saludo de Rosita con ésta fue breve, pero Jesús María notó que Virginia se quedó pasmada.

En la salita de estar, se hallaba doña Virtudes, como siempre haciendo croché, y al ver entrar a su hijo mayor cogiendo de la mano a la dulce y bien plantada Rosita, se levantó de la hamaca con un sonoro ¡Ay!

Rosita, aquella tarde llevaba el mismo vestido que estrenara la tarde del bautizo de Laurita, la hija de Miguel, el mismo que sustituyera a su padre como

administrador de la Gran Casona. Era un vestido de seda de color verde con bonitos adornos blancos a la altura del cuello.

Este vestido lo estrenó, como ya tenemos señalado, la tarde-noche del bautizo de Laurita, la hija de Miguel y Laura, y con este vestido fue con el que Jesús María se enamoró de ella hasta la médula, hasta el corazón.

Rosita, ya lo sabemos, era guapa, dulce y tierna, tanto en lo físico como en lo espiritual.

Era de piel blanca y sana y su altura frisaría los 1,75 metros. Era un poquito más baja que Jesús María, pero un poquito y nada más.

Sus ojos negros casi exagerados de grandes; su pelo negro azabache, con bonitos anillos liberados, sin toque de clase alguna sino suelto y liberado cayéndole, en cascada sedoso y aseado, como quince dedos por bajo de la nuca y los hombros.

Era, en fin, una joven guapa, de trato afable y sencillo y de mirada dulce y a la vez inteligente.

Por eso doña Virtudes, al verla entrar de la mano de su hijo, se le escapó un sonoro “¡ay!”, y se abrazó a ella como si la hubiera conocido de toda la vida.

Después, don Silverio que ya la conoció también en el bautizo de Laurita, se alegró sobremedida al ver aquella guapa joven por primera vez en su propia casa.

Al hijo menor de don Silverio, Silverio también como su padre, que nunca antes la había conocido, se quedó también maravillado al verla y después del beso de presentación, la miró bien de arriba abajo y, ni corto ni perezoso, enseguida le dijo a su hermano “qué buen ojo has tenido, chico.” ¡Qué buen ojo has tenido!

Ahora recordaron que alguien al describirla dijo la siguiente frase: “Bajo la corona negra como el azabache de sus cabellos, su cara tenía forma de corazón que irradiaba dulzura.”

Rosita por su parte quedó también muy complacida al conocer a la familia de Jesús María, aunque no le sorprendió tanto como a ellos, porque ella, al conocer y tratar a Jesús María, se imaginó a su familia tal cual la conoció.

Doña Virtudes que aún no era sexagenaria porque solo contaba 59 años, también era una mujer bien parecida y de trato afable además de ser una mujer culta, dotada de buenas cualidades provenientes de la cultura.

Aquella noche pusieron la mesa entre Virginia, la criada y ayudó diligentemente, Rosita, que doña Virtudes quedó admirada al ver la desenvoltura y destreza de Rosita para poner mantel, platos, cubiertos y demás. Sabiendo, al instante, donde podría estar cada cosa necesaria para poner una mesa como Dios manda.

Aquella noche cenaron las seis personas que había, incluida la criada. Rosita entre desenvuelta, dulce y un poco tímida, lo pasó muy bien y le agradó la llaneza y la naturalidad con que todos se comportaron, hablando todos de temas triviales, aunque también se tocó, por los pelos, el caso de Pepe Gallardo, y en lo poco que se habló del tal asunto, Rosita declinó hablar del tema y dio a entender que el manido tema no le interesaba y rehuía contestar a lo poco que del mismo le inquirían y enseguida se dio cuenta de que todos, excepto Jesús

María, deseaban que sobre el susodicho tema ella se explayara.

Cuando don Silverio, muy perspicaz, se dio cuenta de que ella deseaba obviar el tema, echó la conversación por otros derroteros y preguntó a Rosita que si su hermana menor tenía también novio, a lo que ésta lo negó rotundamente y ya el coloquio arribó hacia otros senderos, que don Silverio, psicológicamente coligió desde el momento en que el tema salió a relucir.

A otro día, domingo, Jesús María y Rosita fueron a misa de diez, y después, cogieron el coche, y visitaron algunos de los muchos monumentos que había en la ciudad, y al mediodía comieron los dos en un restaurante de cierto lujo. Y Rosita quedó maravillada de todo lo que vio, porque antes nunca vio lo que este día Jesús María le enseñó.

Este domingo fueron muy felices los dos, porque lo pasaron divino, y Jesús María llevaba a Rosita de la mano con mucho orgullo y se sintió muy feliz al pensar que sería envidiado por los muchos amigos que tema y conocía con motivo de su trabajo como profesor de matemáticas en la Universidad.

Sus corazones se desbordaban de alegría viéndose así: cogidos de la mano con la cabeza erguida, mirando y mirando todo lo que había que ver, y Jesús María de cuando en cuando se paraba a saludar a algún compañero o alumno de la Universidad, y se le notaba muy contento al presentar a su novia a todos sus amigos y conocidos con quienes se topaban en aquel maravilloso bulevar o paseo marítimo, porque para él ya no había otra mujer en este mundo más elegante y guapa que su Rosa (ahora no expresó en su interior el

diminutivo de Rosita porque para él el nombre de Rosa es muy hermoso, tan hermoso como la persona que lo lleva), y en diminutivo pierde valor un nombre tan sublime, tan perfecto y tan divino.

Aquella tarde Jesús María presentó a Rosita a muchos amigos y conocidos y todos quedaron prendados de la novia tan guapa que tenía su compañero o profesor.

Rosita no cabía de gozo en su bonito vestido de seda de color verde con adornos blancos a la altura del cuello. Algunos de los muchos amigos y compañeros de Universidad, que le presentó en el paseo marítimo de la ciudad, también llevaban pareja, unos casados y otros solteros como Jesús María que ya pasó de los 29, cuando ella sólo tenía 22.

A las ocho de la tarde de aquel memorable domingo, salieron veloces hacia la casa de Rosita, hacia Los Encinares, y llegaron sobre las nueve de aquella tarde- noche.

Los padres de Rosita, Andrés y Emilia ya habían tenido disgusto por la hora que era porque como aún no existían los móviles, no supieron nada de ellos desde la tarde del día anterior.

Después de los saludos de despedida Rosita contó a sus padres lo bien que lo había pasado, porque Jesús María tiene una familia que es un encanto, y a ella la trataron como a una reina Y hasta la madre de Jesús María, que tiene porte de gran señora, no tuvo reparos en afirmar, delante de todos, que yo era un encanto de mujer, y el hermano de Jesús María le dijo a su hermano “vaya ojo que has tenido, chico”. Así que no os podéis imaginar la gran acogida que me han dispensado en casa de Jesús María.

-Tú, Rosita, para nosotros eres una reina, y por tanto queremos para ti lo mejor, pero ¿quién te dice a ti que ese hombre, con su categoría, con su brillante carrera, de una familia de lo más importante de la ciudad no querría aprovecharse de ti y cuando se cansara, si te vi no recuerdo? -dijo y preguntó Emilia a su hija costándole lo suyo hablarle así a su hija-. Tú sabes muy bien o debieras saber -continuó- que el dinero busca al dinero y es muy extraño que un joven de esa categoría renuncie al dinero, sólo por amor a ti.

-Mamá, que entiendo muy bien lo que me estás diciendo, pero yo, en este momento, pondría la mano al fuego por la sinceridad de Jesús María, porque es una persona desinteresada, que casi odia al dinero y que el amor que hoy por hoy me profesa, es sincero, sincero y sincero -terminó Rosita tan segura como difícil es llegar con la mano al cielo.

-Yo, ¿qué quieres que te diga, hija? ¿Qué piensas que yo pueda desear para ti? Pero que sería una desgracia que ese joven guapo, apuesto, con brillante carrera y con dinero, se aprovechara de ti. De la hija de unos padres de clase media, pero que hoy por hoy, eres, gracias a Dios, la joven más bella y tierna de la localidad. Y eso lo dice la gente, en los lavaderos públicos, en el mercado, en las barberías y en todos sitios, que eres en este pueblo la *Gáner* esa de las películas (se refería a Ava Gardner), y sería una pena, una gran pena, que un joven apuesto y con mucho dinero, se riera de ti, y, entonces todo tu valor, toda tu hermosura, todas las envidias de las jóvenes, todas, del pueblo, se esfumarían, se desvanecerían y tú seguirías siendo una mujer guapa, pero despreciada de todos,

porque hoy en día en esta sociedad, a la mujer que le han dado *el palo* se queda ya despreciada, arrinconada, desechada...-terminó Emilia su muy inteligente profecía, o presagio.

-Lo que dices es verdad, mamá, pero eso no lo tenemos seguro nadie, y porque eso pudiera ocurrir, nos plantamos ante todos los que te miren con buenos ojos y te confiesen que te quieren de verdad y les dices que no rotundamente, por lo que pueda venir, por lo que pueda pasar -dijo Rosita a su madre con mucho realismo, con mucha precisión y exactitud.

-Ese muchacho, en lo poco que yo lo he tratado, es para mí un joven de mucho tesón, educación y talento, y si tú te portas bien espero que serás muy feliz con un hombre y una familia así -dijo Andrés delante de toda su familia, después de haber escuchado a su mujer y también las muy acertadas respuestas de su hija.

-Padre, es que no te lo puedes imaginar, que hasta don Silverio, don Silverio Alonso que, así a primera vista, tiene porte o aspecto de hombre más bien severo, me ha tratado como a una hija más y, yo, cada día estoy más segura de que el cariño, el amor que me profesa Jesús María es un amor sincero. Y hoy por hoy, soy muy feliz al saberme amada por un joven de la talla de Jesús María, porque a veces pienso que esto es un cuento como el de *Alicia en el país de las maravillas* o como otros muchos cuentos palaciegos de príncipes y princesas, pero cuando veo el entusiasmo, la conmoción que he despertado, que he suscitado en la familia de Jesús María, estoy convencida de que su amor por mí es sincero.

Capítulo III

El último sábado del mes de septiembre, Jesús María llegó a casa de Rosita a eso de las siete de la tarde, y al igual que el sábado anterior, pidió de nuevo permiso al padre de Rosita, y éste le dijo igual que le dijera el sábado anterior: que se lo pidiera también a su esposa, a Emilia.

Emilia le dijo igual que el sábado anterior, pero que, ante todo, tuviera mucha prudencia con el volante del coche, porque según la radio, el último fin de semana, hubo en las carreteras españolas más de quince muertes.

-Muy bien doña Emilia, por el consejo, por la advertencia, pero le puedo asegurar que a mí el volante del coche me causa mucho respeto y siempre que lo cojo pido para sí a Dios y a la Providencia divina, que me libre y me deje llegar y volver, sano y salvo, al destino donde me conduzca o dirija.

Está muy bien lo que dices, Jesús María, pero como dice el refrán “guárdate y te guardaré”. Nosotros tenemos que poner de nuestra parte, aunque así y todo será siempre lo que Dios quiera.

Salieron a eso de las ocho de la tarde y cuarenta minutos después ya estaban dejando el Cadillac en el parking de la casa.

Subieron otra vez por la amplia escalera de mármol gris, cogidos de la mano, y al llegar a la puerta principal ya estaba allí la buena de Virginia con la puerta abierta, porque los había visto llegar por la ventana que daba al parking.

-Buenas tardes, Virginia -saludaron al unísono los dos, siempre cogidos de la mano.

-Buenas tarde, tengan ustedes, señorito Jesús María, y Rosita - saludó Virginia también.

Al llegar a la salita su madre, como siempre estaba sentada en la hamaca haciendo croché, que a doña Virtudes le encantaba esta labor de ganchillo.

-Buenas tarde, mamá, buenas tarde tenga doña Virtudes -saludó Rosita.

-No; no te lo consiento, Rosita -dijo doña Virtudes a Rosita al tiempo de levantarse de la hamaca para besarla. A mí no me trates de doña, ¡faltaría más!; yo para ti soy Virtudes, Virtudes Torres, y nada más.

-¿Qué os pongo, qué vais a tomar? -preguntó doña Virtudes a su hijo y a Rosita.

-No madre; vamos a salir Rosa y yo para tomar algo fuera, ¿pero y papá? -preguntó Jesús María a su madre.

-Padre esta tarde ha salido con un amigo para ir al campo de golf, porque mañana van a jugar unos amigos y también jugará papá.

En el restaurante que entraron había poca gente y se fueron hacia una mesa y se sentaron. Al momento un camarero de immaculada chaqueta blanca y pajarita oscura al cuello, se acercó a ellos y dijo qué iban a tomar.

-Yo deseo un vermut fresquito -dijo Jesús María.

-Y la señora qué va a tomar -preguntó a Rosita.

- A mí me pone un refresco de lo que tenga, pero, por favor, que no me trate de señora, pues soy joven y aún estoy soltera.

-Es costumbre de la casa, señorita o señora -dijo el camarero algo subido de color.

-Rosa, ¿es que no te pega que te nombre por señora? -le preguntó Jesús María riendo.

-Naturalmente que no me pega, pues aún soy, como quien dice una chiquilla -afirmó Rosita también riendo como Jesús María.

-Pronto te vas a convertir en señora, en señora de un tal Jesús María -dijo Jesús María otra vez riendo.

-Pues anda que no falta todavía nada para eso...- dijo Rosita sin dejar de sonreír.

-¿Pero tú me ves a mí con dotes de señora, con porte de señora?, pero si me parece que fue ayer cuando estuve en la escuela de tu tía sor Consuelo, del ángel de tu tía sor Consuelo -dijo Rosita con facciones de ferviente recuerdo.

-No exageras al ponerle a mi tía el sobrenombre o el seudónimo de ángel, porque mi tía sor Consuelo es una santa, y nosotros sus sobrinos, mi madre y toda la familia de los Silverio, la queremos con locura, porque es muy buena, muy humana y también muy inteligente y muy prudente.

-No sé si sabrás que ella fue la que me puso en tu camino. Tú me gustaste aquella noche del bautizo de Laurita, pero ella me aconsejó, al ponerme en tu camino, que me portase contigo de la manera que me he portado, y ¡vive Dios!, que esa es la verdad. Y el amor que te tengo en parte se lo debes a ella, porque tú aquella noche, es verdad que me cegaste con tu hermosura, pero eso podía haber quedado en un flirteo, que en estos tiempos eso está de moda, y poco tiempo después “si te vi no me acuerdo.” Pero mi tía me

aconsejó, muy razonadamente, que lo que sintiera por ti fuera sincero, y así lo es y así lo será eternamente -así se despachó Jesús María *a capela* y de un tirón.

La noche ya se había echado encima y ya se habían tomado dos vermús cada uno, por lo que ambos rostros había enrojecido visiblemente.

Jesús María, en un instante posó su diestra sobre el lustroso muslo izquierdo de ella, habiéndole levantado previamente un poquito la falda de su vestido de seda.

-No debemos, Jesús, no debemos...-dijo ella como en un susurro.

-No me puedo contener, Rosa mía, no me puedo contener y te deseo con toda la fuerza de mi ser -le dijo él con la lengua atenazada por el ardiente deseo que tema de ella.

-Rosa, ¿me dejas que sólo te bese? -le pidió con vivo deseo.

-Sí, te dejo; pero un beso y nada más -le dijo ella tanto o más emocionada que él.

Jesús María acercó sus labios a los de ella y, ella, se quedó inmóvil.

De repente, él echó su brazo derecho sobre el cuello de ella y la atrajo hacia sí. Puso sus labios secos sobre los húmedos de ella y apretó, y los plegó, los planchó con los suyos, como se plancha, como se apretuja una fruta para sacarle el gustoso zumo que contiene.

Al fin separaron sus bocas para llevar aire a sus pulmones, y al instante dijo ella que ya no más, que tiempo habría cuando llegase la hora...

-¿Y cuándo va a llegar la hora?, -preguntó él con los ojos como platos.

-La hora llegará cuando el sacerdote nos bendiga, cuando nos diga, ante Dios y el pueblo creyente: “Yo os declaro marido y mujer”. O sea, cuando nos echen las bendiciones, como corrientemente se suele decir.

-Pero Rosa, tú debes saber que todos los que se aman se besan, se besan siempre, siempre, tanto al encontrarse como al despedirse -dijo Jesús María con naturalidad y muy razonadamente.

-Sí, eso es verdad, pero ese beso es muy distinto del que tú has deseado esta noche. Además, -siguió- tú con tus años y tu brillante carrera debes saber que tanto hedonismo, tanto placer, tanto usar y abusar de todas las cosas hastía, cansa, y de ahí tantos divorcios, tantas separaciones, tanto llegar a desatar los lazos, desasir y soltar lo que estaba bien atado con ellos. Mi padre dice que es muy sano y recomendable levantarse de la mesa con ganas de comer algo más.

-Si, eso es verdad, eso es práctico, es pragmático, pero que a eso le ocurre como a nuestra religión católica, que es muy difícil de llevar a la práctica punto por punto -dijo Jesús María, tentado para decirle a Rosita que hablaba como una persona de mayor edad.

Poco tiempo después se levantaron y salieron a la calle y cogidos de la mano dieron una vuelta por la plaza Mayor, que estaba a rebosar de personas mayores, de jóvenes y de chiquillos, en una agradable noche septembrina. Aquí se hallaban muy felices, mirando el azul cielo estrellado, el murmullo ininteligible de los paseantes, desembarazados y desocupados, como ellos y aquí se plantaron los dos como dos esbeltos cipreses, ante un señor con una cámara fotográfica que les indicó que deseaba fotografiarlos. El destello de la cámara los

deslumbró, y el fotógrafo les dijo que, a la noche siguiente, sobre aquella misma hora ya habría revelado la foto y que en este mismo sitio se la podían entregar, en el caso de que así lo desearan, y si no la quieren a mí me da igual, pero que es una foto que les puede servir de grato recuerdo por muchos años, pues el lugar, el entorno y la pose son maravillosos.

Cuando hubieron paseado un buen espacio de tiempo, Jesús María dijo a Rosita que si tenía gana ya de irse para casa, pues en casa es costumbre cenar a esta hora, las diez de la noche.

Cuando entraron en casa, entre Virginia y su madre ya habían preparado la mesa, con un niveo mantel con delicado bordado a mano, que a Rosita le encantó y por eso preguntó:

-¿Quién ha sido la bordadora? -dijo sin dejar de palpar el mantel por los lados que colgaban.

-¿Quién te imaginas tú que hayan podido ser las manos que han hecho ese bordado? -preguntó doña Virtudes a la novia de su hijo.

-Pues no me extrañaría que hubiera sido usted misma, dado la gran afición que tiene para manejar las agujas, pues las dos veces que he venido a esta casa, las dos veces, la he encontrado con el croché -dijo Rosita con gesto de ser ya conocida en aquella casa.

-Pues así es, Rosita, ese bordado lo ha hecho la madre de tu amado Jesús -lo dijo con evidente franqueza y naturalidad.

Y en esto momentos entró don Silverio y se alegró, una vez más, de ver allí a Rosita, a la que le dio dos besos con gesto de cariño.

Rosita, a su vez, encontró a don Silverio muy cariacontecido, muy animado y alegre, y al sentarse en su hamaca se acercó a él y le pasó suavemente la mano por la base del cuello, que don Silverio agradeció hasta lo más profundo de su ser, porque aquel gesto era de considerable confianza y cariño.

Poco después se sentarían a la mesa, donde había seis platos finos, con una ración de merluza con una salsa riquísima.

Doña Virtudes, mujer de talento y buenas costumbres, le preguntó a Rosita que si a ella le gustaba el pescado, pues he sido muy atrevida al ponerte el plato sin preguntar si a ti te gusta el pescado -le dijo con tono de disculpa.

-Que sí, doña Virtudes, que sí me gusta el pescado; me gusta quizá más que la carne.

Doña Virtudes, de nuevo le conminó para que le apeara el tratamiento con que la nombraba. Pues para ti soy Virtudes y nada más, sin usted ni sin doña -le dijo con la sana intención de que deseaba que la tutease, por los fuertes lazos que la unían a su hijo.

-Bien, Virtudes; pero la verdad es que me cuesta hacerlo, por su edad y por su lustre y prestigio -dijo Rosita como la cosa más normal.

-Otra vez te tengo que reñir, porque yo ni tengo lustre ni prestigio, soy una más como tú y como somos la mayoría de las mujeres. Y los tratamientos pomposos son entre gentes que no se conocen, y se hace para guardar las formas, ceremoniales, ritos protocolarios, costumbres o tradiciones ancestrales.

Don Silverio estuvo muy de acuerdo con lo que había expuesto su esposa, y por eso le rogó a Rosita que

a él lo tratase de igual a igual. Tú para nosotros no eres mujer extraña y yo te tengo el mismo afecto y cariño que a otro hijo más.

-Por eso -siguió- tú a mí me apeas el don y el usted, me tratas de tú a tú, porque el tú a tú me hace más igual, más cercano a ti.

Por eso, Rosita, muy agradecida, al decir don Silverio la anterior frase larga de “tú para nosotros no eres mujer extraña y yo te tengo el mismo cariño que a otro hijo más”, se acercó nuevamente a él, le pasó suavemente su pequeña mano cálida por el cuello, y don Silverio le pidió que se sentara en sus piernas, y ella se sentó como una chiquilla, y don Silverio repleto de gozo, por el fino y delicado aroma de mujer, limpia y pulcra, se emocionó y sus ojos se licuaron y con un pañuelo nacarado se limpió sus ojos enrojecidos

A don Silverio le había salido una verruguita en el entrecejo, es decir, entre ceja y ceja, no mayor que un perdigón del “7”, la verruguita no le dolía, pero le picaba cada vez que fruncía el entrecejo, y el médico le mandó una pomada para que le pusieran una poquita tres veces al día: una por la mañana, otra a mediodía y otra por la noche; pues bien; la de la noche del sábado y domingo, se la ponía siempre Rosita. Ella sabía donde estaba el tubo de la pomada y cogía una poquita en la yema del dedo índice de su mano derecha y, suavemente, daba y daba vueltas a la verruguita hasta que la pequeña porción de pomada era absorbida por la epidermis de la zona donde estaba el pequeño granito.

-Pero Silverio, amor mío, que me vas a dar celos y a tu hijo Jesús María más -dijo doña Virtudes a su esposo al ver la entrañable pose de su esposo y Rosita.

La cena transcurrió en un coloquio ameno y agradable y para alguien sirvió, valió, de lección en cuanto a los ceremoniosos tratamientos que se emplean con determinadas personas, incluso con personas o personajillos que tienen mucho más tratamientos que personajes de altura son.

Aquella noche, después de cenar, Jesús María y Rosita se fueron al jardín de atrás, que Rosita vio por primera vez.

Aquí se sentó cada uno en una hamaca y se pusieron a contemplar el despejado cielo azul purísimo, inmaculado, nítido y estrellado. Aspirando la leve y apacible brisa fresquita de aquella agradable noche septembrina, saturada de delicioso y agradable perfume de mil olores emanados de los varios setos de boje de jazmines, de lirios y demás plantas de jardín.

Cuando Jesús María dijo a Rosita de irse para acostarse, ésta no lo oyó y se quedó mirándola con la sola luz que enviaban las estrellas; y al momento comprobó que Rosita estaba dormida, dormida como una santa, porque ni se oía respirar.

Jesús María le puso la mano en la frente, para tomar su temperatura y, en este instante, ella abrió los ojos, sus hermosos ojos y se avergonzó porque se había quedado dormida.

-¡Dios mío, qué vergüenza, qué sonrojo!, -fue su única manifestación, su única expresión.

-No seas tonta, no digas tonterías, mi amor, porque quedarse dormida después de cenar, en un lugar como éste, sentada en una mullida hamaca, no es para avergonzarse y menos aún para sofocarse, eso te ha

pasado a ti y a mi me ha pasado numerosas noches, antes de conocerte a ti, pero la verdad es que desde que te conocí a ti no me he quedado dormido ninguna noche, y eso es porque tú me has quitado el sueño, amor mío y vida mía -dijo Jesús María cogiéndole la cara con sus dos manos y con una mueca de risa en su semblante.

Al día siguiente, domingo, fueron a misa de diez, como el anterior domingo, y cuando salieron Jesús María cogió el coche y fueron otra vez a otros lugares de la ciudad, que eran dignos de ver. Después de haber visto varios monumentos de la ciudad, como la catedral, la monumental Iglesia de San Ildefonso de la de San Juan de Dios y otros monumentos de interés, entraron en un restaurante de lo mejor de la ciudad y comieron y bebieron de lo que más les gustó, y después volvieron otra vez al paseo marítimo y en éste se encontraron con muchos de los compañeros de Jesús María, y la mujer de uno de ellos los invitaron a ver una gran película que echaban en el cine Monumental.

El argumento de la película era muy similar al de sus relaciones amorosas. Se trataba de un joven y apuesto banquero que se enamoró de una joven pueblerina, guapa y bien parecida también, y el protagonista se tuvo que enfrentar a otro joven de pueblo, que, evidentemente y a la sazón estaba enamorado de la muchacha joven y guapa también.

En el enfrentamiento personal el banquero vapuleó y bien, al joven pueblerino, que también había intentado intimidar, o amedrentar, al banquero con una navaja cachicuerna, pero el joven banquero no se amilanó con la cachicuerna del joven provinciano, y le asestó buenas

galletas María en todo sus rostro que lo dejó aniquilado, que lo dejó exánime en medio de la vía pública. Esta acción del amigo banquero le dejó a Jesús María, un poco tocado, algo avergonzado, ya que él no fue capaz de hacer otro tanto con Pepe Gallardo y lo tuvo que hacer, en su vez, en su lugar, otra persona, menos timorata que él.

Capítulo IV

El último domingo del mes noviembre, Jesús María y Rosita se fueron, ahora, a la montaña. Porque él sentía pasión por los campos, por los montes: le gustaba el olor que se aspira en el campo, en lo más alto de una montaña, y el sábado por la tarde, cuando fue a recoger a Rosita como lo venía haciendo cada semana, le dijo que, además de la ropa de vestir normalmente, echara también ropa de campo, o sea, alpargatas para los pies y ropa inferior para andar por la montaña, por las sierras...

Rosita hizo un paquete y metió en una bolsa de lona que su madre tenía para envasar legumbres, como garbanzos, judías, lentejas y otras semillas.

Tan pronto como salieron de misa, se fueron ambos para casa de Jesús María, y allí se cambiaron de ropa y de calzado aptos para andar por los montes, donde él estaba deseoso de llegar hasta ellos.

Fueron en coche hasta donde se podía subir y circular y cuando ya se difuminó el carril y vieron como una explanada donde los montañeros dejaban sus vehículos, dejaron ellos también el suyo, pues ya había allí dos o tres coches más, que seguro que eran personas que, al igual que a él, les cautivaba la montaña.

En cuanto se bajaron del coche, se dispusieron a repechar, por un sendero o camino, con abundantes piedras puntiagudas y de color grises.

Eran las diez de la mañana y el sol aún no se había hecho visible, pues el cielo estaba empañado como con

un manto gris, y el airecillo polar reinaba por doquier, haciendo que, paradójicamente, el borde de las orejas les llamara por el cortante aire glacial.

Rosita, poco acostumbrada a caminar por senderos pedregosos, iba andando, tras él, con saltitos precavidos, y ya le faltaba muy poco para anunciarle a Jesús María que ya estaba cansada, pero aguantó y no dijo nada hasta que él le preguntó:

-Rosa, ¿vas cansada ya?, pues cuando te sientas cansada me lo dices y paramos un poco, porque aún falta largo trecho para subir al páramo donde abundan los brezales, que es un arbusto de una madera excelente sobre todo para hacer carbón de fragua y pipas de fumador.

Antes de subir al páramo Rosita no aguantó más y le dijo a Jesús María que en esta piedra plana podemos descansar un poco porque, Jesús, ya me faltan las fuerzas y no puedo aguantar más -le dijo.

-Podías habérmelo dicho antes, cariño, porque ya sabes que te lo pregunté -dijo Jesús con gesto de que él no tenía la culpa, porque él se lo preguntó, se lo hizo saber.

En una piedra plana, se sentaron los dos y Rosita procedió de inmediato, a desatarse el nudo del pañuelo que llevaba al cuello, y después se descalzó y sus pequeños pies estaban enrojecidos, enrojecidos y doloridos.

-¿Pero cómo has podido aguantado tanto, mujer?, habérmelo dicho antes y hubiéramos descansado un poco -le dijo al tiempo de tomar en sus manos uno de aquellos pies lacerados, excoriados e irritados.

-No te lo he dicho por si te sentaba mal con tus prisas, prestezas o premuras, para llegar al lugar donde a nadie se le habrá ocurrido ir nunca -le dijo ella con un poco de ironía.

-Ya falta poco, y cuando hayamos llegado te alegrarás porque es todo pura Naturaleza, puro campo, puro cosmos, pura creación...

Poco tiempo después reanudaron la larga caminata, y Rosita, antes de cansarse de nuevo, ya habían llegado al deseado lugar de Jesús María.

Ahora, en lo alto del páramo el viento ululaba y no se entienden si no acerca, si no se pegan la boca en la oreja del interlocutor. Rosita se coge, fuertemente, de la cazadora de Jesús María para que el fuerte viento no se la llevase.

A poco ya no se ve, no se puede caminar, porque se ha formado, en menos de cinco minutos, una enorme borrasca, una gran tempestad de agua y nieve, y con gran esfuerzo llegaron a ponerse bajo un frondoso brezo que se inclinaba hacia su lado izquierdo por la fuerza con que el viento norte soplabá. Bajo el espeso arbusto se cobijaron, pero temían que el brezo lo derribara el impetuoso viento y les cayera encima y los sepultara tal era el fuerte huracán.

Como media hora después, el fuerte viento comenzó a amainar, y allá en el lejano horizonte, vieron como una gran neblina, como una densa humareda, a ras de tierra, que se difuminaba, pero era señal inequívoca de que allá había fuego, y por tanto alguien podría haber allí.

Se levantaron y comenzaron a caminar hacia aquel lugar, con la ínfima y menguada esperanza de que allá

hubiera alguien que les pudiera ayudar a salir de aquel suplicio, de aquel infierno, al que por una simple tontería, los condujo hasta allí. El viento, aunque más flojo, seguía ululando y azotando sus rostros y pegando fuerte en los escasos brezales y otros pequeños arbustos y matojos que habían crecido en el extenso páramo de pedregal gris.

Ya estaban llegando al lugar de donde salía la humareda, cuando oyeron a alguien vocear. Ya más cerca de aquel lugar, oyeron con claridad, con nitidez, que alguien decía con fuerte vozarrón:

-¡Vengan acá! ¡Vengan acá!

Allí, bajo una enorme y oscura roca cóncava, había un hombre que vestía unos pantalones negros y rasgados, como si en un ataque de ira y rabia los hubiera utilizado para liberarse, para librarse, de algo que lo tuviera subyugado, aprisionado o Dios sabría por qué.

Aquel hombre, al calor de unas brasas que había dejado la gran fogata que había prendido con ramas de brezo seco, cuya humareda Jesús María y Rosita vieron salir, tema un pasado oscuro y triste, el cual deseaba que aquellas dos personas (Jesús María y Rosita), aunque fuera de forma imprecisa supieran cuál había sido ese pasado, ese oscuro pasado.

Pero antes queremos señalar algunos aspectos de aquel atribulado desconocido, que daba pena verlo.

Su camisa, que en otros tiempos había sido blanca, no presentaba mejor aspecto. Estaba manchada con el alcohol que había estado bebiendo con desenfreno, desde hacía semanas. Porque durante ese tiempo no habría vuelto a cambiarse de ropa ni una sola vez. Los

largos rizos de su pelo negro azabache caían en cascada por su espalda, despeinados, sucios, como si llevara años sin ir a ver al barbero. Iba descalzo, y su única posesión era la botella de whisky barato que llevaba en la mano, y que muy pronto se le acabaría.

Al acercarse a él su aliento hedía, apestaba a alcohol rancio y a nicotina infecta y pestilente.

Cualquiera que lo hubiera visto, que se lo hubieran puesto delante en aquellos momentos, no habría dudado en afirmar que se trataba de un miserable pordiosero. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Aquel joven había nadado en la abundancia tan sólo irnos meses atrás, para verse después condenado a la miseria más absoluta, más desagradable.

Todo se había iniciado -comenzó a relatar- con la muerte de su madre. Nunca se había llevado demasiado bien con ella, pues ésta jamás aceptó que su hijo fuera un espíritu libre y mucho menos que quisiera “despreciar” su vida dedicándose tan sólo a tocar la guitarra. Sin embargo, era su madre, la persona a la que más había querido en este mundo, y su muerte le partió en dos su corazón de hombre alegre y virtuoso.

Las primeras semanas después de la muerte de su madre, se negó a salir de su habitación. Se pasaba el día echado en la cama, mirando el vacío, en una reflexión constante. No hablaba con nadie, no bebía, no probaba bocado. Incluso dejó de tocar la guitarra. Estaba muerto en vida. Era un alma en pena. Le podía la nostalgia, una indomable nostalgia que lo tenía pegado a la tierra, a esta tierra suya, que es la única que no le podían arrebatarse, y que era toda para él.

Y fue precisamente por ese estado esquizofrénico en el que se había sumergido por lo que no vio venir el peligro, hasta que ya fue demasiado tarde. La hermana de su madre, la tía Lola, se había convertido en la prometida de su padre e iban a casarse en cuestión de semanas. Aquella noticia fue suficiente para hacer despertar a Julián Morales del estado indolente en el que se hallaba. Entonces lo vio todo claro: ellos, su padre y su tía Lola, habían asesinado a su madre. Su padre la había estado engañando durante años con su tía Lola y se la había quitado de en medio cuando ya no había podido soportarla por más tiempo.

Desde el primer momento, Julián trató por todos los medios de evitar ese matrimonio. Intentó convencer a su padre de que aquella mujer sólo lo quería por su dinero. Pero su padre se había vuelto ciego y no quería atender razones de nadie.

No se pudo hacer nada para evitar aquel disparatado matrimonio, aunque por supuesto Julián no acudió a la ceremonia. Estaba totalmente desesperado. Esa víbora de su tía Lola había matado a su madre y su padre, cómplice, anuló, desató los lazos que lo tuvieron atado a su mujer por espacio de más de cuarenta años.

-¡Eres un imbécil, padre! -le había dicho en una ocasión-. Madre te quería. ¡Habría dado su vida por ti! ¡Y tú se lo agradeces matándola y traicionándola con esa zorra!

Julián tuvo que marcharse de su casa. Allí no podía seguir viviendo, ni allí era ya bienvenido, ni por su padre ni por la zorra de su tía Lola. Su padre lo desheredó y le prohibió que volviera a hablarle en lo

que le restaba de vida. Ni siquiera le dejó que cogiera su guitarra, que cinco años atrás le hubo comprado.

Y no le quedó más remedio que vivir en la calle. Estaba tan abatido, tan hundido tan deprimido, que no tardó en recurrir a la bebida para tratar de ahogar sus penas. Todos sus amigos le habían dado de lado en cuanto su padre lo echó de casa. Nadie se compadeció de su situación, a pesar de que cualquiera de ellos podría sufrir su misma situación el día menos pensado.

En los escasos momentos en los que se encontraba sobrio, se le venía a la cabeza una de las grandes tragedias de Shakespeare, *Hamlet*. Cuán arrogante, inhumano y desalmado le había parecido el personaje de Shakespeare la primera vez que leyó la tragedia. Y cuán noble, valiente y justo le parecía ahora. Había tratado de vengar el nombre de su padre, mientras que él había sido incapaz de vengar el de su madre.

Al brillar ahora el sol en el cenit del cielo, Jesús María y Rosita se despidieron de Julián Morales, que se quedó triste muy triste, y cabizbajo, pero ellos no le podían remediar en nada

Por indicación de Julián Morales echaron a caminar por la otra ladera más al Norte de la que hubieron subido por la mañana. Y se alegraron sobremanera porque por esta ladera, por esta parte, descendieron más suavemente que si hubieran bajado por la que hubieron subido.

Ya al fondo de la dilatada ladera, respiraron a fondo, aspirando con fuerza todo el aire que cupo en sus pulmones y cuando lo volvieron a expeler, miraron la

hora (cada uno en su reloj), y ambos marcaban las cinco de la tarde.

-Jesús María, no te atreverás a pedirme el domingo que viene, que subamos nuevamente al páramo, porque todo es pura Naturaleza, puro campo, puro cosmos, pura creación...-dijo Rosita con moderada ironía.

-Pues la verdad es que para subir allá, nuevamente, me lo tendría que pensar; porque tampoco ha sido una visión agradable para mí -dijo Jesús María un poco avergonzado, por lo que pudiera pensar ella de que él tuviera gustos tan fantásticos y extravagantes.

Cuando llegaron adonde por la mañana habían dejado, había aparcado el coche, el hambre les impedía seguir caminando ni cien pasos más. Se cambiaron en un tris, se subieron al Cadillac, y, a menos de tres kilómetros, pararon en un hangar de cerca de un restaurante normal, se sentaron en sendas sillas de alto respaldo de cretona de color granate, donde un camarero de inmaculada chaqueta blanca, se acercó a ambos y preguntó qué iban a tomar:

- Yo chuleta de cordero con alioli -pidió Jesús María.
- A mí me pone usted igual -dijo Rosita con un hambre que se le doblaban las piernas.

Comieron muy bien y de postre pidieron piña natural o ananás.

Al terminar la frugal comida ambos ojearon sus relojes de oro (el pequeño de Rosita había sido regalo de Jesús María), y las manecillas de ambos marcaban las 18,30 horas.

Jesús María preguntó a Rosita si le gustaría ver una película hasta hacer hora de marchar para Los

Encinares, y Rosita asintió, y entraron en un cine donde ponían “Arroz amargo” cuya protagonista era su actriz favorita la italiana Silvana Mangano. Pero la película que, era muy buena, tenía mucho de sensualidad, de erotismo, y Jesús María y Rosita estuvieron a punto de salirse a media película.

Salieron del cine sobre las ocho de la tarde y seguido, Jesús María cogió el Cadillac y salieron a medio gas por el estrecho carril que llevaba a Los Encinares.

Los dos bajaron del coche y entraron en la modesta vivienda de los padres de Rosita, donde Andrés les ofreció algo de tomar, pero a ellos no les apetecía nada, Y Jesús María, muy cortésmente, dio las gracias al padre de Rosita.

Ahora salió de una de las habitaciones la muy salerosa también Andrea, que besó tanto a Jesús María como a su hermana Rosita.

- Que bien os lo pasáis, Jesús, -dijo Andrea al novio de su hermana.

-Pues no creas que hoy lo hemos pasado muy bien, y si no te lo crees se lo preguntas a tu hermana -dijo Jesús María sin deseo de querer aclarar más.

-Hay días que lo pasas bien, pero hay también días que no se pasan tan bien. Y hoy ha sido para nosotros uno de esos días que no se pasan bien -volvió a insistir Jesús María, pero sin querer decir lo mal que lo habían pasado.

- ¿Es que os ha ocurrido algo? -preguntó Andrea ya sin la presencia de su padre, que había salido hacia otra habitación

-No, Andrea no; no nos ha pasado nada malo, pero que hemos tenido una experiencia *de caballo*. De lo que es un páramo, una estepa, un erial...

-Vente el sábado que viene con nosotros y con nosotros te pasas el fin de semana, ya que aquí sólo tenéis un pequeño cine, y muy malo por cierto. Y, además, que estoy ahora mismo pensando en una cosa que me ha venido a la memoria, y es que tú, que yo sepa, eres impar y mi hermano Silverio también es impar, y entre los dos podríais hacer un par. ¿Qué te parece, Andrea? -propuso y preguntó Jesús María a la majota de Andrea.

-Ya está todo resuelto, ya lo has arreglado tú como coser y cantar -dijo Andrea con gesto de que lo que planteó Jesús María era tan difícil como llegar con la mano al cielo.

-Yo que tú no lo pensaría y aceptaría la propuesta sin darle más vueltas -dijo Jesús María con tono de seriedad a la hermana de su novia.

-Pues muy bien, si tú así me lo aconsejas lo haré, y el fin de semana que viene os serviré de cesta -dijo Andrea con gesto un tanto escéptico.

La madre de Rosita, Emilia, era una mujer un pelín introvertida, pero era una gran mujer: educada y con dotes de mujer de su casa y de excepcional amor a sus hijos y esposo.

Jesús María se despidió de todos con un cariñoso beso y con un cálido “hasta el sábado que viene, si Dios lo quiere”.

Capítulo V

El sábado siguiente, Jesús María se levantó como cada mañana: a eso de las 8,30 horas. Desayunó en su casa, también como cada mañana, con un vaso de leche manchada con un poco de café, y unas tostadas de pan untadas con mantequilla. Enseguida se compuso un poco ante la lima de un bonito mueble que había en el vestíbulo, y salió a la calle y en el kiosco de prensa más cercano compró la prensa de tirada nacional, llamado Pueblo. En el que, en un gran titular, decía:

“Un hombre encontrado muerto en la vía pública”.

“Esta fría madrugada de invierno la Guardia Civil ha encontrado el cadáver de un hombre sobre un gran fangal o charco de sangre roja, y ha sido identificado y reconocido como Julián Morales, el cual ha sido hallado junto a una botella de whisky rota que lo había matado, y junto al cadáver se han encontrado también una de las obras más importantes de la literatura inglesa”.

En una de las páginas de esa obra dice como sigue:

“Y como único consuelo de su cobardía, le quedaba saber que, a diferencia del príncipe danés, él podría encontrar la salvación en la otra vida, pues no había cometido el crimen de ponerse a la altura de su padre”.

Se dice también que este hombre lo perdió todo: perdió a su madre, a su padre, a sus amigos y hasta su herencia. Ha tenido una vida completamente vacía y

muere vacío, sin nada ni nadie que le sepulte y le haga tan siquiera un entierro digno”.

Aquella tarde Andrea esperaba con enorme ilusión que a Jesús María no se le hubiera olvidado la propuesta o promesa que le había hecho el domingo anterior.

Y Jesús María, muy cuidadoso en sus promesas no se le olvidó la que a ella le hizo, pues después de leer y releer la triste nueva de la desgraciada muerte de aquel pobre hombre, enseguida le preguntó:

-¿Andrea, no te habrás olvidado de la promesa que te propuse el domingo pasado? -preguntó mientras doblaba el periódico.

-Yo no me he olvidado, pero pienso que voy a ser un engorro para vosotros -dijo muy contenta, pero al mismo tiempo con algo de desazón o preocupación, porque pudiera ser una carga, un estorbo para ellos.

-Que no, mujer, que tú no eres ninguna carga ni estorbo para nosotros -dijo Jesús María con gesto de sinceridad.

-Bueno, iré; pero te pido, por lo que tú más quieras, que durante mi estancia en tu casa, no hagas mención alguna sobre lo que me dijiste de tu hermano, porque si tal hicieras, sería capaz de venirme andando hasta aquí, hasta la casa de mis padres, hasta nuestra casa -dijo con sinceridad y teniendo muy en cuenta lo que decía.

-No mujer, no por Dios; que yo sé muy bien lo que digo y lo que hago, pues yo tengo muy en cuenta el momento oportuno de cuando se puede hablar de un tema o de otro -dijo Jesús María con sinceridad y con gesto de que él había entendido muy bien lo que ella había dicho o había querido decir.

Aquella noche, después de cenar salieron los cuatro y se fueron a una gran sala de fiesta, donde se había dado cita la crema de la juventud de la ciudad. Allí se vieron con profesores y alumnos de éstos.

La fiesta la animaba una gran orquesta de las mejores de la ciudad, que tocaban las mejores canciones de la época y Jesús María y Rosita pronto salieron bailando, y Silverio le dijo a Andrea si ella quería bailar, a lo que Andrea asintió con la cabeza y con la mirada, pero Silverio le dijo que lo sentía en el alma porque él no sabía bailar, no sabía bailar aquella pieza. En éstas estaban cuando se acercó a ellos un compañero de Silverio el cual preguntó que por qué no bailaban. Y Silverio le dijo que aquella pieza, que era un vals, él no lo sabía bailar, por lo que animó al compañero y joven profesor, que bailara con Andrea, y el joven hizo ademán de tomarla por la cintura y el ademán se hizo realidad, y salieron bailando muy bien acompasados y con semblante ambos de contento, de fiesta...

-¿Cuál es tu gracia, guapa? -preguntó el joven profesor a Andrea.

-¿Mande? -preguntó ella porque no entendió lo que le había preguntado.

-¿Qué cómo te llamas? Quiero decir.

-¡Ah! Mi nombre es Andrea -dijo ella con palmario desparpajo.

-¿Andrea? Bonito nombre y bonita poseedora de ese nombre -dijo el joven en tono de piropo.

Andrea se sonrió, se sonrió y le dio las gracias muy entusiasmada.

Al terminar la pieza, Andrea y su eventual pareja se reunieron de nuevo con Jesús María y Rosita, en un

rincón de la enorme sala, donde había quedado Silverio con una compañera del Instituto, donde los dos daban clase.

Durante toda la velada, Andrea y el joven profesor bailaron todas las piezas que la banda tocó, y Andrea lo estaba pasando divino y, a juzgar por el semblante que presentaba el joven, también se le veía cariacontecido.

Durante toda la velada que se prolongó hasta las dos de la madrugada, Andrea bailó todas las piezas que la banda tocó, con el joven profesor, y los dos se alegraron mucho de haberse conocido.

Después de haber bailado varias piezas, Andrea había preguntado al joven por cómo se llamaba y el joven le había dicho que su nombre era el de Ángel.

-Pues Ángel también es un nombre muy bonito, muy lindo -dijo Andrea con notable sinceridad.

-Yo, si tú lo deseas, podría ir a tu pueblo y pasar algunos fines de semana allí -dijo con la esperanza de que ella lo aceptara.

-¿Y qué vamos a hacer allí? -preguntó ella con deseo de que él dijera el motivo que le promovía ir a su pueblo.

-Pues seamos francos, de una vez, Andrea. Pues el motivo que me mueve querer ir a tu pueblo, es porque me he enamorado de ti. Me enamoré de ti desde el momento mismo en que Silverio nos presentó, y te lo puedo jurar por lo que yo más quiera en este mundo.

Aquella noche, después de la velada de baile, Ángel Rueda (así se llamaba el compañero de Silverio), se despidió de ellos con un cordial saludo, y el más

especial, el más diferente, fue sin duda alguna el de Andrea, que le apretó su fina mano hasta dolerle.

Para Ángel fue una velada tan especial que la estuvo recordando todo lo que quedaba de noche. Cuando llegó a casa sus padres, ya estaban hartos de dormir, y su madre, doña Carmen, fue la única que supo cuando llegó, porque lo llamó y le preguntó:

-¿Cómo vienes tan tarde, hijo mío?

-He estado con mis compañeros y amigos y lo he pasado muy bien, madre.

-Menos mal que, hoy ya, es domingo y no tienes que irte al trabajo, pero que tú nunca antes has venido tan tarde -le dijo con tono de regañina.

-No te preocupes, madre, porque ya soy mayor y sé conducirme bien, y, hasta es posible, que algún día sepas bien el motivo de mi tardanza -le dijo desde una rendija de la puerta de su dormitorio, mientras su padre roncaba.

-¿Pero te acuestas sin tomar nada? -le dijo y le preguntó como si ya se hubiera tomado su ración de sueño, y ahora lo que le apetecía era sólo cascar.

-Que no te preocupes, madre, que ya he tomado más de lo que tú puedas imaginar -le dijo deprisa y, sin más, se metió en su dormitorio.

Se desnudó y se metió en su cama y en lugar de entregarse al sueño, se dispuso por entero a recordar.

La imagen de la delicada y guapa Andrea no se difuminaba de sus retinas y a cada instante la veía con mayor claridad, o sea, la veía tal cual era.

Andrea, con su melena dorada, con sus ojos verdes rasgados, conferían también cierta luz encantadora a su fisonomía.

La recordaba, la veía, con su falda de capa de cuadritos azules y blancos y su blusa de verde pálido; con sus zapatos negros de tacón mediano. Ni tacón de Gilda ni tampoco de maestra de escuela metida en carnes y en años.

Esta joven -pensaba- podría ser la mujer de su vida, porque además de un físico excelente, tenía también una educación, una ilustración envidiable; y una mirada de ojos verdes de gacela que podía hipnotizar o hechizar al hombre más impasible, más estoico, o más indiferente.

-¿Qué podría estar ella ahora, pensando? Si ella estuviera pensando en él como él está pensando en ella, sería, en poco tiempo, matrimonio seguro. Pero, de momento, no quedaba más remedio que dejarlo todo en manos del de Arriba.

Suponiendo que con pensar en ella no iba conseguir nada al respecto, se dispuso a coger el sueño y, al día siguiente, domingo, iría en busca de Silverio a ver lo que éste opinaba sobre este importante y delicado tema para él.

Así que cerró los ojos y a esperar a que el dulce sopor llegara. Diez minutos después, seguía con el mismo desvelo, con el mismo insomnio. Y por más que dejaba de seguir pensando en ella, más y más la tenía en sus retinas, en su nervio óptico, en su cerebro, en todo su ser.

La veía con su falda de capa de cuadritos azules y blancos y su blusa de verde pálido. Veía su melena dorada peinada suelta, y sus hermosos ojos verdes rasgados de gacela. Y el rojo carmesí de sus largos y finos labios, era puramente natural, sin vestigios de

cosmética alguna, tanto en su ovalado rostro como en sus ojos, en sus pestañas, cejas y demás.

-¿Qué suerte sería la suya, si Andrea lo aceptara como su novio, como su amado, como su hombre para toda la vida?, -se decía mentalmente en su terco, en su obstinado desvelo, en su insomnio...

Y sin más, en un arranque de genio, se lió la almohada en la cabeza y pidió a su Ángel de la Guarda, a su tocayo, que lo condujera al sueño, para descansar y poder levantarse con suficientes energías para ir a buscar a su compañero Silverio y que éste le ayudara o le aconsejara lo que debía hacer y que más le conviniera en este estado, en esta etapa, en esta situación. Y con este pensamiento, con esta reflexión se quedó dormido, ya de madrugada.

Poco tiempo después oyó a su madre trajinar en la cocina y llamar en dos ocasiones a la buena de Carmina, la criada. Y entonces pensó que ya era de día y además muy tarde, porque en casa nunca se madrugaba.

Decidió, por tanto, levantarse y darse un buen baño con agua fría a ver si despabilaba e ir al momento en busca de Silverio, que éste sería el único con el que podría consultar sobre lo que le había caído encima.

Y, en efecto, tan pronto como desayunó con lo que su madre le había preparado (café con leche y rebanadas de pan tostado con mermelada de ciruela), cogió su paraguas de empuñadura de bastón, porque el cielo estaba bien encapotado y a punto de llover, ya que según su madre se lo dijo porque lo habían anunciado por la radio.

A poco de salir a la calle para dirigirse a casa de su compañero Silverio, tuvo que abrir el paraguas, porque comenzaron a caer diminutas, pero densas gotitas de agua.

Llegando estaba ya a casa de su compañero y amigo Silverio cuando vio que salían de su casa tres personas: Jesús María, Rosita y Andrea.

Jesús María, al ver al compañero de su hermano, le esperaron hasta que llegara a ellos y enseguida le preguntaron por cómo había pasado el resto de la noche.

-He dormido como un bendito como un bendito ¿y vosotros qué tal? -preguntó al tiempo de cerrar el paraguas porque la fina lluvia dejó de caer y también arrepentido por haberles mentido respecto del sueño.

-Nosotros hemos descansado, al menos yo -dijo Jesús María.

Pues yo me desvelé algo, me desvelé un poco, pero lo echo al extrañar la cama -dijo Andrea, sin querer aclarar el verdadero motivo de su insomnio que, en realidad, no fue otro distinto del de Angel.

-Bueno, y qué ¿dónde está tu hermano que tengo necesidad de verlo?, -dijo poco convincente, porque en realidad a quien tenía necesidad de ver era a Andrea y ésta estaba allí presente.

-Pues en este caso concreto ¿qué me aconsejáis que haga? - preguntó para ver la reacción de Andrea, principalmente.

-Pues yo el consejo que te doy es que te vengas con nosotros porque es la hora del vermut y la misa la dejaremos para la tarde, porque ya son y media y la misa es a las doce en punto-. Además -prosiguió- que a

estas horas un vermut es lo mejor, lo más ideal para la resaca -dijo Jesús María con natural aplomo.

-Y vosotras ¿qué le aconsejáis? -preguntó a las dos hermanas.

-Mi consejo es el mismo que el tuyo -dijo Rosita.

-Y el mío es también el mismo, el mismo de Jesús María -habló ahora, por fin Andrea.

-Se fueron los cuatro a un restaurante cercano, y Angel muy comedido y respetuoso cedió el paso a los tres: primero a Rosita y a su hermana Andrea y por último a Jesús María.

Se sentaron los cuatro en una mesa del rincón derecho del local, donde a los cuatro les pusieron su vermut, que el primer sorbo les supo a gloria, y lo gustaron y degustaron e incluso se relamieron y lo saborearon a placer.

-Andrea, yo te dije que con mi hermano Silverio hacías buena pareja, pero me estoy dando cuenta de que con Ángel haces buena pareja también -dijo sin esperarlo Jesús María, y todos se miraron unos a otros y se rieron, por lo insólito y peregrino con que Jesús María hizo aquella inesperada declaración.

Jesús María fue espontáneo, sincero y franco, y Ángel se quedó estupefacto, se quedó de piedra, pero se rió también y con buena gana, e interiormente, se le alegraron las pajarillas, y miró furtivamente a Andrea, que también le gustó y mucho lo manifestado por Jesús María.

Seguidamente pidieron otro vermut, y éste ya lo espaciaron más y continuaron en animado coloquio, sobre todo con la relación que pudiera surgir de Ángel y

Andrea, lo que ambos confirmaron con sus miradas, con sus gestos y semblantes...

No sabéis cuanto me alegraría yo, de que esto que estamos hablando en broma, se hiciera realidad -dijo con sincero deseo Jesús María.

-¿Y vosotros qué decís, que parece que os han cosido la lengua? - preguntó otra vez Jesús María.

-Yo, al menos digo que será lo que Dios nos depare, nos ofrezca o nos entregue -dijo con presteza Ángel, al tiempo que miró furtivamente a Andrea, mientras ésta se sonrió, coloreó y disimuló todo cuanto pudo.

-Yo estoy también con Ángel y opino como él, pues pienso que si de nosotros dependiera todo lo que nos suceda, todo lo que nos acontezca, sería lo ideal, pero por desgracia, por desdicha, no es así, y ha sido siempre y seguirá siendo lo que el Dios del cielo nos depare, nos ofrezca -así de inteligente, lúcida y penetrante, se despachó la muy maja de Andrea.

-Chiquilla, nos has dejado con la boca abierta, con tu sincera y franca demostración de la realidad -dijo Jesús María, ponderando el aserto, la afirmación de Andrea.

Capítulo VI

Ya había llegado Navidad, ya había llegado el día 25 de diciembre, y con él la nieve y el frío. Pero también el bullicio y la algarabía en las calles de la ciudad.

La mañana era gélida, con un frío acentuado y resaltado, pero sin nieve ni lluvia y en toda la ciudad había animación, alborozo optimismo y ruido.

Las calles estaban profusamente adornadas, limpias y engalanadas, y cuantiosamente iluminadas. Los altavoces en las terrazas y balcones enviaban a los transeúntes alegres villancicos, y daba gloria transitar por aquellas avenidas del centro de la ciudad.

Ángel caminaba por la ancha avenida principal de la ciudad, camino de la casa de Jesús María, y mientras caminaba con el abrigo abrochado y las manos hundidas en sus profundos bolsillos, le vino a la memoria la inteligente frase de Andrea “ha sido siempre y seguirá siendo lo que el Dios del cielo nos depare, nos ofrezca”.

Y ahora apresuró más el paso porque empezaban a caer diminutas gotitas, medio sólidas, pues parecían más bien ínfimos, mínimos granicillos, que parecían querer sonar al caer sobre la acera.

Cuando hubo llegado a casa de Jesús María, pulsó el botón del timbre y al momento salió Virginia, la criada, y a ésta le preguntó por si estaban allí Jesús María o Silverio

-No señorito; no están ninguno de los dos, pues hace como un cuarto de hora que ambos salieron, Jesús María con su amada Rosita y Silverio con la otra

muchacha hermana de Rosita que yo no sé cómo se llama, y yo, lógicamente, no le puedo decir dónde han podido ir -dijo la muy dispuesta Virginia, la criada de don Silverio.

Ángel quedó sorprendido, pasmado, decepcionado y despechado. Le dio las gracias a la dispuesta de Virginia, y se fue sin rumbo fijo calle abajo, hasta que, como un espectro, vio las tres figuras que no se lo podía creer. Cuando éstas lo vieron esperaron que llegara hasta ellos y la felicitación navideña fue colosal, hasta por primera vez en su vida de 27 años, besó a dos hermosas mujeres, a dos beldades, como lo eran Rosita y por supuesto, cómo no, a su hermana Andrea.

-¿Cómo te levantas tan tarde?, te hemos esperado en casa hasta hace menos de media hora y tú, sin duda alguna, durmiendo. ¿Es así, o no es? -preguntó Jesús María como mayor y también como más hablador.

-Pues no os podéis imaginar el poco sueño que tengo desde... bueno, desde hace un poco tiempo a esta parte.

Entraron los cinco en un bar-restaurant y se sentaron a una mesa de un rincón del bienoliente local y unos pidieron café con leche y otros leche sola, con rebanadas de pan tostado, untadas en mermelada de fresa unos y, otros, con mantequilla.

Desayunaron muy bien y después de desayunar, decidieron marchar a casa, porque era día de Navidad, y, en casa, les dijeron que no tardaran mucho porque era costumbre de, en tan entrañable y señalado día, preparar la extraordinaria y exquisita comida, a gusto de todos, por lo que debían estar todos juntos, sin excepción.

Antes de despedirse de Ángel que, era el único extraño del grupo, éste detuvo, con disimulada cogida de mano, a Andrea y sólo le dio tiempo para decirle que si quería, que el próximo día 28 fuera, por la tarde, fuera a su pueblo, pues tenía -le dijo- enorme deseo de conocer a su pueblo.

Andrea le dijo que sí con la boca, pero con la mirada fue más elocuente.

Tres días después, el 28 de diciembre, sobre las cinco de la tarde, que a esa hora llovía a mares, Ángel salió y montó en su flamante 1500, que su padre, don Félix, Teniente Coronel de profesión, le hubo comprado hacía menos de tres meses, e iba por la carretera comarcal que llevaba al pueblo de Los Encinares, pero la enorme masa de agua y algunos granizos dispersos, tamborileaban en el techo de su flamante coche 1500, y pensó, en un tris, que lo mejor sería darse la vuelta porque la estrecha y mal cuidada carretera (por llamarla del mejor modo), estaba ya anegada de agua y lodo rojo, pero el deseo de ver a Andrea pudo más que sus aprensiones y continuó avanzando lentamente a la vez, que el enorme aguacero, pareció que iba aminorando.

Cuando llegó al pueblo había dejado de llover y tema muchas esperanzas de ver a Andrea, ya que había quedado con ella el mismo día de Navidad, pero la verdad es que no había nada contraído, únicamente había habido algunas insinuaciones, algunas furtivas miradas, pero nada menos y nada más.

La inteligente frase de Andrea, ha sido y seguirá siendo la pura realidad. “Ha sido siempre y seguirá siendo lo que el Dios del cielo nos depare, nos ofrezca”.

Ángel aparcó el coche muy cerca de la casa de Andrea, que para llegar a ella tuvo que preguntar desde la ventanilla a algunos transeúntes, por la calle y el número, pero con la eventual esperanza de que ella saliera y quisiera tomar algo con él. ¡Pero cuán distintas eran las cosas de cómo él las presentía o intuía!, porque casualmente ella llevaba más de una hora puesta en la ventana de su casa, para ver desde allí, si él llegaba, porque de manera vaga, insólita e imprecisa, se lo había prometido.

Por eso, tan pronto como vio un coche largo y de color negro, le dio, como quien exagera y dice “un vuelco el corazón”.

Atropelladamente se compuso, se aderezó, o quizá se descompuso su dorada melena, porque con los nervios, con los muchos nervios, no se sabe lo que se hace o lo que se deja de hacer.

Al momento salió al tranco de la puerta de su casa, y Ángel, aún sin haberse bajado del coche, bajó el cristal de la ventanilla y le dio, le saludó con la mano en alto, señal que, a ella, la puso aún más nerviosa. Y es que los signo los vestigios, las impresiones del amor, por mucho que se quieran ocultar o disimular, no tenemos la capacidad o la fuerza necesaria para poderlos ocultar o reprimir.

Al momento, Ángel se bajó del coche y con visible timidez, se llegó a la puerta de la casa de donde estaba ella.

-Buenas tardes, Andrea, ¿cómo estás? -saludó y preguntó a la vez, deseoso de ver la reacción de ella.

-Buenas tardes, Ángel ¿cómo te has atrevido con la tarde que hace?
-le saludó y le preguntó ella también, deseosa igual que él de ver su reacción.

-Pasa, Ángel y saluda a mi madre y a mi hermana, que ahora te las presentaré -dijo Andrea, apartando la rígida y recia cortina de cretona de color gris.

-Buenas tardes -saludó Ángel.

-Buenas tardes -saludó Emilia.- Y Rosita lo besó. Lo saludó y lo besó.

-Madre, éste es un íntimo amigo de Jesús María, y compañero de trabajo de su hermano Silverio, que los dos son profesores en el Instituto Cervantes de la ciudad.

-Muy bien; mucho gusto el conocerle, ¿pero cómo se ha atrevido usted, con la tarde de lluvia y tan mala que ha hecho? -preguntó Emilia, cuya pregunta era la que cualquiera hubiera hecho.

-Siéntate, Ángel, siéntate -pidió Rosita como más conocida de Ángel.

La casa de Andrés era una vivienda de clase media. La pieza donde se encontraban, donde se hallaban, era de regulares dimensiones y en ella había hogar, había chimenea en donde echar lumbre, pues en el fuego había una buena troncada de olivo seco, con lo que la habitación estaba templada y muy acogedora. En el centro de la habitación había una gran mesa rectangular, de madera de color oscuro, cubierta con un hule de cuadritos azules y blancos, nuevo y muy limpio. Rodeaban la mesa ocho sillas de espaldar alto y de asiento cómodo y mullido. Las ventanas altas las cubrían unas cortinas de tela de satén de color beige. Y las puertas de las demás habitaciones bien pintadas y

limpias teman todas, llamadores o tiradores de metal dorados.

La vivienda era de dos plantas, y las escaleras eran también de madera igual que la baranda. En definitiva era una vivienda de las conocidas por clase media, pero muy presentable y limpia; teniendo en cuenta también que en la clase media había tres escalas: estaba la clase media propiamente dicha, la clase media alta y la clase media baja. La de Andrés era sólo clase media. Es decir; que estaba tan alejada de la clase alta como de la clase baja.

Ángel, dirigiéndose más directamente a Rosita, dijo que si les apetecía tomar algo fuera y Rosita, muy perspicaz, asintió, pero con la bien formada idea de salir y poco después dejarlos a ellos solos en el lugar de donde fueran.

Entraron en la mejor cafetería del pueblo y las dos hermanas pidieron zumo de naranja bien fresquito (paradojas que en la vida se suelen dar), y Ángel pidió una caña de cerveza al natural.

Cuando Rosita terminó de tomarse el muy gustoso zumo “fresquito”, dijo que tenía que irse porque tenía que hacer algo a mamá, que, en este preciso instante, se acordó.

Al marchar Rosita quedaron frente por frente Ángel y Andrea, con las caras casi juntas sobre la mesita o velador.

-Te apetece un vermut, fresquito también -preguntó Ángel a Andrea, sólo con la absurda idea hablar de algo.

-Yo apenas tomo alcohol -dijo Andrea por no decir rotundamente que no.

-Oiga, por favor -se dirigió Ángel al camarero de chaqueta inmaculada -pónganos un vermut a cada uno.

Mientras Ángel se dirigía al camarero, Andrea se recreó con suma discreción y reserva en el rostro de Ángel y se dijo así misma que su nombre concordaba y bien, con su bello y angelical rostro. Que era un hombre de los que, desde chiquilla, ella había deseado, había envidiado.

Los dos vermús estaban encima de la mesita intactos, pues por algo que no se podía explicar, que no tenía explicación, ninguno de los dos se atrevió a tomar el vaso y comenzar a beber. Y el silencio entre ambos era absoluto, hasta que por fin Ángel lo rompió al preguntar:

-¿Es que no te atreves a tomarte el vermut? -le preguntó tontamente, ya que él se hallaba en el mismo estado, en la misma situación.

-Y bien; y ahora ¿qué me dices de lo nuestro?, de lo que te dije aquella tarde.

-Aclárate, Ángel, porque así sin más, no sé de qué me hablas, de qué me estás hablando -dijo Andrea sin poder ocultar el deseo de que aquel joven, que tema su boca a menos de veinte centímetros de la suya, la amase a ella de verdad.

-Más claro agua, Andrea, más claro ya no se puede expresar, y si ahora no lo quieres recordar, te lo vuelvo a repetir -dijo Ángel con el vaso de vermut temblándole en la mano, pero sin haberlo aún levantado de la mesa.

-Te quiero, te amo, Andrea me gustaste desde la primera vez que te vi, pero ahora no es sólo gusto, ahora es amor sincero, es amor de verdad. Y te pido con el mayor respeto que se le deba profesar a una persona,

que me seas sincera y me digas con el corazón y con la articulación o pronunciación de tu voz lo que tú sientes por mí.- Porque a mí ya no me quedan palabras en el diccionario de mi mente para decirte que el amor que siento por ti es verdadero, es auténtico, es sincero, es infalible - terminó Ángel con la mirada puesta en la suya, en la mirada que surgía de sus bellos ojos verdes.

Andrea, en tanto él le soltó su más que sincero requiebro, ella se le quedó mirando fijamente, pero como enajenada, pasmada y ante todo admirada, y con dificultad para pronunciar palabra, hizo un esfuerzo y pudo articular más que con la boca con la mirada:

-Yo también te amo, te amo con sinceridad -dijo con notable dificultad, porque su boca se quedó sin salivación.

-Muy bien guapa, muy bien; pero ahora debemos sellar con un fuerte beso el efectivo compromiso que hemos contraído, como si ello fuera el sello oficial que avala, que garantiza dicho compromiso.

-Pero Ángel, que no estamos solos, y debemos dejarlo para otra ocasión, pues ¿qué dirían de nosotros si tal hiciéramos? -preguntó ella como mujer honesta, decente y decorosa.

La noche ya se había echado encima. El alumbrado público era escaso, era ridículo. Y Ángel pensó que debían salir y meterse en su coche que estaba en una esquina en penumbra.

Ángel llamó con un movimiento de su mano derecha al camarero, al que le pidió la cuenta. El camarero le dijo que la cuenta era 2,50 pesetas, que Ángel al instante le dio 3 pesetas y le dijo que se quedara con la vuelta.

-Muchas gracias, señor y, aquí tiene su casa para lo que le pueda ser menester -dijo el camarero, por la generosidad del nuevo cliente.

Salieron del café cogidos de la mano y con las cabezas gachas, se metieron en el 1500, que estaba a la vuelta de la esquina del café. Aquí se sentaron en los asientos traseros y el amoroso abrazo y el fuerte beso fueron interminables.

Se separaron para llevar oxígeno a sus pulmones y cuando lo hubieron expulsado, ella le dijo que ya no más. Porque lo que hemos hecho es pecaminoso, es obsceno, deshonesto e inmoral.

-Llevas razón y es así; pero es así cuando sólo se hace por impudicia, pero lo nuestro no es impudicia, es amor, cariño y pasión...

Salieron del coche y cogidos de la mano entraron en la casa de Andrés, que estaba a treinta pasos de donde Ángel había dejado el coche aparcado.

-¿Cómo nos dejaste y te viniste aquí? -dijo Ángel a Rosita.

-¿Pero hoy que somos de mes? -preguntó Rosita riendo.

-¡Anda, pues es verdad! -exclamó Ángel riendo también

-¿Pero qué galimatías es ese que os traéis entre los dos? -preguntó Andrea sin saber de qué hablaban.

-No seas necia, hermana mía, y refresca tu memoria, porque lo tienes a huevo -volvió a repetir Rosita ahora a su hermana.

-¡Ya! ¡Ahora lo he cogido! -exclamó Andrea riendo también.

-La que no entiende nada de nada soy yo -dijo Emilia, totalmente desconcertada.

-Pero madre, ¿qué somos hoy de mes? -preguntó Rosita a su madre, que la pobre no sabía nada de nada, según manifestó.

-Hoy somos 28 de diciembre y con eso ¿qué queréis decir? -volvió a preguntar Emilia, sin haber caído aún en la cuenta.

-Madre, ¿qué es el 28 de diciembre de toda la vida? -volvió Rosita a preguntar a su madre.

-¡Anda! ¡Pues es verdad! Hoy son los Santos Inocentes. ¡Los Santos Inocentes son! Y eso es lo que tú les has dado a éstos dejándolos solos en el café, diciéndoles que temas que decirme algo preciso, algo urgente -terminó Emilia riendo como los demás.

-Bueno, señora Emilia, que me he alegrado mucho de haberla conocido, y me hubiera gustado también haber conocido a su querido señor esposo -dijo Ángel besando la mejilla de Emilia.

-Igualmente le digo yo también, que me he alegrado de haberle conocido, y en cuanto a mi marido, me extraña que aún no haya venido, porque a estas horas, poco más o menos, viene de echarse la partida con los amigos, -dijo Emilia con gesto de que le hubiera gustado de que su marido hubiera estado allí.

Enseguida Ángel besó a Rosita, besó a Andrea y, muy amablemente, dio las buenas noches y se marchó.

Rosita y Andrea salieron con él hasta llegar al coche y, aquí, de nuevo se despidió, al tiempo que Rosita le preguntó:

-¿Ha salido, ha quedado todo bien?

-Muy bien, Rosita, todo muy bien. ¿Tú también lo deseabas que saliera así? -le dijo ya con el coche en marcha.

-Pues claro que lo deseaba, porque tú para nosotros eres un encanto de hombre; eres el hombre que mi hermana necesita, porque ella siempre pensó en algo así como un príncipe y a ti te falta muy poco para ser el príncipe con el ella siempre soñó -dijo Rosita tan anchamente, mientras le enviaba besos soplando con la mano abierta, en el instante en que Ángel ponía el coche en movimiento.

Capítulo VII

-¿Cómo vienes tan tarde, hijo mío? Bueno, no es que sea muy tarde, pero que tú siempre que sales me dices donde vas y esta tarde con tanta lluvia y todo no me dijiste donde ibas, y me has tenido toda la tarde en vilo y hasta he encendido velas a Santa Bárbara y a San Cristóbal, a la primera por los truenos y al segundo, por Ja conducción.

Toda esta perorata le soltó doña Carmen a su hijo Ángel cuando éste llegó.

-Madre, que ya tengo 27 años y a mí *el tío del saco* no me lleva. Sé muy bien que las madres, todas, se preocupan siempre y mucho, cuando sus hijos salen, principalmente por la noche, y eso es de agradecer, pero también hay que entender que los hijos cuando alcanzan la mayoría de edad, al igual que las aves vuelan y dejan el nido del que sus padres los trajeron al mundo, porque los hijos de todos los seres vivos, cuando llega su hora ellos tienen que buscar su propio nido para formar una familia y traer, ellos también, sus propios y legítimos hijos, y así generación tras generación.

-Muy bien, hijo, muy bien; pero si los padres pueden ayudar a sus hijos a formar su propio nido, no será motivo como para rehusarlo y no admitirlo -dijo doña Carmen a su hijo, pero en distinta dirección de la que su hijo deseó darle a entender. Su hijo quiso darle a entender que él era ya mayorcito y libre para poder discernir, sobre lo que más le convenía o no le convenía, que un buen consejo de un padre nunca está de más, pero una cosa es aconsejar y, otra muy distinta, es

imponer. Y esto lo pensaba Ángel porque su madre, como casi todas las madres, sus hijos tienen que buscar a la mujer que a ellas les guste. Y Ángel lo pensaba y lo traía a la memoria porque tiempo atrás tuvo que decirle a su madre que aquella mujer que a ella tanto le gustaba para él, para su hijo, él no la quería ver ni en pintura.

-Padre, tengo necesidad de decirte algo muy importante para mí - dijo Jesús María a su padre, justo después de haber cenado.

-Dime, Jesús, dime lo que tengas que decirme con toda confianza y libertad, como siempre —le dijo don Silverio a su hijo, en tanto se levantaba de estar en la mesa y se sentaba en una hamaca o balancín de mimbre.

-Padre, ha llegado la hora de decirte que Rosita y yo nos queremos casar sobre primeros de mayo, y siguiendo con la tradición, tenéis mamá y tú que estar preparados para la imprescindible petición de mano, que debiera ser como mucho un mes antes de la boda, y si puede ser antes mejor.

-Y tú ¿qué opinas sobre la arraigada costumbre de la petición de mano? -preguntó don Silverio a su hijo.

-La pedida de manos es, como tú sabes, una costumbre muy arraigada en nuestro país y tiene un gran significado para los novios y sus familias, ya que desde este día tendremos un lazo de unión muy fuerte con el fin de que yo “le pida permiso” al papá de mi novia para casarme con su hija. Y en esta petición de mano se aprovecha para que nos reunamos los papás de ambos novios y nos conozcamos todos y convivamos bien antes de la boda. Y yo lo veo bien, papá, porque además es un acto de justicia porque se está tomando en cuenta

a los padres de la novia sobre los planes matrimoniales ya que son ellos los primeros que deben conocerlos. Es de justicia participárselos, anunciárselo, porque un matrimonio representa una separación de su familia de origen para iniciar una vida en común y formar una nueva familia. Para los padres de la novia, es muy importante esa ceremonia, porque es reconocer que ella forma parte de una familia, que tiene sus raíces, valores y afectos que la acompañarán en la nueva etapa que va a iniciar, y es importante tener la bendición de sus padres. Con esto el novio reconoce la autoridad de ellos y se compromete a responder a la decisión a la confianza, a que están depositando en él. Esto habla de su buena voluntad y sus buenas intenciones. La petición de mano no es una ceremonia en sí, sino más bien un acto protocolario anterior a la gran ceremonia de la boda. Yo estimo que con la súplica, con la petición de mano se pretende formalizar socialmente la relación de los novios, adquirir también el compromiso de contraer matrimonio y fijar la fecha de la futura boda. También con ello aprovechamos la ocasión para presentarnos bien formalmente las dos familias. Y si tú lo deseas, papá, podemos celebrarlo con una comida o una cena en un buen restaurante, y esto servirá para que ambas familias nos conozcamos y servirá también para estrechar conocimientos y por encima de todo para trabar amistad entre los consuegros. ¿Qué te parece, padre?

-Me parece extraordinario, hijo, y en cuanto a lo que sugieres de que podría celebrarse en un restaurante, no lo veo íntimo ni familiar, yo prefiero mejor que se celebre en la casa de tu novia, pues para mi gusto es lo

más interno, lo más íntimo y lo más cercano -dijo don Silverio con buen criterio y mejor razonamiento.

Fue una velada llena de amistad, de confraternidad y de cariño, que tuvo lugar el sábado, día 12 de marzo, en la vivienda de Andrés Lozano, donde a eso de las siete de la tarde, acudieron, previo aviso, don Silverio, doña Virtudes y los hijos de ambos, Jesús María y Silverio, que los cuatro llegaron en el Cadillac, propiedad del novio Jesús María.

Andrés Lozano Espinosa y Emilia López, ambos lucieron indumentaria a estreno. Andrés vestía un traje gris con una rayita blanca muy estrecha, que fue hecho a medida y resultó muy elegante, porque le caía mejor que bien. Emilia también estrenó un elegante vestido de fino tejido de color salmón, elegido, tanto el tejido como la hechura por sus dos hijas, Rosita y Andrea. Y el pequeño Andresito también estrenó traje y corbata por primera vez.

El salón comedor, no podía estar mejor ordenado, limpio, cuidado y pulcro. Porque las dos hijas eran muy ordenadas y muy entendidas en la preparación de poner una mesa y ordenar un salón como Dios manda, acomodando cada cosa en su lugar, compaginando y adecuándolo todo en su lugar, en su espacio, y en su sitio.

Al aparcarse el lujoso Cadillac cerca de la vivienda de la familia Andrés Lozano, éste, Emilia, Andresito y las dos guapas mocitas, salieron todos, bien acicalados, a recibir a la muy distinguida familia de los Silverio, y hubo intercambio y reciprocidad de abrazos y besos, de apretones de manos y de cordialidad. Andrés, bien conocido de don Silverio, por haber estado, por espacio

de más de quince años, al frente de la extensa finca que los Silverio tenían en el Arroyo de Peñas Blancas, como administrador, saludó con afecto y cercanía a don Silverio, el cual le presentó a doña Virtudes que quedó muy satisfecha y reconocida. Los demás, todos se presentaron unos a otros y los abrazos y los besos se prodigaron con entusiasmo, felicidad y largueza entre los miembros, todos, de ambas familias.

El salón comedor, donde tendría lugar la gran cena, estaba, como ya tenemos señalado, primorosamente presentado y los Silverio quedaron muy complacidos, admirados, y encantados de lo detalladamente que todo estaba dispuesto.

Momentos antes de sentarse todos a la mesa, se presentó Ángel Rueda, que había sido invitado con la suficiente antelación ¡faltaría más!, por su muy amada Andrea.

La mesa, fue bendecida por don Silverio, como hombre más entendido, ducho y experto, en esta clase de protocolos.

La cena fue preparada por las dos guapas mozas, Rosita y Andrea, y ayudó ¡cómo no!, Emilia y hasta Andrés, que era un manitas y de todo entendía un poco.

Hubo pollos rellenos al horno, también chuletas y costillas de cordero tierno a la brasa, untadas con alioli.

Vinos finos que Andrés proporcionó yendo a la Gran Casona, donde Miguel, su eficaz sucesor en la administración de la finca, le regaló, con el beneplácito de doña Encarnación y de sor Consuelo, que se alegraron un montó al ver a Andrés entrar por las puertas de la Gran Casona, donde fue fiel administrador de la finca por espacio de más de quince años.

La cena transcurrió en un ambiente eufórico, optimista y entusiasmado, y, a la hora de los postres, Jesús María, regaló a Rosita una hermosa sortija con un precioso diamante.

Rosita también obsequió a Jesús María con un bonito reloj de oro, con un gravado perfecto, que a Jesús María le encantó.

Durante los postres también hubo champán, con el que brindaron todos y desearon felicidad para todos y muy en especialmente para los novios, que señalaron con la anuencia o beneplácito de ambas familias, que la boda tendría lugar el sábado día doce de mayo próximo, a las siete de la tarde, en la Iglesia de la Anunciación, Iglesia parroquial de Los Encinares. Y el banquete nupcial se daría en un restaurante nuevo que se había inaugurado el mes anterior, sito a las afueras, en las inmediaciones del pueblo.

Terminada la gran cena, don Silverio manifestó que hacía mucho tiempo que no había cenado como esa noche, y doña Virtudes le secundó manifestando lo mismo, y que había sido un encuentro para memorizar y tenerlo presente por largos años.

Ella sabía, por Rosita y Andrea, que era una familia ejemplar, pero ahora quedó muy complacida y gozosa al saber, por sí misma, que aquella familia, de clase media, era una familia intachable, era una familia ejemplar.

Doña Virtudes fue la que más ponderó la ejemplar familia de Rosita y ya en casa, felicitó a su hijo Jesús María, por la suerte que había tenido con la mujer que había elegido para hacerla su esposa, había elegido a una mujer bella y, además, muy bien instruida y con un

sentido de la responsabilidad superior, y que, aunque de clase media, era una mujer guapa y de una familia ejemplar-. Sus padres -prosiguió- son personas muy atentas y de cualidades y condiciones codiciadas y envidiables.- Hijo mío -continuó- ama cuanto puedas a Rosita y que el amor que le profeses, sea un amor sincero, porque Rosita se lo merece.

-Mamá, yo amo a Rosita con toda mi alma, con todo mi ser, porque es una mujer encantadora y de mucha valía.

-Sí, hijo mío, esa es la pura verdad, es una mujer como nunca la podrías encontrar en nuestra esfera social, en la esfera o círculo social al que nosotros pertenecemos, nos relacionamos, o nos movemos -dijo doña Virtudes convencida de que lo que estaba diciéndole a su hijo era la pura verdad.

-Pues ¿te has dado cuenta en lo pulcras y limpias que son? - preguntó Jesús María a su madre, con encendido calor.

-De esos detalles, que son los mejores, que son los principales que adornan a una mujer, las mujeres nos damos antes cuenta que vosotros los hombres, y también las miramos, observamos y valoramos mejor que vosotros los varones -terminó doña Virtudes con este aserto, con esta afirmación.

-Otro motivo por el que cada día estoy más contento de amar a Rosita, es saber que papá la quiere con locura, la quiere con ardor.

-Es verdad que la quiere y mucho, y eso que papá nunca ha sido zalamero, nunca había sido adulator, sin embargo con Rosita es que se le cae la baba ¡y lo sabré yo! -exclamó doña Virtudes casi con gesto de sentirse

un poco celosa, por el arrullo que, sin darse cuenta, parecía emitir cuando Rosita se sentaba en sus piernas.

Andrés, Emilia, Rosita y Andrea, quedaron muy satisfechos, muy complacidos de cómo había salido, de cómo había quedado todo tan bien.

-¡No sabes cuán contenta estoy, padre, porque todo ha salido de maravilla y Jesús María ha sido muy feliz y me ha dicho que lo nuestro va sobre ruedas, sobre ruedas nuevas, sobre ruedas flamantes! -casi gritó Rosita ante sus padres, que también fueron muy felices, según manifestaron a poco de irse la familia Silverio.

-Esta familia es maravillosa y tú vas a ser muy feliz con el hombre que esta noche me ha pedido tu mano y yo le hubiera dado, le hubiera entregado hasta tu corazón, de habérmelo pedido -dijo Andrés a su Rosita con una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Pero qué más se puede pedir, hija mía! Es una excelente persona, es un hombre de buen ver, tiene una brillante carrera, y su trabajo lo tiene garantizado, y, sus padres, son de la más alta sociedad y, por si todo esto fuera poco, tienen también una muy considerable fortuna-. ¿Qué más se puede pedir? ¿Qué más se puede pedir? -hija mía, ¿qué más se puede pedir?

-¿Y de lo mío qué decís, padre? -preguntó Andrea en tono de un poquitín celosa.

-Hija mía, tú también has tenido mucha suerte pero, claro, lo tuyo lo tienes más lejano y por eso no lo hemos sacado a colación -dijo Andrés a su hija y tocaya, con una expresiva sonrisa en tanto le metió la mano bajo su dorada melena y le dio un suave pellizquito en la nuca.

-Yo os puedo recordar, os puedo memorizar, aquel cuento que de pequeñas nos contabas y que a nosotras tanto nos gustaba -dijo Andrea porque el símil tenía algo que ver con el caso de su hermana Rosita y el suyo.

-¿A qué cuento te refieres? -preguntó Andrés a su hija, con un poco de interés.

-Me refiero al cuento, a aquel cuento, del príncipe y la gatita encenizada.

-¿Y a qué viene ahora aquel cuento? -volvió a preguntar su padre.

-Pues veréis: el cuento era que el príncipe, estando soltero, mandó que le hicieran un zapato de cristal para una joven mocita, y cuando lo tuvo hecho, desde palacio hicieron correr la voz de que a la joven que le estuviera bien (ni chico ni grande), esa joven se casaría con él. Y a tan prodigiosa y admirable cita acudieron todas las mocitas del pueblo o de la ciudad, y en una casa había dos hermanas como Rosita y yo, y la hermana mayor acudió a aquella cita, pidiéndole a su hermana menor, que también fuera ella, pero ésta se negó diciendo que ella no tenía presencia ni atractivo para que, ni tan siquiera, la dejaran entrar en palacio.

-Cuando su hermana se fue para ponerse en la cola para cuando le llegara el turno y probarse el zapato, ella, la menor, se acicaló bien y salió volando hacia palacio. Y cuando le llegó su turno se colocó el zapato y le quedó divino.

Tras probarse el zapato y quedarle como de molde, salió veloz y se metió en su casa. Se desnudó y se puso de trapillo y se arrebujó junto a las escasas ascuas cenizas que había en el fuego.

A poco entró su hermana mayor y le dijo lo bien que lo había pasado, y que por un pelín no le entró el zapato de cristal, y que a poco se comentó que a una jovencita le quedó como de su horma.

Entonces la hermana menor, desgredada, sucia y desastrada y comiéndose las cuatro ascuas que había en el fuego, que había en el hogar, salió diciendo:

-“Quizás que sí, quizás que no, quizás que sería yo”.

-¡Tú, dónde va a ir tú! ¡Si tú eres una gatita encenizada!

-Sí, es verdad que así es el cuento, ¿pero eso qué tiene que ver, qué tiene que probar con lo que estamos diciendo? —preguntaron Andrés, Emilia y Rosita.

-Pues es un símil que quiere decir, que lo mío sin tanto pedida de mano, sin tanto ponderar a esa familia y a la mía ni tan sólo una mención, puedo ser yo tan feliz como ella, porque el joven que a mí me ama, también vale un montón -dijo Andrea con gesto de que también se podría haber hablado algo de su novio, y hacer algún elogio hacia él.

-No, Andrea, no; eso no tiene ninguna similitud, y lo que tenéis que hacer es llevarse y amarse como hermanas, como siempre lo habéis hecho y habéis sido, y dejarse de los celos y suspicacias que no tienen sentido ni lógica porque es una sinrazón -dijo Emilia con sensatez y buen criterio.

-Que sí, mamá, que yo no tengo ningunos celos y para mi hermana deseo lo mejor, porque se lo merece y porque la quiero, pero que también debiera haberse hablado un poco o algo del hombre que a mí me ama, porque para mí vale un montón, y el amor que siente por

mí también es verdadero y también sincero -dijo Andrea con deseo de que aquello se olvidara y de ello no se volviese hablar jamás.

-Pero qué tontina eres, hermana mía, ¿cómo no me voy yo a alegrar de que tengas un novio tan majo, tan majo y de tanta valía como tiene tu Ángel? -preguntó Rosita a su hermana, con gesto de que la quería como a una hermana buena y que para ella deseaba lo mejor.

-Si yo todo eso lo sé, lo sé porque eres mi hermana mayor y sé que me quieres de verdad, por eso os he dicho y os he pedido que ese asunto quede de principio a fin zanjado, y no se vuelva sugerir ni una sola coma más sobre el mismo -dijo Andrea pacíficamente, pero resolutiva.

Capítulo VIII

Estamos en el mes de mayo, día 12, sábado, y a las siete de la tarde estaba anunciada en la Iglesia parroquial de la Anunciación, del pueblo de Los Encinares, la celebración del matrimonio canónico entre Jesús María Alonso y Rosa Lozano.

Aquella tarde, Rosita, había desplegado su hermosura en todo su esplendor e iba con su valioso vestido de novia, de brocado, con fino bordado en relieve, bien erguida y muy feliz del brazo de su padre, Andrés Lozano, con su elegante traje gris (que lo estrenó la noche de la pedida de mano de su hija). Jesús María Alonso daba el brazo a su madre la muy elegante doña Virtudes Torres, con su flamante frac, que por ser costumbre ancestral tuvo que llevar, aunque no fue ni de su agrado ni de su gusto, pues Jesús María, le hubiera gustado ir mejor de traje normal y corriente, pero ¿quién no le hacía el gusto a su padre, que fue el que se lo pidió?

Don Silverio, iba con su uniforme de gala militar, ya que era coronel en excedencia voluntaria, del Cuerpo de Caballería de Defensa Rural, por reunir los requisitos que el Ministerio del Ejército de Tierra, de aquella época, exigía.

Doña Emilia iba también muy elegante con un vestido de seda de color azul cielo.

Como invitados especiales por parte de los padres del novio, fue la Plana Mayor de los militares, de los diversos Cuerpos Militares, todos ellos vestidos con sus uniformes de gala, luciendo en su lado derecho de sus

guerreras de uniforme, las cruces y medallas que a cada uno de los mandos y jefes les correspondían.

También fueron invitados mucho personal civil, como jueces y abogados, empresarios, deportistas, escritores, artistas y demás. Por parte de don Silverio invitaron también a todos los colonos del Arroyo de Peñas Blancas.

Sus hermanas, doña Encamación y sor Consuelo, fueron trasladadas al pueblo de Prado Alto, en la yunta (mulo y muía), de la finca que dirigía Nicolás, el mulero, desde donde cogerían el autobús que las llevaría a la ciudad.

Igualmente hizo Miguel, el administrador, con la yunta del vecino del cortijo de Los Perales, que llevó a Laura, a Laurita y a Miguelito (éste ya con cuatro añitos) y también a María, la madre de Miguel, que, cada día estaba más dispuesta para lo que hiciese falta, pues ya se sabe que era una mujer muy activa, activa y apresurada para todo cuanto hubiera que hacer.

También Andrés invitó a más de 150 personas del pueblo de Los Encinares, por lo que los invitados en total serían sobre 500 personas

Andrea también invitó a toda la familia de su novio, Ángel.

-A imagen de Dios -así comenzó el sacerdote la homilía, después de la lectura del Santo Evangelio:

“El hombre y la mujer, dice la Palabra, fueron creados a imagen de Dios. Queridos hermanos, ¿habéis pensado alguna vez con detención sobre esto? Fuimos

hechos a imagen y semejanza de Dios... ¿No encontráis en esto una grandeza muchas veces olvidada?”

-“Somos imagen de este Dios que en los textos de la Biblia se nos presenta como Padre, que da la vida, que crea belleza, que perdona sin fin, que ama por amor... El Dios de Jesucristo no suele hacer definiciones teóricas acerca del amor; más bien acompaña al pueblo con gestos concretos, con hechos precisos y preciosos de amor, situados en un marco y en unas personas determinadas, como hoy, que en este momento y en estas personas Jesús María y Rosa, Dios hará el gesto de unir su amor para siempre...”.

Cuando unos críos muy majitos y limpios se acercan a Jesús María con una cestita de mimbre con un pañito blanco en el que llevaban dos alianzas, Jesús María coge la de Rosa y dice:

“-Rosa, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti”. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Rosa se acerca al crío de la cestita y coge la alianza de Jesús María y dice igual:

-“Jesús María, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti.” En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El sacerdote con las arras en sus manos dice:

“-A este gesto lo llamamos sacramento porque es un signo concreto de la intervención del Padre en la historia de estos dos jóvenes.

Al tomar Jesús María las arras de manos del sacerdote se las entrega a su esposa diciendo:

-“Rosa, recibe estas arras, que son prenda del cuidado que tendré de que no falte lo necesario en nuestro hogar”.

Rosa contesta recibiendo las arras:

-“Yo las recibo en señal del cuidado que tendré de que todo se aproveche en nuestro hogar”.

La ceremonia religiosa duró más de una hora, y como anécdota curiosa y digna de señalar fue la siguiente:

Cuando el sacerdote hablaba a los asistentes y en especial a los novios, un fuerte grito de una señora de Los Encinares, y vecina de Andrés, resonó en todo el templo al gritar con fuerza la palabra ¡¡guapa!!

Al momento se produjo un cuchicheo o murmullo, entre todos los asistentes, que dio lugar a que el sacerdote pidiera “silencio, por favor”.

A continuación siguió con su plática o sermón y ya sin más incidencias.

A la salida del templo y, después de varios metrallazos de trigo lanzados a los novios, el Cadillac café con leche, esperaba, bien engalanado, cerca de la puerta de la Iglesia, con el conductor esperando para trasladar a los novios a los lugares más emblemáticos o representativos del pueblo, donde les harían las fotos para el recuerdo. El fotógrafo, que lo era de profesión, estaba allí, con cámara en ristre, junto al conductor, que era Silverio, el hermano menor del novio Jesús María.

Ahora y antes de entrar en la Iglesia hubo muchos apretones de manos, de manos anchas y encallecidas, de casi todos los colonos que acudieron a la invitación que don Silverio les había dado a todos, sin excepción. Sor

Consuelo y doña Encarnación, hermanas de don Silverio fueron abrazadas por multitud de señores y señoras, tanto de los colonos como de las amistades que ellas tenían en la ciudad. Miguel, el actual administrador de la finca de los Silverio y su esposa Laura, fueron también saludados y felicitados por todos los colonos y muy en especial por Andrés, su esposa y sus hijas e hijo, Andresito, que ya vestía traje y corbata.

Ahora Andrés preguntó a su sustituto, a Miguel Quesada, por cómo llevaba la finca, la hacienda, y si seguían visitándoles sus padrinos, los neoyorquinos, que también fueron padrinos del segundo hijo, que por nombre le pusieron Miguel, como su padre (ahora Miguelito), y Miguel dijo a Andrés que todo iba muy bien, y que sus padrinos neoyorquinos, Roberto y Amparo, no dejaron ni unas solas vacaciones de venir desde que bautizaran a Laurita, que ya tenía seis añitos y que era una niña encantadora como su madre. Que tanto a Laurita como a Miguelito, cada año les traían su regalito para guardarlos en sus cartillitas de ahorros. Pues Laurita iba ya por cerca de los 20.000 duros, y Miguelito iba ya también por la mitad de lo que tenía su hermana. Que Roberto y Amparo no trajeron a nadie, no tuvieron hijos, y para ellos, según nos decían, sus hijos eran Laurita y Miguelito. Que a los dos les encantaba venir a nuestra tierra, porque -decían- nuestra tierra es un cielo, es un edén, es un paraíso.

A don Silverio y a su esposa doña Virtudes, no les escasearon tampoco los abrazos y los besos de todos los colonos y sus familiares, y en especial la de todas sus muchas amistades que, como militar en excedencia

voluntaria, tenía en todos los cuerpos militares de la ciudad.

Una vez hechas las fotos, regresarían al recién inaugurado restaurante, que estaba ubicado a unos 500 metros de la última vivienda del pueblo, donde esperaban los cerca de 500 invitados, que más de la mitad de ellos, era la flor y nata de la burguesía de la ciudad.

Serían las nueve de la tarde noche del sábado día 12 del mes de mayo (como ya tenemos anunciado), y la temperatura a esa hora era muy agradable (ni frío ni calor), era una de esas tardes maravillosas de auténtica primavera, que daba gozo aspirar la leve brisa fresquita, saturada de perfume campestre, el perfume campestre es emanado de las diversas plantas, hierbas o arbustos, en flor, como los rosales, las violetas, los jazmines, las gardenias, los claveles, los geranios, (unas flores silvestres y otras de jardín), las azucenas, las hiniestas y los romeros en flor; los magnolios, los arbusto espinosos que crecen en las riberas de los ríos y que florecen también en primavera, con una pequeña flor amarilla, y que por aquellos lares se les conoce por el envidiado nombre de paraíso; de las sabinas y las frondosas alamedas de chopos, y, hasta el tomillo aceitunero exhala un perfume exquisito, y el aroma que es un árbol que por estos parajes es poco conocido y que sus flor se llama aroma; en fin, de todas las hierbas, arbustos o árboles en flor, porque el mes de mayo, por antonomasia, ha sido, y siempre será, el mes de las

flores, el mes de María, el mes de nuestra madre del cielo, el mes de la Virgen María.

Cuando llegaron los novios, los invitados ya se habían tomado el pequeño refrigerio, conocido después por copa de bienvenida, y todos estaban eufóricos y deseosos de entrar al nuevo restaurante, que algunos del pueblo ya lo habían visto y no dejaban de manifestar que era un local maravilloso y construido con mucho gusto.

Y, en efecto, entraron todos de manera y forma modosa, educada y respetuosa, y ya, quizás por primera vez, con las mesas numeradas y asignadas las personas de todas y cada una de las mesas.

El salón comedor, con capacidad para más de 500 personas, estaba lujosamente decorado, con espléndidas cortinas de color granate, cubriendo los altos ventanales, el pavimento era de parqué y estaba muy lustrado, pues en él se veían las sombras de los invitados como si fuera un espejo. Del magnífico techo de escayola, con artísticos adornos de enyesado estucado, pendían artísticas lámparas de cristal transparente, que quedaban agraciadas y perfectamente lindas.

El menú era de lo más suculento, sabroso y gustoso, pues para *picar* habían puesto: saladitas almendras tostadas, avellanas con la dura corteza quitada, aceitunas verdes rellenas y platitos de queso y de jamón hecho virutas.

De primero pusieron sopa de espárrago triguero, con escasos trocitos de pan tostado, que a los comensales les supo a gloria, porque era un sabroso caldo que, la mayoría jamás lo habían visto y menos probado.

Después pusieron bistec de ternera de Ávila que fue por aquellas fechas cuando empezó a comercializarse por estos lares.

Hubo también langostinos y cigalas y otros crustáceos, casi desconocidos para muchos de los invitados.

La bodega fue de lo más selecta, porque hubo vinos riojanos, de ribera de Duero, de San Lucas de Barrameda y de Jerez de la Frontera. Todo ello amén de las primeras cervezas que, por aquella época, por aquellos entonces, comenzaron a comercializarse en España.

La cena, en fin, fue abundante y sabrosa, fue opípara y deliciosa. Y la tarta nupcial fue exquisita, fue gustosa y sabrosa. El champán no lo servían los camareros, porque lo que hacían era poner botellas y más botellas, para que los invitados se sirvieran a gusto y a placer.

Después, y durante la cena también, el conjunto musical de Prado Alto, que era conocido por toda la provincia como uno de los mejores conjuntos musicales de toda la jurisdicción, amenizó la copiosa cena, y después de la cena llegó la poscena, que fue larga y espaciada, cargada de música y de ron.

Durante la velada y la succulenta cena, nadie pidió que los novios se besaran, pero ellos, sin que nadie lo pidiera, en más de una ocasión, sellaron sus bocas con apretados y largos besos, con lo que don Silverio, más que ninguno de los que integraban la mesa familiar, miraba a los novios y sus párpados se abrían y se cerraban con más celeridad de la normal, y en dos

ocasiones, furtivamente, sacaba su pañuelo del bolsillo del pantalón, y sin apartar la mirada de los novios, con el pañuelo doblado y planchado, se tocaba y se tocaba, cuidadosamente, ambos lagrimales, que alguien, con buena vista, podría observar, que aquellos ojos estaban más húmedos de lo normal.

A doña Virtudes, también se le veía feliz, muy feliz, y miraba y volvía a mirar a su querido hijo y a su flamante y brillante nuera, que ya no eran novios, que ya eran marido y mujer y que desde que por primera vez la vio, le entró (como suele decirse), le entró por el ojo, y se sentía muy feliz, porque sabía muy bien que a su amado hijo, Jesús María, quería a aquella bella mujer, con toda su alma, con todo su ser.

Tampoco Andrés y Emilia estaban disgustados por el paso que su querida Rosita había dado, al casarse con aquel apuesto joven que era culto, que tenía una brillante carrera, y, además, que era de una familia que, socialmente, era de lo más distinguido de la ciudad; y que también sabían que aquel apuesto joven quería a su hija de verdad, porque su hija valía mucho y eso él lo supo apreciar, lo supo valorar, Andrés, en una ocasión le dijo a Emilia, a su mujer, que ese joven, según había dicho un alto vecino del pueblo, en el casino, era un *adonis*. Y que él se había sentido ofendido, al decir aquel paisano suyo, que el novio de su hija era un auténtico *adonis*. Pero que el paisano le aclaró que lo que había dicho no era ninguna ofensa, pues que era todo lo contrario, porque *adonis* era un joven bien parecido, era un hombre guapo.

El banquete de boda, al fin, a eso de las cuatro de la madrugada, lo dieron por terminado, y la familia

Silverio se despidió de sus consuegros con un afectuoso abrazo y les dijeron que ellos se sentían muy felices y, ¿ustedes cómo se sienten? -preguntó don Silverio a sus consuegros, a Andrés y Emilia.

-Para nosotros, este día ha sido el más feliz de toda nuestra vida -dijo Andrés mirando fijamente a los ojos de don Silverio.

-Pues a nosotros nos pasa lo mismo, y ahora le pido que ya no me diga don Silverio, porque entonces me disgustaría, me gustaría más que me dijese tan sólo Silverio -le dijo al tiempo de darle un fuerte abrazo.

Andrés y Emilia también se despidieron de Ángel y de su familia, de la familia del novio de su hija Andrea, y todos quedaron muy contentos y satisfechos de haberse reunido, de haberse visto, de haberse conocido.

Andrea, después preguntaría a sus padres por cómo les había parecido la familia de Ángel y ellos le dijeron que era también una familia de mucho rango, de mucha categoría, y es que las dos habéis tenido una suerte que cuántas mozas de vuestra edad y clase social, desearían tener-. El padre de tu novio -continuó Andrés- tiene que tener un cargo militar de mucha importancia, pues no había que ver nada más que el par de estrellas gordas que lleva en el uniforme, para deducir que tiene que ser un militar de mucho rango. Yo hace ya mucho tiempo que hice mi servicio militar y ya no me acuerdo a cuanto llegan a ser ese par de gordas estrellas, pero tengo para mí, que tiene que ser, como suele decirse en tono coloquial y corriente, un pez gordo -dijo Andrés a su hija para que ésta se enorgulleciera.

-Es ahora mismo teniente coronel, pero de aquí a poco lo harán coronel y ya llevará tres estrellas de esas

gordas, como tú dices -dijo Andrea con su orgullito ¿por qué no?

-Pues ahora quiero recordar que un coronel manda en un regimiento y eso es de mucha valía, porque el regimiento está formado por más de mil soldados, con que ¡figúrate tú! Pues sólo con saber eso, ya no hace falta preguntar más, para saber que es un jefe militar de mucha altura -dijo Andrés animando a su hija.

-Ahora -siguió Andrés- lo que hace falta es que tu novio, que se ve buena persona, termine contigo como ha terminado Jesús María, y entonces será cuando nosotros nos alegraremos y seremos felices, como lo somos ahora con Jesús María -dijo Andrés a su hija, con buena lógica.

-Que sí, papá; que Ángel me ha jurado por lo que más quiera en este mundo que me quiere, que me ama de verdad, que su amor por mí es también sincero, como lo es y ha sido el de Jesús María con nuestra Rosita -dijo Andrea muy convencida de que lo que decía era cierto, era irrefutable, era de verdad...

Capítulo IX

El viaje de novios lo hicieron por las Islas Baleares, concretamente pararon en la capital, en Palma de Mallorca, donde lo pasaron divino, porque Jesús María, llevaba muy bien preparada la cartera y, ya se sabe, que con dinero se pasa mejor que sin él, pues el peor viaje de novios fue el de aquellos que, inocentemente, decía el novio cuando le preguntaban los amigos qué cómo lo habían pasado y, éste les dijo:

-Pues lo hemos pasado más bien mal, tanto que por no tener dinero nada más que para mi billete del tren y no tener para el de ella, tuvimos que sacar mi billete solo, y, solo he hecho el viaje de novios, y con esto os lo digo todo.

Los amigos lo entendieron muy bien y lo felicitaron por lo perspicaz, profundo, lúcido y penetrante que fue, al sacar para el viaje de novios, sólo un billete por no tener suficiente dinero para pagar el billete de ella y el suyo, y tuvo que apanarse y conformarse con sacar sólo un billete, el suyo, claro.

Pero el viaje de Jesús María y Rosita fue más generoso, más espléndido y por eso lo pasaron mejor y sobre todo mejor acompañados.

Estuvieron en los lugares más emblemáticos de la bella ciudad de Palma. Vieron el Palacio del Consejo Insular; La Lonja, el edificio del Parlamento Insular, el Consulado de Mar y otros.

Así que fueron muy felices, porque llevaban dinero y sobre todo porque se amaban de verdad, porque se amaban con amor sincero.

Al volver del más feliz viaje de sus vidas, don Silverio ya había encargado a uno de los mejores decoradores de la ciudad, que se esmerase y le pusiera el amplio piso de su hijo con el mejor decorado que supiera, y que por el coste del moblaje no se preocupase en escatimar ni un solo duro, y que hiciera honor a su renombrada fama como decorador. El espacioso edificio estaba ubicado justo a la derecha entrando, del piso de su padre, del piso de don Silverio.

A la semana de haber comenzado el decorador la ornamentación del piso, éste les dio aviso a don Silverio y a su esposa, para que fueran y vieran cómo había quedado la espaciosa vivienda. Y cuando don Silverio y doña Virtudes, vieron espaciosa y detenidamente el trabajo realizado, así como el moblaje que había adquirido y colocado, les gustó mucho y quedaron muy satisfechos, tanto de la presentación de las pinturas que había empleado como de los muebles que había adquirido y había colocado. Tampoco quedaron disgustados con el importe total que les presentó con sus facturas correspondientes.

Un domingo, cuando bajó a la Gran Casona, como cada domingo, encargó a Nicolás, el mulero, que ya sabemos que era de Los Encinares, que le dijera a sus consuegros, Andrés y Emilia, que se pasaran por la ciudad para que vieran la vivienda de los novios.

Andrés y Emilia, prepararon viaje y acudieron a la llamada de don Silverio y cuando vieron el piso que don Silverio mandó preparar para sus hijos, quedaron maravillados y muy contentos, porque incluso don Silverio les dijo que allí hasta había casa para ellos también.

Después, don Silverio le entregó a Andrés un billete de cien pesetas para el pago del viaje, que Andrés se incomodó con este gesto de don Silverio.

-Jamás tomaré yo eso en mis manos -le dijo con evidente enojo.

-Si no tomas esto ya no te mandaré más razón para que vengas a mi casa (don Silverio, por primera vez tuteó a Andrés), -le dijo con gesto serio, pero en ello no había enojo ni indiferencia de índole alguna.

Antes de que Andrés abriera la boca para contestarle a lo que le había dicho, don Silverio se puso el dedo índice en la boca, en posición vertical para cogerle la palabra, y decirle que, en adelante, no se le ocurriera hablarle de usted ni de don.

Andrés y Emilia se pasaron por la casa de don Silverio para saludar a doña Virtudes. La que después de los saludos de cortesía, doña Virtudes les preguntó si les había gustado el piso de los hijos de ambos matrimonios, a lo que Emilia dijo que ella jamás se lo hubiera podido imaginar: lo espacioso, lo soleado, los modernos muebles y todo en general, porque para ella aquello no era un piso, ni más grande ni más pequeño, aquello para ella era, un palacio, para disfrute de los príncipes, Jesús María y Rosita -dijo Emilia con ardor, con exaltación.

-Es verdad, Emilia, que el piso ha quedado como para príncipes o para personajes de mucha altura -dijo doña Virtudes con entusiasmo, con emoción...

-Verdad, doña Virtudes, verdad -repitió Emilia con gesto de sinceridad.

-Emilia, no le permito que me hable de usted, ni de usted ni de doña, pues lo nuestro es ahora muy cercano

y esa cercanía nos insta, nos exige, a olvidarnos de tratamientos y formalismos que no casan con nuestra afinidad, que nuestros hijos han hecho nacer, han hecho brotar entre nosotros.

-Pero d... -chic- pronunció doña Virtudes antes de que Emilia volviera a pronunciar la palabra doña, que ya la tenía formulada en la punta de su lengua-. De verdad, Emilia, que se lo pido de favor -siguió doña Virtudes- porque entre nosotros se ha producido una conmutación, una substitución, un cambio o como queramos llamarlo, y no debemos confundir, no debemos desatinar, errar, o equivocar los términos o expresiones que, entre nosotros, desde que nuestros hijos se unieron en santo matrimonio, no casan, no enlazan -así concluyó, así terminó doña Virtudes su larga parrafada.

-Muy bien, d...Virtudes, muy bien, pero hágase cargo y entienda que una es una pobre mujer, o una mujer pobre, o las dos cosas a la vez, y me cuesta hacerlo así sin más, como quien dice, de la noche a la mañana -así abarrotada de humildad, se despachó Emilia, ante su consuegra, doña Virtudes, o Virtudes y nada más.

Cuando los novios regresaron de su viaje de Lima de Miel, quedaron impresionados al ver el piso que don Silverio había ordenado acicalar, porque ellos ya lo tenían visto desde poco antes de casarse y sabían que era un grandioso piso y que estaba ubicado justo a la derecha entrando al de los padres de Jesús María, pero ahora después del esmerado y pulcro decorado de pintura, muebles y demás, quedaron muy contentos y satisfechos, por lo que exageraron manifestando, con

gozo, que sus padres eran los mejores padres de la creación, y los abrazaron y besaron de manera espectacular.

Después de felicitar a sus padres, se dieron una buena ducha, se cambiaron de indumentaria y dijeron que iban a tomar algo fuera, y que después irían a Los Encinares para ver a la familia de Rosa.

Como lo pensaron lo hicieron, y cuando cogieron el cádillac para ir a Los Encinares, aún no habían vuelto los padres de la ciudad, donde habían estado viendo el piso recién decorado, pues ocurrió que entre tanto Andrés y Emilia estuvieron viendo el piso, ellos estuvieron tomando unos aperitivos fuera, y cuando llegaron para coger el coche para salir hacia Los Encinares, Andrés y Emilia ya se habían ido a coger el autobús, que los llevaría al pueblo, pero al salir el autobús más tarde de cuando salieron ellos, llegaron al pueblo y los padres de Rosita aún no habían llegado.

No estaban los padres de Rosita, pero estaba Andrea y Andresito, que les dieron un enorme alegrón, y más aún cuando les sacaron los regalos que les trajeron: para Andrea unos zapatos de color marrón de los más elegantes que vieron en el mercado de Palma de Mallorca. Y para Andresito un estuche o neceser, completo de todo lo que debe llevarse en esta clase de embalajes o bolsitas.

Cuando Andrés y Emilia llegaron a Los Encinares, y después de abrazar a los dos con exagerado amor, Andrés les echó una moderada regañina, diciéndoles que, si hubieran estado en casa de don Silverio o que hubieran sabido que iban a venir aquí los hubieran esperado y se hubieran venido con ellos, y no hubieran

tenido necesidad de esperar el autobús; pero es que sois un par de trotamundos, no pensáis más que en salir y, en salir, que parece que os pincha, que os pican las casas, tanto la de don Silverio como la nuestra -terminó por, fin, Andrés su larga perorata, con una sonrisa cargada de cariño en su semblante.

-Bueno ya nos han dicho que vuestro viaje ha sido nada más que regular- dijo Andrés con gesto de que ellos lo entendieran como una ironía o como un retintín sin malicia.

-Sabréis que hemos visto vuestro nido, que sólo les falta los padres y los polluelos -dijo Andrés con franca expresión de broma.

-Así es, padre; así es padre -repitió Rosita con signos de afirmación.

-Los padres lo van a ocupar pronto, los polluelos también vendrán, si Dios lo quiere, pues yo soy de los que creen que todo viene de Dios -dijo Jesús María, como hombre bien educado en la fe.

-Nosotros no queremos cargarnos de hijos; nuestro deseo es traer una parejita nada más, pues con una sola parejita, tendremos más posibilidades de dejarles una dote más ventajosa y favorable -dijo Rosita con buena intención y mejor criterio.

-Pues yo digo como Andrea dijo un buen día cuando estábamos en un bar tomándonos un vermut, y estaba Ángel también, y al preguntar a cada uno lo que quisiera o pudiera ser, ésta dijo la mejor de las sentencias contenida en la frase siguiente y que yo nunca olvidaré: “Ha sido siempre y seguirá siendo lo que el Dios del cielo nos depare, nos ofrezca”.

Y llegó la hora de la comida que Emilia había preparado, con la diligente ayuda de Andrea, y resultó ser una comida sencilla, pero riquísima: fueron patatas fritas al montón y también se las llamaba patatas a lo pobre, que, pese al desdichado y desventurado nombre, sin embargo estaban riquísimas, pues Emilia también les había echado unos pimientos verdes y tiernos, recién cogidos de la hortaliza temprana que Andrés tenía en las inmediaciones del pueblo, donde tenía un pequeño campo en donde se entretenía y poma de todo. Poma pimientos, tomates, cebollas, acelgas y de toda clase de hortalizas, tempranas y tardías. Emilia, mujer de clase media, estaba muy acostumbrada a freír patatas y también sabía muy bien rebanarlas, eran las suyas unas patatas de piel encarnada, roja y de pulpa blanca, blanquísima, y Emilia las rebanaba finas y con destreza, y las dejaba en la sartén hasta el momento justo de voltearlas, de darles la vuelta con la rasera. Tenía muy bien calculado el tiempo que las debía dejarlas freír, para que se pusieran rubias y no quemarse. Así pues, que las patatas fritas que preparaba Emilia con pimientos verdes, frescos y tiernos, estaban como uno de las mejores comidas, manjares o viandas que se puedan cocinar, y sólo con un plato así tenías suficiente para quedar bien comido y bien satisfecho.

Durante la comida, Jesús María, preguntó a Andrea por cómo llevaba sus relaciones con su amigo Ángel, amigo suyo y compañero de su hermano Silverio.

-Lo llevamos muy bien, Jesús María -dijo Andrea con orgullo, pues viene -siguió- todos los fines de semana, igual que hacías tú cuando eras novio de mi hermana-. Y mira que coincidencia: también me ha

dicho que va a pedir permiso a padre, para que me deje ir a la ciudad, para que conozca bien a sus padres y viceversa-dijo Andrea con evidente señal de ilusión.

-Ángel es una excelente persona y eso quien lo sabe bien es mi hermano, y sus padres son de una familia distinguida de la ciudad; su padre es teniente coronel en activo y pronto lo ascenderán a coronel, por la edad que tiene y por su brillante labor profesional -dijo Jesús María porque era verdad y al mismo tiempo para contento de Andrea y también para el de sus padres.

El sábado siguiente, por la tarde, a eso de las siete horas, llegó Ángel a Los Encinares y, como se preveía pidió permiso a Andrés para que dejase a Andrea llevarla a la ciudad, para que conociera bien (decimos conociera bien), porque verla ya la habían visto en la boda de Jesús María y Rosita, pero no la habían tratado y con sólo haberla visto, no era conocerla, como dice un axioma muy vulgar y hartó conocido, pero que es muy ejemplar y compresivo y dice como sigue:

-“¿Tú conoces a Juanillo? -pregunta un hombre a otro.

Y el otro contesta:

-Pues sí, claro, que conozco a Juanillo.

-¿Pero lo has tratado? -le vuelve a preguntar.

-No, tratarlo no lo he tratado -le contesta.

-Pues entonces si no lo has tratado, no conoces a Juanillo.

Este axioma o aforismo es hartó conocido y vulgar, pero que es muy acertado y muy ilustrativo.

-Así pues, -siguió Jesús María- que para conocer bien a una persona es imprescindible haberla tratado anteriormente -dijo Jesús María concluyente y rotundo.

A la petición de Ángel, igual que en su día dijo a Jesús María, no puso objeción alguna, pues lo único que le dijo fue lo que también dijera a Jesús María, que se lo dijera también a su madre, a Emilia.

Cuando llegaron a la ciudad, Ángel aparcó su 1500 negro en el parking privado de su padre, el teniente coronel don Félix Rueda León.

Subieron a la vivienda que estaba en la segunda planta, y por eso no cogieron el ascensor, que también había.

Al pulsar el botón del timbre, al momento abrió la puerta una joven menuda y grácil y de nombre Carmina, la criada de doña Carmen, esposa de don Félix y madre de Ángel.

Entraron en el amplio y largo vestíbulo y, al final, en una salita de regulares dimensiones, estaba doña Carmen con las agujas del punto haciendo una prenda de lana color rosa.

Enseguida se levantó de su hamaca de mimbre, dejando las agujas y la labor de color rosa que estaba haciendo encima de una mesa camilla, normal y corriente y, con visible afecto besó primero a Andrea y seguido a su hijo.

-¿Qué os pongo de merienda? -preguntó dirigiendo la mirada a su hijo.

-Nada, madre; porque vamos a salir para que Andrea vea algo de la ciudad y por ahí tomaremos algo -dijo su hijo de muy buena manera.

Tenemos que aclarar que doña Carmen tenía los ojos puestos en otra joven vecina de ellos, que se llamaba María, pero todos la conocían y la nombraban sólo por Mari. Ésta joven hacía más de un quinquenio que estaba loca por Ángel, pero Ángel (como ya dijéramos en otra ocasión), no quería ver a Mari ni en pintura.

Mari no era fea, pero era sosa a todas luces, y doña Carmen la quería para su hijo. Su padre también era militar, un grado inferior al de su esposo, pues era comandante, y era una joven muy de su casa, pues salía poco por no decir nada, y ni tenía amigas ni amigos y estaba emperrada en que Ángel la quisiera, pero Ángel no la despreciaba por nada, pero no era de su gusto, no era de su agrado. Pero doña Carmen estaba día sí, día también, con el erre, erre de Mari para su hijo, y su hijo estaba de ella y de su madre, hasta el ático.

Por eso, de entrada, doña Carmen no estuvo de muy buen agüero con Andrea que, físicamente y espiritualmente, y otras muchas palabras terminadas en mente, valía mucho más que Mari, por mucho que su madre la pusiera en lo más alto del pedestal, y le viniera dando la murga desde hacía más de un quinquenio.

Pero paradojas de la vida, porque cuando Andrea estuvo entre su casa y la calle, donde Ángel, su hijo la sacaba, en unas cuarenta y ocho horas, las cosas cambiaron radicalmente.

Allí había estado su patrocinada vecina, la tarde del domingo y sin motivo alguno coceó como una muía, diciendo a doña Carmen, delante de su hijo y de Andrea,

¡que ella no estaría nunca jamás para las sobras de nadie! -gritó, berreó como un ciervo en celo.

-¡Pero chiquilla! ¿Qué estás diciendo? ¿Quién te ha dicho a ti que esté o no estés, o dejes de estar para las sobras de nadie? -preguntó doña Carmen cabreada, avergonzada y arrepentida de haberle dado calor a aquella desvergonzada verdulera.

-¡Qué vergüenza, madre, qué indecencia, qué descaro y qué liviandad!, -exclamó Ángel, su hijo-. ¿Y, esa es la mujer que tú quieres para tu hijo? -preguntó Ángel a su madre.

-Hijo mío, ¡qué atontada he estado tanto tiempo y qué tipo de ceguera he tenido!, -exclamó doña Carmen arrepentida de todos cuantos consejos le había dado a su hijo, respecto de aquella insolente y desvergonzada zorra.

Andrea, se quedó petrificada, se quedó de piedra, pero por su boca no perdió nadie, porque a nadie mencionó y a nadie dijo nada

Capítulo X

Era sábado. Día 2 de junio, las seis de la tarde, cuando el cielo limpio y azul de Andalucía, comenzó a enmarañarse. En el instante que don Silverio vio oscurecerse el cielo, cogió su hermoso caballo, de capa blanca y brillante, y salió al trote desde el Arroyo de Peñas Blancas, donde cada sábado bajaba para estar con sus hermanas, doña Encamación y sor Consuelo. Y se encaminó hacia el pueblo de Prado Alto, donde cómo era habitual, cogería desde allí el autobús que lo llevaría a la ciudad. Pero cómo pudo ser posible que, en tan corto espacio de tiempo, el cielo se transformara en una inmensa bóveda negra, negra como el carbón.

Don Silverio, rozó con las espuelas de diamante, los ijares del caballo y éste aceleró el trote por la cuesta arriba, cuando en ese preciso instante, se dejó oír el descomunal restallar de un inmenso trueno, encima mismo de la cabeza de don Silverio, como si el firmamento hecho astillas cayera sobre él.

Quién vio el efecto del pavoroso, del apocalíptico trueno fue José, el del cortijo del Romeral y padre de Laura, la esposa de Miguel Quesada. José se estaba en el tranco de la puerta de su casa, que estaba ubicada en un pequeño altozano, desde donde se veía todos los cortijos del Arroyo de Peñas Blancas, y José vio subir la cuesta arriba a don Silverio sobre su caballo blanco, porque el camino de herradura, que iba desde la Gran Casona hasta el pueblo de Prado Alto, pasaba a menos de doscientos metros de la puerta de su casa.

Como decimos, José se encontraba en el tranco de la puerta de su casa, cuando el restallar del terrible trueno y la expansiva resonancia, lo desplazó hacia atrás, hacia el interior de la primera habitación de su vivienda de donde se encontraba, y cayó al suelo, de espaldas, como si en aquel instante le hubiera dado una trombosis cerebral.

Cuando José se reanimó, se levantó, apartó la cortina y vio cómo el aguacero era atroz: corría ladera abajo como una inmensa riada roja, como si fuera lava emergida de un cráter, de la boca de un volcán.

Encarnación, su esposa, que le cogió la tormenta en otra habitación de la casa, le preguntó por qué estaba en el suelo y él le dijo lo ocurrido, que la expansión del enorme trueno lo lanzó hacia atrás, pero que no tema lesión alguna, y que lo único que le preocupaba era la suerte que habría corrido don Silverio, porque cuando la descomunal expansión del tremendo trueno él vio desde el tranco de la puerta a don Silverio, que subía la cuesta arriba con su caballo blanco, y ahora no sabía si habría seguido hacia el pueblo o se habría vuelto hacia la Gran Casona y, aunque seguía lloviendo ya había amainado, procedió a echarse una chaqueta vieja sobre la cabeza y con un trozo de guita se la sujetó por el cuello, dejando una rendija delante de los ojos para poder ver y andar. Salió dando largas zancadas y fue hasta el lugar del camino por donde había visto subir a don Silverio sobre su caballo, al mismo tiempo del descomunal estallido del enorme trueno. Lo que José vio allí le trastornó, le perturbó el ánimo: el caballo blanco de don Silverio estaba de costado, ennegrecido y quemado, igual que don Silverio que estaba totalmente

irreconocible: aquella oscura mancha humana era don Silverio, achicharrado, quemado, electrocutado.

José tenía por delante un dilema, un aprieto: no sabía qué hacer en tan lamentable y patética desgracia. Al momento salió corriendo hacia su casa y en escasas palabras le dijo a Encama, a su esposa, y a su hijo Pepito lo que había.

Entró en la cuadra y cogió la muía en pelo (sin aparejo), y salió con ella al trote hacia el pueblo de Prado Alto. Ya había escampado, pero la gran tromba de agua caída en menos de quince minutos, lo había encharcado todo.

Lo primero que hizo fue ir a la casa de Paco Román, el cuidador del caballo de don Silverio, y a éste le dijo con todo su pesar, lo que había ocurrido.

Paco Román, se arrancaba los pelos de su cabeza, pisoteaba el suelo hasta partir las losas, pero así, como un frenético enfurecido, le dijo a José que se fuera hacia la Gran Casona, y que pusiera al tanto de lo ocurrido a su yerno Miguel y que él se encargaría, en el pueblo, de dar aviso a la Guardia Civil, al Juzgado y demás.

Cuando la Guardia Civil supo lo que había, lo comunicó al Juzgado de Instrucción, y éste dio órdenes a los dos agentes judiciales y acompañados de una pareja de la Guardia Civil, se desplazaron los cuatro, más Paco Román, al lugar del horrible siniestro. Aquí los dos agentes judiciales, que habían llevado unas parihuelas, echaron en ellas el cadáver carbonizado de don Silverio y, renovándose de trecho en trecho con la Guardia Civil, llegaron al pueblo, donde el médico forense del Juzgado de Instrucción, redactó el siguiente informe:

“Muerte instantánea por electrocución de chispa eléctrica de rayo de tormenta”.

Entre tanto, Miguel, el administrador de la finca de la Gran Casona, puso en movimiento a Nicolás, el mulero, para que, con la mayor diligencia preparara la yunta (mulo y muía), para el traslado, para la partida de doña Encarnación y sor Consuelo al pueblo de Prado Alto, para desde aquí en taxis o en autobús, si lo hubiere a esas horas (las 20,30), las trasladara a la ciudad.

Seguidamente, Miguel, se llegó al cortijo vecino de su madre, al cortijo de Los Perales y después de dar la triste nueva a Manuel le pidió, de favor, que si podía prestar su yunta para el traslado al pueblo de su madre, de su mujer y de sus hijos (Laurita y Miguelito).

Manuel, no puso objeción alguna, al contrario: le agradó que el hijo de su buen amigo, Miguel, muerto también en luctuoso trance, mostrase confianza en él para pedirle que le prestarle su yunta.

Informadas doña Virtudes, Jesús María, Silverio hijo y Rosita, de la horrenda desgracia, los cuatro eran como un mar de lágrimas, uniéndose al mar de lágrimas también la buena de Virginia, la criada.

Como don Silverio era militar, el Juzgado de Instrucción de Prado Alto, puso en conocimiento de Capitanía el infortunio acaecido por lo que procediera hacer por parte de ésta.

Capitanía puso en conocimiento a la familia del fallecido que si querían que la capilla ardiente se instalara en la gran sala mortuoria de ésta, pero doña Virtudes, agradeciendo el gesto de la citada Capitanía prefirió que la capilla ardiente se instalara en el

tanatorio de San Juan de Dios, donde habían instalado las capillas ardientes de sus padres, y, además, que don Silverio hubo insinuado un día algo al respecto.

Sin embargo, Capitanía dio órdenes para que a la salida de la misa funeral de *córpore insepulto* de don Silverio, el día siguiente, se disparan tres cañones como homenaje al militar fallecido.

Por la capilla ardiente de San Juan de Dios, pasaron más de la mitad de los habitantes de la ciudad, así como de los Pueblos de Los Encinares, del de Prado Alto y de otros muchos más pueblos de la comarca, amén de todos los colonos, sin excepción, inclusive Jacinto, del Arroyo de Peñas Blancas.

El párroco de Prado Alto, don Sebastián, se puso al habla con el señor Obispo de la ciudad, que fue el que iba a celebrar la Misa Funeral de don Silverio, para ofrecerse a concelebrar la misa con él y con los demás sacerdotes que viniesen.

Rosita fue una de las más afligidas por la muerte de don Silverio, tanto que, en dos ocasiones la tuvieron que levantar del suelo por desvanecimiento, desmayo o lipotimia. Rosita fue a la celebración del funeral cogida del brazo de Jesús María, e iba de luto riguroso, de pies a cabeza.

El señor alcalde de la ciudad, informado del pavoroso accidente o siniestro, dio órdenes a la policía local para que buscara a cuatro hombres y fueran al lugar del suceso, con pico y pala y dieran sepultura al caballo carbonizado del militar fallecido.

El duelo de Jesús María a su padre, fue doloroso, angustiado y muy penoso, muy penetrante, porque en más de una ocasión, durante el largo velatorio habló en alto. Como si su padre le estuviera escuchando.

-“Padre mío, ¿por qué te has ido tan pronto y de manera y forma tan horrenda, tan despiadada? ¿Cómo nunca me dijiste que te irías el día menos pensado? Tu cuerpo ya no es tu cuerpo. Tu alma seguro que habrá quedado impoluta e inmaculada, pero ya no te voy a ver más, ya no me darás más consejos, ya no tendrás más preocupaciones por mí.

En este momento entró en la capilla ardiente Paco Román, que Jesús María al verlo se abrazó a él y el abrazo fue largo, emocionado y enternecido, y los dos lloraron desconsoladamente. Los dos lloraron cada uno en el hombro del otro. Y al separarse del largo y sentido abrazo, los hombros derechos de ambos quedaron mojados, quedaron mojados de sentidas y ardientes lágrimas.

Andrés, el padre de Rosita, fue también uno de los hombres que también se destacó en el duelo. No paraba de recordar la buena persona que, en vida, había sido don Silverio.

-“Hoy es un día triste para mi corazón -siguió Jesús María-. Hoy me han arrancado, me han extirpado otra parte de mí. ¿Por qué últimamente se van las personas a las que más quiero? Se fueron mis abuelos, se fueron mis tíos y, ahora se va mi padre. Lo único que no se irán nunca serán mis recuerdos; me quedo, padre, con el último beso que me diste. Nunca lo olvidaré; nunca te olvidaré”.

“Gracias, padre, por todos los momentos felices que viví contigo. Hasta siempre padre, hasta siempre y nunca te olvidaré”.

“Sé que ahora estarás bien; porque sé que los abuelos estarán cuidando de ti. Aquí los que quedamos nunca te olvidaremos, has sido el mejor padre del mundo, y yo tuve la suerte de tener al mejor padre del mundo”.

-Calla, hijo mío, cállate por Dios, que tus palabras se me clavan en el corazón, cual minúsculas agujas que no se ven, pero que a mí me traspasan el corazón —dijo doña Virtudes a su hijo tanto o más dolorida que él.

-“Todo ha ocurrido en un espacio tan breve que no nos ha dado tiempo para prepararnos para poder resignarnos en esta tribulación, en esta amargura, en esta enorme aflicción”.

-“Mi padre, un hombre de 67 años, alto y de facciones correctas, con muchas ganas de vivir, nos ha dejado sin darnos explicaciones, en cuestión de seis horas, todo ha ocurrido rápido y sin esperarlo, esta misma mañana había estado hablando conmigo, diciéndome que, como todos los sábados, iba a ver a sus hermanas; iba a coger el autobús que va a Prado Alto, donde cogería su hermoso y bien cuidado caballo blanco -ahora alzó la mirada y se quedó mirando fijamente a Paco Román-, y éste se tapó los ojos, en cuanto Jesús María, sin decirlo hizo alusión a él-. Y es muy doloroso haber visto a tu padre 10 horas antes, con vida hablando y haciendo su vida normal, y, ahora, ni tan siquiera poderlo ver, porque está carbonizado envuelto en un sudario blanco, sin vida y metido en un ataúd fúnebre,

y pensar que ese ataúd, esa caja, no se abre más y que ni su cara ni su cuerpo no los veré nunca jamás”.

-“Se dice que su alma, que su espíritu andan por el cielo, algo habrá allí arriba cuando tanto se habla, pero cuando te pasa algo como esto ni lo que diga la gente ni el poco consuelo que te den, te da fuerzas para salir de esto...sólo decir que hay que sacar fuerzas de donde no las hay y seguir viviendo. Ya sé que es ley de vida, y nadie es eterno, ¡pero es tan difícil! Por eso ahora más que nunca creo en Dios y que el día que me muera me reuniré con los míos...y ya sólo me queda dar gracias a Dios por haberme dado un padre tan maravilloso...y le pido fuerzas para salir adelante...”.

-“Querido Paco:

Tal vez te hayas hecho esta pregunta alguna vez. ¿Cómo convivir con el dolor por la pérdida de un ser querido? La muerte de un ser querido nos afecta de diversas maneras, pero el sentimiento más intenso suele ser el dolor emocional. Sin embargo, aunque duele algún tiempo, es posible recuperarse. Tal vez como una grave herida física tarda en curarse, el dolor quizás dure meses, varios años o hasta más tiempo. Pero, poco a poco, va disminuyendo la intensa, la aflicción que uno siente al principio, y la vida parece menos triste y vacía.

La fe es necesaria como el pan que comemos cada día, como el aire que respiramos, con la fe eres todo; sin la fe no somos nada. Con frecuencia nuestra fe es lánguida como una llama a punto de extinguirse. Cuando en los campos, en las casas, en las oficinas, en la tienda, se mofan de tu fe ¿sientes el coraje de defenderla sin sonrojarte, sin respeto humano? Cuando las pasiones te asaltan ferozmente ¿te acuerdas que con

un acto de fe resultas invencible porque Dios combate por ti y contigo?

“-Paco, mi querido Paco Román, habrás observado que hace como una hora, me quedé dormido y bien dormido en aquel rincón -le señaló el rincón con el dedo índice de su mano derecha-. Y en mi sueño -siguió Jesús María entreverado y contuso- he soñado con mi padre. Era todo tan real... parecía que todavía estaba aquí con nosotros, que nunca se había ido y, al despertar, vuelta a la realidad... pero ahora, de momento, estoy teniendo buena hora, me ha ayudado mucho “verlo” que él sabes que, últimamente, las cosas por aquí están siendo muy difíciles, y sé que él desde allá donde estés nos está ayudando mucho...”.

-Ya está bien, ya está bien, hijo mío; no nos sermonees más, y acuérdate de que tu padre era comedido y sensato en todas las facetas de su vida, y tú esta noche te estás dejando atrás la circunspección que siempre tuvo tu padre —dijo doña Virtudes a su más que querido hijo, porque su Jesús María nunca fue así y esta actitud la estaba preocupando.

La estaba preocupando porque en el alma de su hijo se había incrustado, se había engarzado, se había encajado algún maligno, algún maléfico espíritu que lo estaba perturbando.

Allí de tantas personas como había también había psiquiatras y a uno de ellos le pidió, por favor, que echara una ojeada a su hijo, que llevaba hablando largo rato solo y estaba como ido, como perturbado...

El psiquiatra lo llevó a un habitáculo de dentro del tanatorio y le hizo varias preguntas y le recordó a su padre, y le hizo algunas preguntas sobre el shock que

podría haberle producido la noticia de la atroz muerte de su padre.

Y en conclusión, el psiquiatra, dedujo que, en efecto, su cerebro, su mente, su intelecto, sufrió un fuerte shock, un fuerte trauma psíquico, que requería cuidados psíquicos y que después del sepelio del padre, lo reconocería y lo trataría unos días para ver cómo iba evolucionando. Que no era cosa de cuidado y que en unas semanas volvería a su estado psíquico normal.

Cuando Jesús María salió del habitáculo donde el psiquiatra lo examinó enseguida se reunió con su esposa y con su madre que jamás doña Virtudes y Rosita se despegó la una de la otra, ni siquiera un instante.

Jesús María se abrazó ahora a su amada Rosita y lloró sobre su hombro, Rosita por su parte hizo igual, y los dos permanecieron abrazados y llorando en silencio por espacio al menos de media hora.

-Jesús, cariño mío, cuánto siento la pérdida de tu padre; tu padre me quería a mí y yo quería a tu padre, y, ahora se nos ha ido para siempre, ahora que ya se le estaba curando la verruguita, que tanto le molestaba y se alegraba mucho cuando yo cogía el tubito de la pomada y le daba, y le daba, hasta que la pomada era absorbida por la fina epidermis del área de donde tenía la verruguita.

-Sí es verdad, mi querida Rosa, que mi padre te quería, te quería tanto o más que a mí —dijo Jesús María con su boca, con sus labios escondidos en el cálido cuello de Rosita.

Seguidamente, Silverio, el hermano menor de Jesús María, tomó la mano de su hermano y le pidió que se levantase. Cuando se levantó lo condujo hacia un rincón

de las distintas salas del tanatorio y, aquí, se sentó con él y le habló como sigue:

-Jesús, ¿tú no te das cuenta que estás dando un espectáculo con tu sentido duelo a nuestro padre? Y eso en nosotros no armoniza, no corresponde, y afea mucho en nuestra clase social. Tú a papá no lo sientes más que yo y mira como yo no hago tonterías que eso no conduce a nada, pero sí podrán pensar de nosotros que somos de una pléyade sin formación ni instrucción, como corresponde a las gentes delicadas, comedidas, corteses y urbanizadas.

-Pero es que es verdad que yo he soñado con papá, y he hablado con él en mi sueño -dijo Jesús María a su hermano con veracidad.

-Muy bien, si has hablado con papá en tu sueño mejor para ti, pero eso te lo debes guardar sólo para ti, y no pregonarlo aquí entre gentes de mucha categoría y condición que nos pueden tomar por gente de baja condición malhablada y sin formación -dijo Silverio a su hermano con razón y con mucha sensatez.

Y llegó la hora de la celebración del funeral de *córpore in sepulto*, y al momento seis jefe del Cuerpo de Caballería, con su uniforme de gala, cogieron el féretro envuelto en la bandera nacional, y a hombros lo llevaron desde el tanatorio donde se había instalado la capilla ardiente y fue velado, que distaba del templo del mismo nombre o, sea, de San Juan de Dios, unos doscientos metros. El féretro llevado a hombros por los seis oficiales del Cuerpo de Caballería, al que pertenecía don Silverio, fue flanqueado por ocho soldados (cuatro a cada lado), hasta llegar al catafalco que se había

instalado al pie de la escalinata del Altar Mayor. Al colocar el féretro encima del catafalco los seis jefes militares se retiraron y los ocho soldados permanecieron en ambos lados del catafalco y el féretro.

La hermosa y amplia Iglesia de San Juan de Dios, quedó apretada de fieles y en la gran plaza de antes de entrar en la Iglesia, también se hallaba abarrotada de gente de toda clase social, palmario testimonio de que la familia Silverio era muy conocida y apreciada en la ciudad y provincia.

Momentos antes de dar comienzo la santa misa, un general de brigada, flanqueado por los ocho soldados, se acercó al féretro y prendió en la bandera que envolvía el féretro del cadáver de don Silverio, una medalla de oro con distintivo rojo.

El funeral fue oficiado por el señor obispo de la ciudad y concelebraron veinte sacerdotes de las distintas parroquias y pueblos limítrofes (diez sacerdotes en cada lateral del presbiterio hasta el pie de las gradas por donde se subía a él). La eucaristía fue oficiada en latín, como correspondía en aquella época, pues en lengua vernácula no se celebraría hasta el año 1962 después del Concilio Vaticano II convocado por el Papa Juan XXIII, y el celebrante, de cara al pueblo comenzó abriendo y cruzando las manos:

In nomine Patris et Spiritus Sancti. Amen. (En el nombre del Padre del Hijo del Espíritu Santo. Amén.)

-Dominus vobiscum (El Señor esté con vosotros), y el pueblo contestaba:

-Et cum spiritu tuo (Y con tu espíritu).

Hacían un buen coro los veinte sacerdotes y el señor obispo con el canto gregoriano, que resultó emocionante y conmovedor.

Cuando llegó la hora de rezar el Padrenuestro que, el pueblo era la única oración que medio entendía, iban repitiendo con el señor obispo y los veinte sacerdotes:

-Pater noster, que es in caelis, sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum. Fiat voluntas tua. Sicut in caelo in terra. Panem nostrum quotidianum, da hodie. Et dimitte nobis debito nostra. Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Et me inducacas in tentationem. Sed libera nos a malo. Amen.

Al término de la santa misa, los mismos jefes militares del cuerpo de caballería, que habían llevado el féretro desde el tanatorio de San Juan de Dios, hasta la Iglesia parroquia donde se celebró el funeral, cogieron nuevamente el ataúd, y flanqueados siempre por los ocho soldados que habían permanecido junto al cadáver durante todo el funeral, lo sacaron del templo hasta la plaza que había ante las puertas de la Iglesia, y allí esperaba un Angón o carroza fúnebre militar que llevaría el ataúd con los restos mortales de don Silverio hasta el cementerio de San Juan de Dios.

En este mismo instante, se dejaron oír tres enormes explosiones de salvas de cañón, disparadas por el cuerpo militar de artillería, como homenaje al militar fallecido.

Aquí, en el panteón familiar de Los Silverio, depositaron el féretro junto, contiguo, a los féretros, ya algo carcomidos de sus padres y dos hermanos fallecidos años atrás.

Desde la Iglesia al cementerio, Silverio, hijo, que estaba más entero y equilibrado que su hermano Jesús María, llevó en el Cadillac de éste a su madre, doña Virtudes, a Jesús María y a Rosita.

Al terminar de dar sepultura a los restos mortales de don Silverio, la mayoría de los asistentes al funeral, se desplazaron hasta allí y allí dieron su más sentido pésame a la familia más allegada como su apenada esposa, a sus dos hijos Jesús María y Silverio y a Rosita la esposa de Jesús María.

A Rosita, la esposa de Jesús María, su cuñado Silverio se ocupó de sujetarla por la cintura porque la pobre no se podía tener de pie, transida y angustiada por la pérdida de don Silverio.

De vuelta a casa los cuatro llegaron tristes y apenados, y tanto Jesús María como Rosita fueron los más débiles, ya porque sus capacidades sensitivas fueran inferiores de las de los demás, ya porque, en realidad, la desgraciada muerte de don Silverio les afectara más por el mayor roce y cercanía que, últimamente desde que Rosita entró en la casa de don Silverio, éste tuviera con ellos más que con los demás.

Miguel Quesada, el administrador de la finca de la Gran Casona, junto con Laura, su esposa, no se despegaron ni un solo momento, durante el largo velatorio, de doña Encarnación y sor Consuelo. Tanto Miguel como Laura estuvieron muy atentos ante doña Encarnación y sor Consuelo y sobre las dos de la madrugada, dejaron a Laurita y a Miguelito acurrucados durmiendo en una esquina o ángulo de uno de los sofás de una de las salas del tanatorio, y ellos fueron a la cafetería que distaba unos treinta metros, y se tomaron

un vasito de leche calentita, con un poco de café, y después pidieron un vaso de leche sola bien calentita y otro con un poco de café. El de leche sola era para doña Encarnación y el manchado para sor Consuelo, pues ellos sabían muy bien lo que ellas solían tomar, pero que hubo que rogarles una y otra vez, para que se los tomaran. Doña Encarnación estaba la pobre muy afligida y necesitaba cariño y comprensión. Sor Consuelo estaba más entera porque su temperamento era muy distinto del de su hermana mayor; pero aunque aparentemente estaba menos afligida que su hermana, también estaba apenada por la horrenda pérdida de su hermano, de su querido hermano Silverio.

Para Miguel y Laura, la trágica muerte de don Silverio fue como un zarpazo en sus nobles, leales y sinceros sentimientos, porque sabían muy bien que don Silverio los apreciaba y estimaba a los dos.

Pues nunca jamás podrían olvidar el respeto, la estima y el afecto que don Silverio les profesaba.

Capítulo XI

Ángel Rueda, cada día estaba más enamorado de Andrea, porque Andrea era una mujer guapa, modosa, inteligente y con mucho salero, pues ahora, para doña Carmen no había otra mujer en toda la ciudad con la guapeza, la hermosura, la lindeza y la exquisitez de Andrea.

Cada sábado por la tarde temprano Ángel iba con su coche 1500 de color negro, a Los Encinares, recogía a Andrea y ambos salían pitando hacia la ciudad donde pasaban el fin de semana en casa de los padres de Ángel. Un sábado, a media tarde, llegó al pueblo, aparcó el coche en una esquina de la casa de los padres de Andrea y, al momento, un joven moreno y rollizo, se acercó a él y amenazó con partirle la cara si continuaba con sus asiduas visitas al pueblo.

-Los niños litres y ricachones de la ciudad, no tenéis bastante con vivir como reyes y vivir en la ciudad, que también tenéis que venir a los pueblos a robarnos las mejores rosas, las mejores y escasas flores que tenemos en este pueblo -le habló con mucha suficiencia y con mucho aire de valentón.

-Yo a usted no le estoy robando, no le estoy quitando nada, mi buen señor -le dijo Ángel con educación, pero con gesto de evidente ironía.

-A mí no me hable de señor, los señores sois vosotros, los que tenéis de todo y venís aquí para robarnos lo poco bueno que tenemos -le dijo con gesto displicente y desapacible.

-Que le vuelvo a repetir que yo a usted, sea usted quien sea, no vengo a robarle nada -le dijo Ángel con evidente subida de tono.

-¡Bueno, que te vuelvo a repetir que sea ésta la última vez que te vea por este pueblo, porque si tal hicieras te cortarías el cuello con ésta, y le enseñó una larga navaja! ¡Porque por aquí no os queremos ver a los niños ricachones y litres de la ciudad! ¿Entendido?-, dijo y preguntó el fanfarrón de Roque, que por el pueblo de Los Encinares, se le conocía por este nombre a aquel patán, analfabeto.

Como Roque habló tan alto y en tono de exigencia, Andrea que, oyó las voces desde la ventana de su cuarto, le pidió a su padre que acudiera allí y mediara entre Roque y otros cuatros jóvenes más que estaban merodeando por allí para intervenir en cuanto Roque diera la primera bofetada.

Aquellos cinco jóvenes eran de lo más bajo del pueblo, de los más bajos estratos de la sociedad, y vivían en el peor arrabal del pueblo, y algunos de ellos vivían en barracas construidas con cañas de la vera del río y maderas robadas de los almacenes de materiales de la construcción, y también convivían con gitanos y gentes de malvivir

Andrés acudió a donde abucheaba a Ángel, el patán de Roque y a éste le preguntó:

-¿Se puede saber lo que este joven te ha hecho a ti y a éstos que te rodean? -preguntó Andrés a Roque con expresión de mala uva.

-A nosotros no nos tiene que culpar de nada, porque nosotros ni le hemos preguntado ni por la hora que es -dijo uno de aquellos truhanes, que obviamente estaban

esperando que Roque diera la primera bofetada para echarse encima del forastero y haberle dado una buena zurra para que no volviera por allí más.

-Vosotros estáis esperando que éste comience para acudir a él y golpearlo hasta dejarlo maltrecho de golpes y heridas -dijo Andrés con gesto de que él conocía y bien, a la banda o panda, de aquella clase de gentuza, de aquella calaña.

-Usted no tiene por qué defender a un ricachón capitalino, que a lo único que viene a este pueblo es a reírse de su hija -dijo el bravucón de Roque.

-Ahora mismo voy a dar cuenta en el cuartel de la Guardia Civil, para si es posible que os sacudan la badana -dijo Andrés al tiempo de acelerar el paso camino del cuartel.

Andrés, en el cuartel, dijo lo que estaba pasando cerca de la puerta de su casa, con un joven que quiere a mi hija. Al instante, el comandante de puesto del citado cuartel ordenó a una pareja de guardias para que se presentaran en el lugar de los hechos y que se trajeran hasta su despacho, al tal Roque y también al joven insultado.

Al ver Roque y sus adláteres a la Guardia Civil que venía en dirección a ellos, el matón y su cuadrilla salieron corriendo, pero la Guardia Civil les echó el ¡Alto! De viva voz y, al no obedecer el ¡alto! de los agentes éstos dispararon al aire, al tiempo que salieron corriendo tras ellos y volvieron a disparar, al tiempo que les decían, que les conminaban a que se parasen porque de lo contrario, tiraremos a dar y que por mucho que corráis ¡ya no tenéis escapatoria!

Al fin, tres de ellos se pararon, entre ellos Roque y los otros dos siguieron corriendo.

A los tres que se pararon les ordenaron que caminaran con ellos, y, flanqueados por la pareja de la Guardia Civil, llegaron hasta el lugar donde tuvieron lugar los hechos, donde esperaban el joven y Andrés.

-¿Usted ha sido el maltratado? -le preguntó uno de los guardias.

-Sí señor; yo he sido el ultrajado y el amenazado por ese señor -dijo Ángel señalando a Roque.

-Pues bien; andando para el cuartel -ordenó uno de los agentes, rozando el codo de Ángel para que también les siguiera.

Al llegar al cuartel el Comandante de Puesto ordenó que pasaran a la Sala de Armas.

Entraron en la Sala de Armas, los tres fugitivos (fugitivos por no atender a la orden de “alto.”) También hicieron pasar al joven Ángel, y a poco entró el Comandante de Puesto y cuando se hubo sentado a su gran mesa dijo:

-Bien; ¿quién es el tal Roque? -preguntó dirigiendo la mirada a los tres, y nadie habló.

Dos minutos después, el Brigada dio con una defensa de goma, negra y dura un fuerte vergajazo encima de la mesa, al tiempo que repitió con tono militar:

-¡Qué quién es el tal Roque!, -vociferó haciendo ademán de levantarse y ponerse de pie, pero antes de que lo hiciera, Roque se puso de pie y dijo:

-Yo soy Roque, señor.

-Bien, ¡siéntate! -Ordenó- y ¿por qué no lo hiciste a la primera?
-preguntó con los ojos muy abiertos.

-¿Y usted es el joven maltratado? -preguntó a Ángel.

-Sí, sí señor; yo soy el joven maltratado y amenazado -dijo Ángel
con desenvoltura.

-Y bien; ¿en qué consiste el maltrato? -preguntó el brigada.

-El maltrato consiste en que esta misma tarde y a eso de las cinco horas, llegué al pueblo para ver a mi novia que es hija del señor Andrés. Aparqué el coche muy cerca de la casa de los padres de mi novia y, al bajarme del vehículo este señor (señaló a Roque), se acercó a mí y me dijo con tono desabrido que, si continuaba con mis asiduas visitas al pueblo, me partiría la cara. Que los niños litres y ricachones de la ciudad no tenemos derecho a venir al pueblo para robarles las mejores rosas, las mejores y escasas flores que tenemos en este pueblo. (En este punto el Comandante de Puesto se sonrió imperceptiblemente).

-Yo le dije:

-Yo a usted no le estoy robando, no le estoy quitando nada, mi buen señor -le dije con educación.

-Él me dijo:

-A mí no me hable de señor, los señores sois vosotros, los que tenéis de todo y encima venís aquí para quitarnos lo poco bueno que tenemos.

-Que le vuelvo a repetir que a usted, sea quien sea, no vengo a robarle nada.

Él me dijo en tono amenazante.

-Que te vuelvo a repetir que sea esta la última vez que te vea por este pueblo, porque si tal hicieras te

cortaría el cuello con ésta, y me mostró una navaja muy larga.

-También observé que alrededor de éste había otros cuatro jóvenes más.

-Y a las voces amenazantes de Roque, salió el señor Andrés y al ver la actitud agresiva de este hombre, fue él el que vino aquí para denunciar lo que había.

-¿Y es cierto que usted es de la capital, que vive en la capital? - preguntó el Brigada.

-Sí señor, es cierto.

-¿Y cuál es su empleo? -preguntó otra vez el Brigada.

-Soy profesor de filología en el Instituto Cervantes de la capital.

-¿Sus padres?

-Mi padre es teniente coronel de infantería, de guarnición en la ciudad y mi madre es ama de casa.

-¿Cómo se llama su padre?

-Mi padre se llama Félix Rueda León.

-¿Tú eres hijo de don Félix Rueda?

-Sí señor; soy hijo único de él

-Su nombre de usted es Ángel. Ahora no preguntó, ahora no interrogó.

Bien, Ángel; ahora si lo desea puede retirarse y me alegro de haberle conocido, y puede estar tranquilo que, en adelante, el tal Roque no volverá a llamarle la atención, porque si usted así lo desea, podemos ponerlo a la sombra por lo menos un par de años, por intentar atentar con su vida, con su integridad física y...

-¡Por favor, señor Brigada, por favor, mi buen señor! -interrumpió Roque al señor Brigada.

-Aquí no hay favores que valgan, aquí nosotros y otros muchos jefes del orden y sobre todo los jueces estamos, están para hacer que la Ley se cumpla, y el que la haga que la pague. ¿Te has enterado bien? - preguntó inquisitivamente el señor Brigada al patán de Roque.

-Ahora -dijo- dirigiéndose a uno de los guardias, que las próximas cuarenta y ocho horas, que las pasen en el calabozo del cuartel, y después, dependiendo del deseo de la víctima, será el señor Juez el que dicte la sentencia que corresponda. Pero antes de que te metan en el calabozo, de aquí del cuartel, que los metáis en el calabozo -continuó- me tienes que decir -señalando a Roque- con la mayor exactitud posible, el nombre y apellidos de los dos fugados, que huían contigo, así como los apodos por los que son conocidos en el pueblo, y el domicilio exacto donde paran o se alojan.

-¡Ah! ¡Se me ha olvidado, se me ha ido lo más importante! - exclamó el Brigada antes de que los detenidos salieran.

-¿Dónde tienes la navaja cachicuerna con la que amenazaste a este joven? -preguntó el Brigada al enojado de Roque.

-Mire mi señor Brigada, yo no tengo ninguna cachicuerna -dijo Roque con expresiva cara de estar mintiendo a todas luces.

-¡No mientas y dime la verdad, pues de lo contrario lo vas a pasar muy mal! -le dijo el Brigada con gesto de *manu militari*.

-Mire, mi Brigada, pues le voy a decir la verdad, y es que cuando salimos corriendo, a toda prisa tiré la navaja a un cañaveral de al lado del camino, y ya no sé

136 dónde fue, porque cañaverales son los dos lados del camino, y en casi toda la longitud.

-Cuando salgas de aquí ya me buscarás la navaja y te aseguró que, sólo por llevar una navaja de las dimensiones que aquí se han escuchado, has incurrido en delito y tan sólo por eso puedes ir a la cárcel -le dijo el Brigada con brío y resolución.

Al sábado siguiente del abucheo o burla a Ángel, por parte de aquellos truhanes mal nacidos, Ángel conducía su 1500 negro por la mal cuidada carretera comarcal, que desde la ciudad llevaba al pueblo de Los Encinares. Era día 12 de junio y el cielo amenazaba con descargar, por aquellos parajes, abundante agua. Esto sería según pronóstico de personas legas en la materia como lo era Ángel. Pero el deseo de ver a Andrea, era mucho más superior que el posible riesgo que pudiera correr a causa de una más que probable tormenta, de agua, granizo y viento.

La distancia que, desde la capital a Los Encinares, no era superior a los 30 kilómetros, pero el mal estado del carril (decimos carril porque en verdad aquella mala vía no tenía categoría de carretera), y, en fin, que era un carril en lamentable estado de firmeza y estabilidad.

Y resultó que, sus peregrinos pronósticos sobre el estado atmosféricos, se cumplieron con creces, porque a mitad de camino comenzó a caer agua a cántaros, como se suele decir en lenguaje coloquial. Poco antes de llegar al pueblo, había que repechar un buen tramo de carril, porque había una cuesta de considerable pendiente, de una longitud como de un kilómetro. En este tramo tan pendiente, el coche no obedecía al

mecanismo de dirección ni el de avance, pues la enorme riada de color café con leche, hacía que el vehículo se parara y hasta que retrocediera. La enorme riada carril abajo era atroz, era espantosa y, hasta rodaban con ella piedras como huevos de gallina. Ángel temió que el motor se parase y, entonces, la situación sería lamentable, sería atroz, ya que por aquella época no podía comunicar a nadie su estado y situación. Pero tuvo fuerza, o suerte mejor, y terminó por fin repechando la cuesta, y aquí ya estaba a unos 300 metros de la casa de los padres de Andrea, y en llano y casi en cuesta abajo, aunque el aguacero y el granizo era el mismo. Cuando aparcó el coche en el lugar de costumbre, abrió la puerta y salió corriendo, con ambas manos sobre la cabeza, ya que no tenía costumbre de llevar prenda alguna sobre ella.

Cuando llamó a la puerta de la casa de los padres de Andrea, la puerta la abrió la propia Andrea, que se echó las manos también a la cabeza, pero ésta no fue para protegerse de la lluvia torrencial que, en esos momentos estaba cayendo, sino por el valor que tuvo Ángel para ponerse en camino con aquella descomunal tormenta preñada de aparato eléctrico, de truenos, de agua y de granizo.

-¿Pero cómo se te ha ocurrido venir con la enorme tormenta con la que podrías haber perecido? -le preguntó Andrés echándose también las manos a la cabeza cuando lo vio entrar; diciéndole que eso no se le hubiera ocurrido “ni al que se tragó las trébedes”.

Emilia también le habló con gesto de regañina, y él manifestó que, cuando la caída de agua arreció, ya estaba más cerca del pueblo que de la ciudad.

Le hicieron ponerse en el mejor rincón del fuego para que se calentase, pero él lo rehusó diciendo que él no tema frío y de mojarse tampoco le dio tiempo, ya que lo único que anduvo de descampado fue el tramo que separaba entre el lugar de donde solía aparcar el coche y el tranco de la casa.

Al continuar los truenos, el viento, el agua y el granizo, Andrés dijo que, con la noche cómo estaba no debía salir y aconsejó a Ángel que viera o estudiase la manera de comunicarle a su familia que aquella noche no lo esperasen porque se quedaría allí, y Ángel manifestó que aún podría escampar y haría un claro para poder salir hacia la ciudad'

-Eso, ni pensarlo, Ángel, porque según la radio esto va para largo y si te pones en camino puedes perecer, en una noche tan desapacible, tan desagradable y tan lúgubre como esta noche -dijo Andrea con seriedad y firmeza.

-Pues entonces ¿cómo lo hago? -preguntó Ángel a Andrea como algo improbable e inverosímil de poder hacer, para que su madre no estuviera esperándole toda la noche.

-¿En casa tenéis, si mal no recuerdo, teléfono, verdad? -preguntó Andrea.

-Sí, en casa hay teléfono, pero con eso no se soluciona el problema -dijo Ángel sin caer en la cuenta de que para eso había solución.

-¿Cuál? -preguntó.

-Ángel, piensa con tu lúcida cabeza, y verás como hay solución -le dijo Andrea sin entender cómo Ángel no había caído en la cuenta.

-La solución está yendo tú y yo, cuando haga una clara, a la centralita telefónica de aquí y desde allí la de la central te pone con tu madre y le dirás lo que hayas de decirle.

-Pero si es muy fácil, ¿cómo diantre no he caído yo en la mejor y única solución?, y es que para mí, así sin pensarlo, aquí no había central telefónica, ni había de nada.

A poco dejó de llover torrencialmente, y Andrea dijo a Ángel:

-Vamos, en esta clara a la centralita que no está ni a trescientos metro de aquí -animó Andrea a Ángel.

-Esperar y no corráis tanto, que tiempo habrá -dijo Andrés, con buen criterio y sensatez.

-Podemos coger el paraguas y estamos allí en un santiamén - volvió a decir Andrea, con deseo fehaciente, con deseo de llevar a cabo lo que se habían propuesto para que Ángel se quedara aquella noche allí.

-Tened mucho cuidado porque el viento os puede poner el paraguas del revés en cuanto no lo cojáis de lo más alto de la varita -dijo precavidamente Andrés.

-Que sí, papá, que lo cogeremos de lo más alto. Ángel que es más alto, lo cogerá con una mano justo por encima de la curva o rosca y, con la otra, de lo más alto, hasta llegar al eje de donde parten las varillas que forman el armazón circular plegable.

Corriendo bajo el paraguas que Ángel llevaba cogido de la manera reseñada, y, así, no tardaron ni diez minutos en llegar a la centralita que atendía una señora de luto, algo obesa y de semblante o fisonomía de señora amable y bien educada.

-Díganme, ¿qué desean? -preguntó amablemente la bien plantada señora.

-Deseo que me ponga con el número de casa, que es el siguiente.

Ángel le enumeró, número a número el de casa, y, al momento le dijo:

-Tenga joven, ya estará sonando el timbre del teléfono de su casa.

-Sí, dígame -oyó la voz de su madre al otro lado del hilo.

-Mamá, soy tu hijo Ángel, que te llamo desde la central telefónica de Los Encinares, para decirte que no me esperes esta noche, porque el padre de Andrea me ha pedido que no debo de salir de aquí, con la noche tan desapacible que tenemos, al menos por aquí.

-Bien, hijo mío, muy bien; y no lo has podido hacer mejor; pues ya estaba pensando, ya estaba celando, ya estaba preocupándome, porque la noche que hace es horrorosa.

-Mamá, que sí; que esta noche dormiré en casa de Andrea y puedes estar tranquila y serena, porque este es un hogar de muy buena acogida para mí y no me arriesgaré, no me aventuraré a ponerme en camino con la noche tan brusca y tan desapacible que hace.

-Un beso para ti, hijo mío y, bueno, si estás ahí con Andrea para ella otro también.

-Gracias, madre; otro besos mío para ti y, otro también de Andrea, que, en efecto, está aquí conmigo.

-Adiós, madre.

-Adiós, hijo.

Al momento cogieron el paraguas y salieron raudos camino de casa, y Ángel iba contento porque su madre,

que era muy medrosa y aprensiva, ya podría dormir tranquila porque ya sabía el paradero de su hijo que, por ser único, no tenía con quien repartir o impartir su gran amor, pues todo el amor que albergaba en su corazón, era para él, era para su Ángel que, según ella, su hijo hacía honor a su nombre.

Llegando a casa escampó un poco y, en un recodo Ángel cerró el paraguas, y pidió a Andrea que se detuviera un módico espacio de tiempo. Para decirle algo que tenía in mente.

-¿Qué me tenías que decir, amor mío? -preguntó Andrea poniendo gesto de gran interés.

-Y si ahora te diera un abrazo y un beso, ¿qué podría pasar? -dijo y preguntó Ángel con semblante de buen talante y buena disposición.

-Pasar, no pasaría nada, pero es justo decir que no estaría medianamente bien -dijo Andrea con gesto de mujer pudorosa, honesta y decente.

Pero así y todo se hizo la voluntad de Ángel, se hizo como lo hace el cazador furtivo: subrepticio, sigiloso y escondido, pero se hizo.

Capítulo XII

Cuando llegaron a casa, otra vez comenzó a caer agua como si no hubiera llovido en lo que iba de mes, el mes de junio no pudo ser más acuoso, pues si no llovía por la mañana llovía por la tarde y ya tanta agua estaba haciendo daño, mucho daño en el cereal y en las semillas tempranas, como las lentejas, los yeros y otros.

Cuando llegaron de haber estado en la centralita y Ángel haber hablado con su madre, se sentaron a la mesa camilla, con sayas, que Emilia ya había guardado hasta el invierno siguiente, pero como en lo que iba de mes no había cesado de llover y el viento era implacable, violento y frío, tuvo que vestirla de nuevo porque la fría temperatura era como de riguroso invierno.

Sentados a la mesa con el grato calor que emanaba el brasero de ascuas de troncos de olivo secos, Andrea dijo de pronto:

-Papá, esta noche me recuerda muy mucho aquel cuento que de pequeñas nos contabas a Rosita y a mí. Me recuerda aquel cuento porque se dan idénticas circunstancias. Era una noche de fuerte lluvia cuando aquel hombre llamó en la puerta de una casa. ¿Te acuerdas ahora?, y si te acuerdas me darás la razón de que hay mucha similitud entre esta noche y aquella del cuento -dijo Andrea a su padre, en la certeza de que ahora en presencia de Ángel lo volviera a contar.

-Pero si aquello no fue un cuento que a mí nadie me contara; fue un cuento que leí en un libro y como me gustó me lo leí muchas veces y me lo aprendí de

memoria, pero de eso hace ya mucho tiempo y si me pusiera a contarlo ahora no me sabría ni la mitad -dijo Andrés con ánimo de que no estaba en disposición de volverlo a contar.

-Pero si no hace tanto que nos lo contaste, si la última vez que lo contaste yo tendría diez años y Rosita doce, de hace diez años ¿no te vas a acordar?

-Aquel cuento me lo aprendí, como he dicho, de un libro que me regaló mi maestra, pues yo no estuve en la escuela donde había maestro, en mi escuela había una maestra que a mi me quería mucho y si mal no recuerdo se llamaba doña Isabel Quintana Chamorro, que era burgalesa y fue una gran maestra para mí.

-Recuerdo que, por aquella época, lógicamente, no había calefacción, pues estoy hablando del año 1932, en plena II República Española. Y a la señora maestra, el panadero del pueblo, le llevaba cada mañana, un brasero de ascuas del homo de cocer el pan, que ponía bajo su amplia mesa con tarima o tablero con un círculo recortado para colocar el susodicho brasero, y que daba gloria acercarse a él por el calorcito que expandía como a un metro de distancia de donde estaba la mesa de la señora maestra.

-Nosotros, niños, llevábamos una lata cilíndrica con un asa de alambre y con unos agujeros que nuestros padres les hacían a la lata, para que las ascuas que nos echaban nuestros padres o madres, les entrase el aire y no se apagasen.

Aquella lata la poníamos debajo del pupitre y se notaba bastante cuando la poníamos y también cuando la quitábamos.

-Bien, padre; pero eso no es óbice para que nos cuentes aquel cuento que a nosotras, niñas, tanto nos gustaba.

-Pero cómo os voy a contar algo que ya, por mucho que me esfuerce, no recuerdo -dijo Andrés dándose un suave golpe con la palma de la mano en su frente.

-Bien, recuerdo que más o menos comenzaba así:

-“Fría, glacial era la noche. El viento silbaba medroso y airado, la lluvia caía tenaz, ya en ráfagas ya en fuertes chaparrones; y las dos o tres veces que Marisa se había atrevido a acercarse a su ventana para ver si aplacaba la tempestad, la deslumbró la cárdena luz de un relámpago y la horrorizó el rimbombar del trueno, tan encima de su cabeza, que parecía echar abajo la casa toda.

Al punto en que con más furia se desencadenaba los elementos, oyó distintamente que llamaban a su puerta, y percibió un acento plañidero y apremiante que la instaba a abrir. Sin duda que la prudencia aconsejaba a Marisa desoírlo, pues en noche tan espantosa cuando ningún vecino honrado se atreve a echarse a la calle, sólo los malhechores y los perdidos libertinos son capaces de arrostrar viento y lluvia en busca de aventuras y presas, que debió de haber reflexionado que el que posee un hogar, y fuego en él, y a su lado una madre, una hermana, o una esposa que le consuele no sale en el mes de enero y con una tormenta desatada, ni llama a puerta ajena ni turba la tranquilidad de las doncellas honestas y recogidas. Más la reflexión, persona dignísima y muy señora mía, tiene el maldito vicio de llegar retrasada, por lo cual sólo sirve para

amargar el gusto y adobar remordimientos. La reflexión de Marisa se había quedado zaguera, según costumbre, y el impulso de la piedad, el primero que salta en el corazón de la mujer, hizo que la doncella al través del postigo, preguntarse compadecida:

-¿Quién es, quién llama?

Una voz complaciente, dulce y vibrante respondió en tono persuasivo:

-Un caminante.

“Y la bienaventurada de Marisa, sin meterse en más averiguaciones, quitó la tranca, descorrió el cerrojo y dio vuelta a la llave, movida por el encanto de aquella voz tan vibrante y tan dulce”.

“Entró el caminante, saludando, sin más, y muy cortésmente, y sacudiendo con gentil desembarazo el chambergo, cuyas plumas goteaban, y desembozándose la capa, calada, empapada por la lluvia, agradeció la hospitalidad y tomó asiento cerca de la lumbre, bien encendida por Marisa. Ésta apenas se atrevía a mirarle, porque en aquel punto la consabida tardía reflexión empezaba a hacer de las suyas, y Marisa comprendía que dar asilo al primero que llame es ligereza notoria, con todo, aun sin decidirse a levantar los ojos, vio de soslayo que su huésped era mozo y de buen talle, descolorido, rubio, cara linda y triste, aire de señor, acostumbrado al mando y a ocupar alto puesto, se sintió Marisa encogida y llena de confusión, aunque el viajero se mostraba reconocido y agradecido, y le decía cosas halagüeñas, que por el hechizo de la voz lo parecían más; y a fin de disimular su turbación, se dio prisa a servir la cena y ofrecer al viajero el mejor cuarto de la casa, donde se recogiese a dormir”.

Asistida de su propia indiscreta conducta Marisa no pudo conciliar el sueño en toda la noche, esperando con impaciencia que rayara el alba para que se ausentase el huésped. Y sucedió que éste, cuando bajó del cuarto donde había dormido, ya descansado y sonriente, se dispuso a tomar el desayuno, sin decir nada sobre su marcha, ni tampoco a la hora de comer, ni menos aún por la tarde, y Marisa, entretenida y embelesada con su labia y sus paliques, no tuvo valor para decirle que ella no era mesonera de oficio.

Corrieron semanas, pasaron meses, y en casa de Marisa no había más dueño ni más amo que aquel caminante, a quien en una noche tempestuosa tuvo la imprevisión de acoger. Él mandaba, y Marisa obedecía, sumisa, muda, veloz como el pensamiento.”

-Papá, me parece que han llamado a la puerta -dijo Andrea a su padre.

-Eso es el viento que ulula en la calle o que alguna ventana de uno de los cuartos no la hemos cerrado bien y pega con fuerza en ella y eso es lo que se oye -volvió a decir Andrés.

-No padre, es que han llamado a la puerta, y a mí me da miedo para ir a la puerta para ver quién es -dijo Andrea con visible turbación.

-Vamos los dos -dijo Ángel animando a Andrea, la cual se levantó al mismo tiempo que él.

Al abrir la puerta, tirando hacia la derecha del grueso cerrojo, en el umbral estaba hecho una tripa el tal Roque, que parecía como si hubieran echado sobre él cubos y más cubos de agua.

-Buenas noches, saludó tan pronto como se abrió la puerta.

-Buenas noches -dijeron al unísono Ángel y Andrea.

-Por favor, ¿me podrían dejar entrar? -dijo Roque con tono clemente.

-Espere un momento que avise a mi padre -dijo Andrea con algo de recelo, mientras iba a la cocina donde había quedado su padre.

Al momento llegó Andrés a la entrepuerta donde se encontraban los cuatro: Andrés, Ángel, Andrea y el casi desconocido Roque.

-¿Qué querías? -preguntó Andrés a Roque, que estaba hecho un pelitre.

-Por Dios se lo pido, por Dios se lo suplico, se lo invoco, se lo imploro de rodillas, se lo ruego déjenme entrar -dijo enternecedor.

-Pasa, pasa -dijo Andrés franqueándole la entrada.

Cuando hubo entrado en la cocina donde sólo había quedado Emilia, se hincó de rodillas sobre las losas rojas de barro cocido, que había en el pavimento de la habitación.

-Señor, señor -repitió ante Ángel, con los dedos de ambas manos entrecruzados. Sea bueno conmigo, haga honor al celestial nombre de pila que lleva.

-Ahora deseo aclararles cómo y por qué he venido aquí a esta hora -dijo en tono indulgente.

-Llevo una semana de amargura, llevo siete días que no se los deseo ni al perro más repugnante. No entro en mi barraca porque allí la pena y el remordimiento me ahogan. Voy como un sonámbulo, como una alma en pena y...

-Un momento -le cortó Andrés-. Ahora levántate y haz, y haz ahora mismo lo que yo te diga -le dijo Andrés con gesto autoritario.

Cuando se hubo levantado, le dijo, le ordenó:

-Quítate esa zamarra que llevas empapada hasta la última fibra textil; quítate también la camisa que llevas, (por llamarla de alguna manera).

Roque se quedó mirando fijamente en Andrés, antes de proceder a despojarse de aquel guñapo, sucio y roto, que llevaba como camisa, pero enseguida obedeció y se la quitó, dejando al descubierto unas espaldas morenas con algunos mechones cortos de vello negro, igual que el pecho donde era más parejo el vello rizado corto y negro, al momento, Andrea tenía en sus manos una toalla que su padre la cogió y se la dio a Roque para que se enjugara bien de cintura para arriba, también tenía Andrea en sus manos una camisa limpia que también había sacado del cuarto a una indicación inteligente de su padre. Cuando se hubo enjugado bien, Andrés cogió la camisa de manos de Andrea y se la dio y se la dio para que se la pusiese. Seguidamente, le indicó una puerta de la izquierda del largo vestíbulo y le dijo que se cambiara de pantalones que vería encima de una silla. Roque, sin rechistar, iba haciendo lo que Andrés le iba indicando.

Cuando hubo terminado de hacer lo que antecede, Andrés, con sencillez, pero a la vez con cierta autoridad, le dijo:

-Ahora puedes hablar cuanto quieras -le dijo Andrés en tono atento y afable.

-Como le decía. Llevo una semana de amargura, de amargura y de tormento y voy recorriendo de esquina a esquina el pueblo, y no sé lo que voy a hacer, pues he pensado en el suicidio, pero no tengo valor para hacerlo de tantas maneras y formas como hay. He pensado en la horca, he pensado tirarme a la vía del tren cuando éste viene, he pensado en subir a la torre de la Iglesia y desde allí tirarme, pero de ninguna de estas formas he tenido valor para llevar a cabo. Por otra parte es que yo soy creyente, aunque no practicante, porque no sé orar, nunca aprendí una oración y no sé hablar con Dios para que me ayude y me proteja y me saque de esta baja, de esta ruindad en la que me hallo.

Como voy recorriendo el pueblo con lluvia o sin lluvia, he visto su coche negro y entonces me he dicho: si está aquí su coche es porque estará aquí también su dueño, y por eso me he decidido a llamar a la puerta de esta casa, para pedirle un favor, que usted por ser quien es -se dirigió a Ángel -me puede hacer si quiere.

-Dígame usted de ¿qué se trata? -preguntó Ángel desconcertado, desconcertado y sorprendido, porque aquel hombre, aquel ser humano, con sus formas y maneras de comportamiento, desconcertaba al hombre más imperturbable y tranquilo que hubiera.

-Pues sé que es usted profesor en un Instituto y por consiguiente sabrá decirme cómo puedo yo hablar con Dios y pedirle que me perdone mis muchas faltas y mis muchos pecados y ponerme bien con Él. Después, cuando me haya enseñado esto, le pediré lo más esencial...

-Bien, muy bien amigo; yo quiero creer que estará usted cuerdo y podremos hablar de algo tan esencial y

tan importante como lo que me pide —dijo Ángel con el más puro deseo de que lo que aquel hombre de aspecto bruto y feroz, estuviera diciendo la verdad y no que fuera un ardid, que no fuera un señuelo, para embaucar al que lo creyese, y después seguir con su vida de agresividad, de violador de la Ley, de infractor de estafador y de delincuencia.

-Para hablar con Dios se necesita un medio de comunicación. Para hablar con Dios todos lo hacemos mediante la oración.

-Yo no sé orar ¿cómo lo hago?, -preguntó con voz humilde.

-Para esto te voy a mostrar algunos pasos básicos, para establecer comunicación con Dios por medio de la oración, en donde tu corazón te indique que debes establecer. Dios te bendecirá aún más.

1º Dale gracias a Dios por todo cuanto te puedas acordar (Él es quien nos suple, quien nos reemplaza todo).

2º Pídele perdón por tus pecados porque aunque no sepas mucho de Biblia tu corazón te dice cuando has hecho algo malo.. .y no lo vuelvas a hacer más.

3 º Hazle tus peticiones (a Dios le gusta que le pidan... PIDE BIEN...No dejes de orar por tu familia, si la tienes, para que Dios la bendiga y por tu vida para que tu diario vivir vaya en armonía con Dios y puedas conocerla aún más...Ah...También ora por todos tus semejantes.

4º Sella tu oración diciendo: “Todo esto te lo pido en el nombre de Jesús”.

-Pues Jesús dijo:

-“Y sabed que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que por medio del Hijo se manifieste la gloria del Padre. Si todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré”.

Ahora Roque se hincó de rodillas ante Ángel, entrecruzó los dedos de ambas manos y se puso a implorar.

-Ahora yo le pido a usted en nombre de Jesucristo que...

Levántese, por favor; dígame lo que quiera, pero póngase de pie - le pidió Ángel con gesto benévolo.

-Por favor se lo pido, déjeme que se lo pida de rodillas -le rogó Roque compasivamente.

-Ahora yo le pido a usted, en nombre de Jesucristo, que me perdone, que me perdone por lo mucho que le ofendí la semana pasada, y si me perdona de verdad, si me perdona de todo corazón, yo no iré a la cárcel por una larga temporada, porque si de verdad me perdona, el Juez me absolverá y me dejará libre, y yo le juro a usted, en nombre también de Jesucristo, que jamás volveré a cometer semejantes felonías, semejantes vilezas o infamias —rogó Roque con semblante de estar pidiendo misericordia y piedad.

-Por lo que respecta a mí queda usted perdonado, levántese y no vuelva a caer más —le dijo Ángel con la fijeza de que lo que acababa de decir había salido de su gran corazón.

-Levántese, por favor y no me suplique más, pues el perdón que me ha pedido ya se lo he concedido —dijo.

Ángel con el rostro rojo al ver a un semejante, a un ser humano, arrastrado por los suelos pidiendo perdón.

-Sí, señor, yo me levanto, pero tengo que insistir que el perdón que yo le pido tiene que ser ante el señor Juez o notario que lo certifique, pues si no es así el señor Juez no se lo cree -dijo Roque ya de pie, pero con el rostro macerado de amargura.

-¿Cuándo le precisa, cuando necesita usted ese perdón como documento escrito? -preguntó Ángel a Roque.

-Eso lo necesito cuanto antes mejor, y no se me enoje, don Ángel -dijo Roque con expresión de estar pidiendo misericordia.

-¿Aquí hay notario? -preguntó Ángel dirigiéndose a Andrés.

-Haber notario sí hay, lo que yo no sé son las horas de oficina -dijo Andrés, bien seguro de lo que dijo.

-Bueno, señor Roque, mañana por la tarde a eso de las siete de la tarde, se pasa usted por esta casa y es posible que ya le haya hecho el documento que precisa -le dijo Ángel posando una mano sobre el hombro de Roque.

-¡Ah! Se me olvidó preguntarle por cómo son sus apellidos -le dijo Ángel con ánimo de que el documento que redactaría fuera lo más completo posible.

-Mi nombre y apellidos son como sigue:

-Roque Expósito Fernández, y vivo en el arrabal de cerca del río, donde tengo mi barraca.

-Bien, pues ya con estos datos le podré redactar el documento que precisa para no ir a la cárcel -le dijo Ángel con el firme deseo de que con el susodicho documento pudiera librarse de ir a prisión

-Que el Señor Jesús se lo aumente en suerte, en gracia y salud -dijo Roque al tiempo que, con profunda reverencia se fue, de espaldas, hacia la puerta de la calle.

Ya en la calle, volvió la cara hacia Ángel y le volvió a suplicar: señor Ángel, que no se le olvide lo que me ha prometido, y no deseo tampoco que me tache de repetitivo, pero es que de no ser así como me lo ha prometido, iré a dar con mis huesos en la cárcel y allí yo me moriré de pena. En la cárcel nunca estuve, pero por oídas sé que eso es un infierno: lo tratan a uno como a perros odiosos, y ya estás marcado para toda la vida, señor Ángel que no se le olvide, que no se le olvide.

Señor Roque, que se vaya usted tranquilo, que por lo que a mí respecta, usted no pisará la cárcel, que se lo he prometido y se lo vuelvo a repetir -le dijo Ángel con pena, con mucha pena, al ver a un hombre como un castillo, llorando y pidiendo clemencia, misericordia, perdón y piedad...

Ya desde lejos, desde el final de la calle, se volvió y al ver que Ángel permanecía en la puerta de Andrés, cruzó los dedos de ambas manos y se quedó mirando al cielo, como esperando que del cielo descendiera el maná, que él necesitaba y pedía, y, a Ángel aquella pose, aquella postura le puso un nudo en la garganta, que jamás podría olvidar.

¡Qué hombre más fiemo y más humano es este hombre, que me va a hacer llorar! -se dijo Ángel asimismo, porque aquel pobre hombre para Ángel era un enorme pedazo de santo.

Capítulo XIII

Después de marchar Roque, se quedaron la familia de Andrea y Ángel haciendo cruces, por haber visto a un hombre de los más bajos estratos sociales, comportándose aún mejor que muchos de los hombres señalados como de alta sociedad: educado, inteligente y de sentimientos profundamente humanos y hasta creyente.

Según información de vecinos a Andrés, el pobre de Roque no tenía familia, sus padres murieron jóvenes y dejaron tres hijos; dos varones y una mujer, su hermano mayor y su hermana también mayor que él, emigraron y ni escribían y nadie sabía dónde se hallaban. Él se quedó solo en la casa de la cual lo desahuciaron por no pagar el alquiler. Cuando se vio en la calle se construyó una especie de barraca a la vera del río, con cañas secas y maderos sustraídos de noche de obras del pueblo. No tenía trabajo ni tenía arte ni oficio, pues sus padres le enseñaron a mendigar y con este eventual haber iba saliendo, y se dio por la bebida de lo poco que le daban algunos vecinos por hacerles algunos trabajillos fáciles; pues no tenía ni arte, ni habilidad ni mafia para hacer nada. Esta fue la enseñanza que, desde pequeño, le dieron en casa. Y con esta situación había que dar gracias por no haberse hecho un ratero, un caco, un delincuente común de los muchos que existían en el pueblo y en los demás pueblos colindantes. Finalmente se echó a maltratar a

personas que odiaban los jóvenes del pueblo y a él lo buscaron porque era hombre de muchas agallas y era capaz de enfrentarse a cualquiera por unas propinillas que, una banda de truhanes, lo contrató para que hiciera de matón. Pero Roque era hombre de buenos sentimientos y mejor corazón, y se dio cuenta de que por el camino que le habían inducido, los vagabundos golfos no iría a ninguna parte, y se haría carne de cañón o de cárcel. De ahí el arrepentimiento que hizo ante Ángel Rueda que hasta pidió que le enseñaran a orar.

Antes de salir Roque, de casa de Andrés, dijo que los pantalones y la camisa que se llevaba puestos los traería, sin falta, el día siguiente cuando viniese a recoger el documento que le había prometido el señor Ángel.

-No te preocupes por ello, pues tanto los pantalones como la camisa te los puedes quedar para ti - le dijo Andrés mientras miraba hacia arriba por si seguía lloviendo, a lo que Roque, muy cariacontecido dijo que por fin había escampado.

Aquella misma noche, después de marchar Roque, Ángel le preguntó a Andrea que si tenía papel, tamaño folio, y allí, de su puño y letra, sobre la mesa camilla redactó la siguiente

DECLARACIÓN JURADA:

Yo, Ángel Rueda Ramírez, de 27 años de edad, soltero, hijo de Félix y Carmen, vecino de esta ciudad y con domicilio en la calle de La Paz n°8-2° A,

DECLARO BAJO JURAMENTO:

Que perdono en toda la extensión de la palabra a D. Roque Expósito Fernández, vecino de Los Encinares y con domicilio en el Arrabal del río, donde tiene su cabaña, por las amenazas e insultos que profirió a mi persona la semana pasada, por considerar que lo hizo en un momento de arrebato y sin intención de ofender a mi persona, ni física ni moralmente.

Y para que conste y surta los efectos oportunos ante el señor Juez de Instrucción n°4 de esta ciudad, firmo la presente

DECLARACIÓN JURADA, en esta ciudad a veintiocho de junio de mil novecientos cincuenta.

Fdo.: Ángel Rueda Ramírez

Con esta declaración jurada se pasó por una notaría que había en su misma calle y ante el notario firmó la citada declaración jurada. Y el notario dio fe de ello y firmó y selló con el sello de la notaría.

Sobre las seis de la tarde del lunes veintinueve de junio, Ángel salió raudo con su 1500 negro hacia Los Encinares y al entregar a Andrés la citada declaración jurada, aprovechó para estar un ratito con Andrea y en un bar-restaurante, ya conocido por él, se tomaron un vermut, y, mientras tanto, charlaron como lo que eran: dos enamorados que cada día lo estaban más y más.

Al salir de tomarse el vermut Ángel y Andrea se llegaron al coche para coger algo que a Ángel se le había olvidado y entonces comprobó que los cristales de las ventanillas delanteras las habían hecho añicos igual que los faros delanteros. Enseguida se lo dijeron a Andrés y éste mascullando rabia, les dijo que fuesen a buscar algún mecánico de coches de los dos que había en el pueblo, porque sin faros no podrás conducir de noche.

Ángel y Andrea salieron corriendo para ver de encontrar algún mecánico, y Andrés se fue para casa maldiciendo a los rateros y a la gente de malvivir.

A poco tiempo después, se presentó en casa de Andrés, Roque preguntado por el señor Ángel, para darle nuevamente las gracias por el documento que le dio, porque gracias a él no tuvo que pisar la cárcel, que como poco le hubieran caído, según el abogado de oficio que le pusieron, por lo menos dos años y por eso he venido para darle nuevamente las gracias.

-Pues sabes que Ángel está como para recibir a alguien -le dijo Andrés en tono de disgusto.

-¿Qué le pasa al señor Ángel? -preguntó Roque con mucho interés.

-Ven aquí y verás lo que han hecho la gentuza salvaje con quienes tú te juntas y te llevas con ellos como una seda -dijo Andrés al tiempo que conducía a Roque hacia donde estaba el coche, cogiéndolo por un brazo.

-Pero ¿dónde está el señor Ángel? -preguntó.

-El señor Ángel y mi hija han ido en busca de un mecánico de coches porque sin faros no puede conducir de noche-. Así que ya estás viendo las hazañas de tus amigos, ya estás viendo el destrozo que le han hecho al vehículo de un hombre que a nadie le ha hecho nada malo.

Roque se quedó irnos minutos mirando y pensando, primero la extorsión, el sabotaje, y segundo quienes podrían haber sido y, al final, dijo:

-¡Esto no se va a quedar así! ¡Esto lo va a pagar el hijo de perra que lo haya hecho!

-¿Cómo lo vas saber? -preguntó Andrés con muy escasas esperanzas.

-¿Dónde está el señor Ángel? -preguntó de nuevo.

-Ya te he dicho que Ángel y mi hija han ido en busca de un mecánico para ver si le pueden arreglar esto como sea, porque de no ser así tendrá que dormir esta noche en casa, porque de noche y sin faros ¿tú me dirás?

-Y usted me dice a mí, señor Andrés, que esta es la gentuza con la que yo me junto -dijo Roque con expresión de dolido.

-¿Pues quiénes si no? Estos son los truhanes de la tarde de marras, estos son los que te acompañaban aquella tarde -insistió Andrés totalmente convencido.

-La verdad, señor Andrés, que yo tengo muchas cosas de las que arrepentirme, pero ¡vive Dios, que el señor Ángel me han enseñado a cambiar total y radicalmente de conducta! Y le puedo asegurar que esto no se va a quedar tal cual.

Al ver Roque el estropicio que perpetraron los gamberros, en el coche de Ángel, salió corriendo y se fue derecho a uno que él sabía que podría haber sido o al menos que sabría cual habría sido el autor de la bárbara extorsión.

Llegó a la barraca del que más probabilidad había que hubiera sido, y llamó con un fuerte vozarrón, al tiempo de dar un empujón a la puerta de cañizo y enseguida abrió un viejo que era tío del que él iba buscando.

-¿Qué quieres? -preguntó el anciano como con un gruñido.

-Busco a tu sobrino Paquillo para que se encargue de un asunto que le puede interesar.

-Antes de continuar tenemos que aclarar que Roque, en todo aquel inundo y fétido arrabal, era muy respetado y sobre todo muy temido por todos, ya que era en aquel repugnante arrabal, así como el jefe de todos los rateros, los rapaces, ladrones, delincuentes y sinvergüenzas que poblaban el sórdido lugar.

Porque como era hombre fuerte, rollizo y de brazos hercúleos, todos los rateros del mugriento lugar, le temían como a una vara verde.

Por eso, al preguntar al anciano por su sobrino éste desde dentro lo oyó y enseguida salió preguntando:

-¿Pa qué me quieres, Roque?

-Te quiero para darte un par de bofetadas por lo que has hecho con el coche negro del forastero -le dijo con la suficiencia que le confería su robusta y fuerte complexión.

-Yo solo no he sido -le dijo temblando como un flan.

-Ha sido también el Kiko -dijo Paquillo muy extrañado, porque Roque era como el jefe de todos y era a él al que le gustaba hacer esta clase de extorsiones a la gente rica.

-Bueno, dices que también iba contigo el Kiko, pues vente conmigo que vamos a ver a Kiko -le dijo con tono de ordeno y mando.

Cuando llegaron a la barraca del padre del Kiko, Roque llamó con fuerza en la puerta que también era de cañizo.

-¿Quién es? -preguntó con voz aguardentosa un hombre mayor.

-Abra usted, Francisco, que soy Roque.

Al momento se oyó rastrear por el suelo de tierra asentada la paca de caña, que tema como de puerta.

-¿Qué querías, Roque? -preguntó el viejo.

-Quiero ver a tu Kiko porque esta noche me hace falta -le dijo Roque sin más.

-Kiko, Kiko, que te quiere ver Roque -llamó el viejo al joven rapazuelo.

-¿Pa qué me quieres, Roque?

-Pa que te vengas con nosotros, porque vamos a hacer una buena operación esta misma noche -dijo Roque sin más explicaciones.

-Echar delante hacia dónde yo os indique -ordenó Roque.

-No, a la izquierda, y ahora todo recto hasta el final.

-¿Y ahora pa onde vamos? -preguntó el Kiko.

-Ahora otra vez a la izquierda -volvió a ordenar Roque.

Cuando se hallaban justo enfrente del Cuartel de la Guardia Civil, Roque dijo con toda la autoridad que ejercía sobre toda aquella laya de la que él había sido y seguía siendo el cabeza.

Con un brazo a cada una de aquellas delgadas cinturas, metió a ambos dentro del Cuartel diciéndole al “puertas”:

-Aquí tienen ustedes a los dos extorsionistas que esta misma tarde han roto los cristales de ambas ventanillas del coche del que la semana pasada abuchearon en la puerta misma de Andrés.

Pero si usted mismo fue el protagonista de dicho abucheo -dijo el “puertas” con asombro, con mucho asombro.

-Bien, sí; lleva usted razón, pues es verdad que yo fui el protagonista de aquel abucheo, y de aquellas y de aquellas amenazas, pero ya he cambiado de parecer, ya he cambiado de conducta, y ahora estoy de parte de la razón y de la justicia. Y he cambiado radicalmente porque el hombre al que abucheé y amenacé me ha librado de ir a la cárcel y me ha enseñado a ponerme bien con Dios y a saber orar para pedirle que me perdone de todas mis muchas faltas y de mis muchos

pecados. Así, que aquí traigo, a dos delincuentes, para que la justicia obre sobre ellos, porque estos dos delincuentes han sido los que esta misma tarde noche han hecho añicos los cristales y los faros del coche de mi bienhechor, del joven capitalino que tiene novia aquí, que es hija de un buen hombre de este pueblo que se llama Andrés Lozano, y su hija que, es novia mía, se llama Andrea -terminó Roque muy satisfecho por haber dado caza a dos rapaces delincuentes.

-Usted, si así lo desea, puede retirarse y nosotros nos encargaremos de darles a este par de ratas de cloaca, el castigo que merecen -dijo el “puertas” a Roque, al tiempo que le apretó una mano, dándole las gracias.

Al momento Roque se retiró y se fue derecho a casa de Andrés donde vería a Ángel y primero le dio las gracias por la enorme acción que tuvo con él librándolo de ir a la cárcel.

Al momento le enseñó la sentencia dictada al respecto por el señor Juez de Instrucción, que venía a decir más o menos como sigue;

“Vista la denuncia presentada en este Juzgado a través de la Guardia Civil de esta localidad, por el vecino de ésta don Andrés Lozano Espinosa, contra el también vecino de este municipio Roque Expósito Fernández, que la Guardia Civil aprehendió en el arrabal de cerca del río, como presunto abucheador y amenazante de don Ángel Rueda Ramírez, y vista, asimismo, la Declaración Jurada, de la víctima mencionada, en la que declara bajo juramento ante Notario competente, que perdona tan ampliamente como menester fuere, al denunciado,

Roque Expósito Fernández, de todos los cargos que sobre él pesan.

FALLO:

Que debo absolver y absuelvo al citado denunciado, de todos los repetidos cargos por los que fue acusado.

Por esta mi sentencia, la mando y firmo en esta localidad de Los Encinares a cinco de julio de mil novecientos cincuenta.

Después le dijo que ya había dado caza a los dos bribones que le habían hecho la extorsión en su flamante coche 1500, y que ya estaban en el calabozo del cuartel donde antes de las 48 horas, los pondrían a disposición del señor Juez de Instrucción.

-No sabe cuánto se lo agradezco amigo Roque, pues con esa actitud es como podemos ir por el mundo -le dijo Angel con un apretón de mano y una mirada de enorme gratitud.

-Hacía poco que habían llegado Ángel y Andrea, y no les fue posible encontrar a alguien que le solucionara el problema. El único que lo podría hacer tenía un compromiso tan importante que no lo podía eludir, y el otro se había marchado con su familia para pasar el fin de semana fuera.

Cuando Ángel y Andrea estuvieron en busca de algún mecánico y no encontraron a ninguno disponible, se pasaron otra vez por la centralita y Ángel comunicó a su madre en el aprieto en que se encontraba y que

tendría que dormir de nuevo en casa de Andrea, su madre quedó tranquila porque sabía muy bien que su hijo estaba bien acompañado.

Don Félix, coronel ya de Infantería, enterado por su hijo del gesto de Roque, envió un oficio al señor alcalde del pueblo, solicitando de él que, si podía, debería dar a Roque un cargo como de auxiliar de la policía local, ya que con la actitud, con el proceder, que había obrado con su hijo, sería un colaborador ejemplar del orden y de la justicia del pueblo.

El señor alcalde le pareció la idea de don Félix excelente y a menos de una semana, Roque era ya, auxiliar de la policía local, con su uniforme, su pistola, su defensa y demás distintivos adheridos o inherentes al mencionado cargo.

Y resultó, que a los dos rateros, que el señor juez condenó a una multa pecuniaria de 2000 pesetas a cada uno, al no tener dinero ni bienes de clase alguna para embargar, les conmutaron la multa por trabajo a realizar por el ayuntamiento de la localidad, a razón de 200 pesetas por día trabajado.

Y por consejo del propio Roque, al señor alcalde, estuvieron diez días cada uno con escardilla, una espuerta y pala, rellenando los baches y limpiando las cunetas del carril de Los Encinares a la ciudad, y Roque fue el encargado de ejecutar, de llevar a cabo el trabajo que el ayuntamiento les había asignado.

Paradojas de la vida: el jefe de los delincuentes se había convertido en perseguidor de los mismos. Y al pueblo le vino divino, pues con Roque de perseguidor de los cacos, de los delincuentes, se acabaron los robos, los hurtos y las extorsiones.

Capítulo XIV

El psiquiatra don Ceferino Ortiz, ya había dejado a Jesús María, en su estado psíquico normal y, ahora éste dijo a Rosita que, el fin de semana que comenzaba al día siguiente, lo pasarían en el pueblo de Los Encinares, para estar todo ese tiempo con los padres de ella, y al propio tiempo irían caminando hasta la cumbre que daba vistas al Arroyo de Peñas Blancas, desde donde se divisaban todas las viviendas y campos que circundaban los blanquitos cortijos del Arroyo de Peñas Blancas. Era sábado y la temperatura de la mañana de aquel 5 de octubre de 1950, no podía ser más agradable y benigna.

Llegaron a casa de Andrés y Emilia, los padres de Rosita y éstos se alegraron un montón al verlos llegar, pues ya iba para los dos meses que no habían estado por allí, y, durante esos largos dos meses, estuvieron muy preocupados por el estado de salud de Jesús María.

Eran las doce de la mañana y el cielo azul no podía estar más impoluto, más inmaculado, y el levemente perfumado airecillo, era suave y agradable, por lo que, para Jesús María era la temperatura ideal para un largo paseo por los campos por donde abundaban toda clase de arbustos de embriagada fragancia.

Cuando llegaron al borde mismo de la citada cumbre, desde donde se divisaban como con un telescopio los blanquitos cortijos del Arroyo de Peñas Blancas, y también parte de la Gran Casona, donde permanecían sus tías doña Encarnación y sor Consuelo, a Jesús María le dio, como coloquialmente se dice “un

vuelco el corazón”, al acudir atropelladamente a su memoria tantos recuerdos, tantas visiones...

Aquel lugar le traían recuerdos alegres y también dolorosos (todos ellos atropelladamente acudían a su memoria). Recordó que en aquella esquina de la Gran Casona (que era lo único que desde allí se veía), fue donde, por primera vez, vio y conoció a la linda joven que ahora era su amada esposa y se alegró mucho al recordarla cómo la vio por primera vez, hacía ahora siete años, con su vestido de seda de color verde pálido con primorosos adornos blancos a la altura de su pecho y cuello.

Recordó también lo que le preguntó a su tía sor Consuelo sobre quién era aquella guapa joven, alta y bien formada, con el vestido de seda que ya tenemos reseñado.

Recordó también, con un nudo de emoción en su garganta, que el bolero que bailó con Rosita, tenía por título “Toda una vida”, de Antonio Machín, y que para él fue una velada maravillosa, fue la mejor velada de toda su vida, pues el título de aquel romántico bolero, se lo recordaba, se lo traía a su memoria: *(Toda una vida)*.

La letra de la canción era corta, pero a rebosar de romanticismo:

*“Toda una vida me estaría contigo, no me importa en qué forma,
ni dónde ni como, pero junto a ti.*

*Toda una vida, te estaría mimando, te estaría cuidando, como
cuido mi vida, que le cuido por ti.*

No me cansaría de decirte siempre, pero siempre, siempre, que eres en mi vida ansiedad, angustia y desesperación.

Toda una vida, te estaría mimando, te estaría cuidando, como cuido mi vida, que la cuido por ti.

También recordó, con emocionado dolor, que aquel prodigioso lugar, era visitado por su difunto padre cada fin de semana, y que, por la última visita que hubo hecho a él fue la causa de su aterradora muerte. Si su padre, aquel aciago día no hubiera ido allí, no le habría sorprendido aquella inexorable y fatal muerte, aquel luctuoso infortunio.

-Jesús, ¿no sé en qué estarás pensando desde el instante mismo en que llegamos aquí? -preguntó Rosita con evidente tono de preocupación.

-Rosa, amor mío, pienso en dos situaciones muy distintas; pienso con emocionado recuerdo, en la alegre y mágica tarde-noche, en que te conocí; y también recuerdo, y también pienso en la trágica muerte de mi difunto padre, en el hombre que tanto amé y en el que tanto me amó, y tanto te amó a ti también.

Rosa mía, amor mío; no quiero que te pongas triste, no quiero que llores más por mi padre, bastante lloraste ante su cadáver carbonizado -pidió a su mujer, cuando el brillo de sus pupilas era palpable, la vio después limpiándose ambos lagrimales, con su levemente perfumado pañolito blanco como el nácar.

-Para esto no hemos venido aquí; aquí hemos venido para recordar con cariño, para rememorar aquellos felices tiempos, pero no para llorar -dijo Jesús

María a su encantadora y sentida mujer, que cada día que pasaba la quería, la amaba un poco más.

Algo después, ambos cambiaron sus semblantes, y estuvieron rememorando la mágica noche del bautizo de Laurita, la hija de Miguel, el actual administrador de la Granada Casona, y Jesús María dijo a su esposa que, lo suyo de aquella maravillosa noche, no fue un flirteo pasajero y que a nada comprometía, fue, lo que yo más deseaba, fue dar por azar con la mujer de mi vida, con la mujer que Dios me deparó para ser la compañera de toda mi vida, y, a estas alturas, tú también habrás comprobado que yo para ti fui también el compañero fiel, el honesto, leal y sincero compañero de toda tu vida. Yo, ahora para ti, soy el esposo fiel.

Un poco más tarde vieron que alguien venía hacia allí y esperaron a que llegaran, pues eran Ángel y Andrea, que por indicación de Andrés fueron donde ellos estaban.

Andrés les indicó el estrecho sendero por donde teman que ir para encontrar a Jesús María y a Rosita, era un sendero tan angosto que, si querían ir cogidos de la mano, uno de los dos, necesariamente, tenía que ir pisando terreno laborable para que el otro o, la otra, fuera por el justo sendero. Y ocurrió que tanto Rosita como Andrea, fueron sendero adelante mientras Jesús María y Ángel fueron pisando por la orilla del minúsculo terreno!

Y los cuatro lo pasaron muy bien, porque Jesús María y Rosita les rememoraron, les evocaron cómo fue el encuentro que ambos tuvieron la tarde-noche del dieciséis de agosto de 1943, o sea, hacía ahora siete años.

Por deseo de Jesús María, bajaron ladera abajo hasta llegar a la Gran Casona, donde permanecían allí sus tías, doña Encarnación y sor Consuelo.

La ladera tenía una inclinación de menos 30° y, al echar un pie hacia abajo, el otro saltaba como un muelle con tanta prisa que quería pisar el otro pie, y así bajaron a largas trancadas hasta llegar a la gran vega de hierro negra, donde tiraron de una cuerdecita que hacía sonar una campanilla, y al momento, alguien abrió, fue Nicolás el mulero, el gañán, que siempre andaba por allí, cuando no había labor en el campo, que ejercer.

A las dos hermanas, Rosita y Andrea, les hizo mucha ilusión ver el lugar donde pasaron los años más felices de su infancia: allí estuvieron desde pequeñas hasta que en el año 1943, se jubiló su padre y se fueron a su pueblo, a Los Encinares.

Aquel sublime y maravilloso recinto, para Ángel fue impresionante, como en su día les ocurrió a Roberto y a Amparo, que para ellos aquel recinto era un edén, era un paraíso, según manifestaron en los primeros días del mes de agosto del año 1943, cuando por primera vez vinieron de Nueva York, y celebraron el bautizo de la primogénita del matrimonio de Miguel y Laura.

Jesús María, nada más llegar fue corriendo a donde se hallaban sus tías, doña Encarnación y sor Consuelo, y éstas se alegraron muchísimo de ver allí a su sobrino, y también les trajo el inolvidable recuerdo de su hermano (de su hermano a ellas y a su padre a él), y seguido le comentó a Ángel que allí conoció, por primera vez, a su amada Rosa. Le recordó también que la conoció una tarde-noche en la celebración del bautizo de la hija mayor del nuevo administrador, Miguel Quesada. Y

volviéndose a sus tías les preguntó que si seguía allí Miguel Quesada, que él lo recordaba como un hombre bien plantado, honesto, leal y sincero.

-Sí, hijo, Jesús, aquí sigue Miguel Quesada, un hombre con intachable corrección, leal y fiel, como también lo fuera tu suegro Andrés, que cumplió con su deber desde el primero hasta el último día, y nosotras lo recordamos con cariño sincero.

-¡Hola, nuestras señoras, hola queridas señoras! No se pueden imaginar lo mucho que las recordamos en nuestras casas particulares, como en casa de mi suegra doña Virtudes, pues si no es a una hora es a otra, pero siempre las tenemos en boca, las tenemos en el recuerdo -dijo Rosita, entorpeciendo las palabras que su hermana comenzaba a emitir, pero que no podía terminar porque Rosita siempre se le adelantaba, tal era su afán por expresarlo todo a la vez.

Después vieron también a Laura, a Laurita y a Miguelito (7 y 5 años, respectivamente), cuando éstos salieron de la escuela, que sor Consuelo mantenía con normal actividad. Laura conocía muy bien a Rosita y a Andrea, porque las dos estuvieron en el bautizo de Laurita.

Miguel, el administrador, llegó poco después y besó a las dos hijas de Andrés, que ya las conocía desde antes de que su padre se jubilara y se fueran al pueblo, y porque también estuvieron en el bautizo de su primogénita, Laurita.

Miguel, medio riendo les preguntó tanto a Jesús María como a Ángel, por cómo lo habían pasado con los mozos del pueblo de Los Encinares, que tenían fama de

brutos y se metían mucho con los foráneos que se echaban novia allí.

-Pues es verdad que son brutos y con nosotros se metieron a más no poder, pero que la suerte nos acompañó y los dos salvamos muy bien el escollo, la dificultad, el conflicto peligroso -afirmó Jesús María con cierta aflicción, al recordar que, el estratega de su *casus belli* fue su difunto padre-. Mi padre -prosiguió- fue el que me preparó el terreno para dar por concluido y con éxito rotundo mi caso. No lo pudo plantear mejor, era militar y en mi caso demostró que de estrategia militar estaba bien preparado. E incluso es posible que, hasta aquí, llegaran algunas noticias del exitoso resultado que tuvo mi asunto -terminó Jesús María con visible satisfacción.

-¿Aquí tienen ustedes gente del pueblo de Los Encinares? -preguntó Ángel, para ver si por aquí podría sacar algo en claro al respecto.

-Pues claro que tenemos aquí a gente de Los Encinares -dijo Miguel- pero eso no nos dice nada, sobre de lo que estamos hablando.

-¿Y aquí nunca se oyó decir de que a un tal Gallardo lo apalearon, le sacudieron la badana y bien? -preguntó otras vez Ángel.

-Claro que, hasta aquí, llegó la noticia de que a un tal Gallardo de Los Encinares, le dieron un palizón que lo dejaron por muerto -dijo Miguel con total seguridad.

-Pues ese palizón que le dieron al matón del Gallardo ese, fue ejecutado por el guardaespaldas de mi concuñado, Jesús María -dijo Ángel con entera y total complacencia.

-¿Y eso, cómo pudo ser? -preguntó de nuevo Miguel.

-Tú, Miguel, eres de Prado Alto ¿verdad?

-Pues sí, de Prado Alto soy -contestó Miguel.

-Y si eres de Prado Alto también conocerás a un tal Paco Román -dijo ahora Jesús María.

-Hombre, por Dios, si Paco Román es casi de la casa, fue el cuidador del caballo de tu difunto padre, que en gloria esté -dijo Miguel Quesada, queriendo intuir, queriendo vaticinar algo al respecto.

-Pues ese Paco Román que tú conoces bien, fue el que apaleó al tal Gallardo, suplantándome a mí -dijo con orgullo Jesús María, por ser todo esto obra de su difunto padre.

-Ahora lo entiendo, ahora sé cómo todo eso lo planteó un hombre inteligente, un buen estratega militar -dijo Miguel, haciendo memoria de cómo era don Silverio.

-Así fue el caso de Jesús María, pero el mío tiene gracia, es que no me lo puedo creer, que resultara tan provechoso, tan ventajoso para todos los vecinos del pueblo -dijo Ángel también orgulloso de cómo se solucionó, se solventó su caso.

-Ya puestos me lo tenéis que decir, más que nada por curiosidad -dijo Miguel deseoso de saber cómo fue el desenlace del caso de Ángel.

-Es que no te lo puedes creer de lo curioso y ventajoso que se resolvió-. ¿Tú te imaginas -prosiguió - que un delincuente de casta, sea ahora el perseguidor efectivo y auténtico de los delincuentes? -preguntó Ángel a Miguel.

-Pues, la verdad, que si es así, es una singularidad, una contradicción, como una catedral -dijo Miguel con enorme gesto de perplejidad.

-Pues, así ha sido, amigo Miguel, y otro día con más tranquilidad te lo contaremos más detalladamente -dijo Jesús María al tiempo de echar una ojeada a su bonito reloj de oro, que rutilaba en la muñeca de su mano izquierda.

Tanto doña Encarnación como sor Consuelo, Miguel y Laura, insistieron, una y otra vez, en que se quedaran allí y en un santiamén, prepararían comida para todos, pero ellos no aceptaron, no podían aceptar, por culpa de no existir móviles por aquella época, y al quedarse allí para comer, les hubiera acarreado un buen disgusto a los padres de Rosita y de Andrea. Por eso, muy agradecidos, salieron volando, pues teman que repechar una elevada ladera, y después a pie llano, por lo menos media legua más.

Jesús María, era el más alpinista, por eso preparó una buena vara o báculo, para cada uno, porque la experiencia le aconsejaba que un báculo les vendría muy bien para con él apoyo del mismo avanzar, con más facilidad ladera arriba. Así y todo, alguna y alguno, pegó más de un resbalón, por el campo pino y con abundancia de matorral.

-A mí me está sirviendo mucho y bien el báculo -dijo Ángel a la altura de mediada la ladera.

-Pues a mí me hubiera gustado, o mejor, hubiera preferido que el mío fuera más grueso, pues éste que me has preparado, se dobla con frecuencia y temo que se me va a partir -dijo Andrea en tono de queja.

-Yo ya sé cómo se maneja y me ayuda mucho para avanzar subiendo -dijo Rosita quizás como más inteligente, para que el maestro baculero se sintiera orgulloso de su maestría en la preparación de sus báculos o garrotas.

Al fin, los varones llegaron al filo de la cumbre y las féminas quedaron algo rezagadas, pero poco después tocaron su diestra con la de los varones, al tiempo de decir, jubilosamente: “chócala”.

Después, otra vez por el sendero estrecho (una por el sendero y uno por el terreno), hasta llegar a casa, cuando las manecillas de los relojes marcaban las tres y media de la tarde. Por eso Andrés les reconvino a los cuatro, porque tendrían que haber llegado como máximo una hora antes, pues sabemos que ya sois todos mayores y sabéis muy bien discernir entre lo que está bien y lo que está mal, pero la experiencia de los mayores nos aconseja que tenemos la obligación de advertir a los no experimentados, que sean prudentes y piensen en que los que no sabemos las causas de esas tardanzas, podemos tener disgusto y hasta podemos pensar en lo peor -soltó Andrés de un tirón y con un poco de énfasis.

-Todo lo que nos digan es poco, porque si nosotros nos ponemos en caso de ustedes, también lo hubiéramos pasado mal, pensando siempre en lo peor, porque el que no ve y no sabe por dónde anda alguno de los suyos, pasado el tiempo prudencial, es lógico pensar siempre en lo peor -dijo Jesús María en tono de comprensión.

-También he comprobado el desastre que somos los hombres comparados con las mujeres, pues ellas vienen con las alpargatas limpias mientras vosotros, los hombres, las traéis *enterragadas* a más no poder.

Las alpargatas que llevaban Rosita y Andrea, era de suela de cáñamo y lo demás de lona de color blanco tostado, atadas a la caña del pie con cintas blancas, haciendo cruceta hasta el inicio de la pantorrilla.

-Pero eso tiene su explicación, señor Andrés -dijo Jesús María a su suegro, mientras se fijaba en las alpargatas de su esposa y las de su cuñada.

-¿Cuál? -preguntó su suegro sólo con este pronombre relativo.

-Es muy sencillo y me tiene que dar la razón, porque el motivo ha sido que, como el sendero, como usted sabe es muy estrecho, y para caminar cogidos de las manos, la pareja no cabe en él, y entonces ellas han ido y han venido por el sendero y, nosotros los hombres, no nos ha quedado más remedio que venir por la linde de lo labrado, pisando los agudos terrones del barbecho, que están muy terrosos, como es lógico - aclaró Jesús María a su suegro, que enseguida lo comprendió y, en efecto, le dio la razón.

-Supongo que vendréis con ganas de tomar algo, que no sea precisamente agua mineral -dijo Emilia con evidente ironía, que los cuatro entendieron muy bien y se rieron con ella.

Enseguida se sentaron todos a la mesa, con los platos, los cubiertos y las servilletas colocadas con discreción, y, al momento Emilia, colocó en el centro de la mesa, obviamente, de forma rectangular, una fuente repleta de rodajas de merluza fritas que, en tanto Andrés sermonecía a los alpinistas, ella iba sacando, con la rasera, de la sartén puesta en el fogón, rodajas y más rodajas hasta llenar la hermosa fuente.

Puso también, junto a la fuente con las rodajas de merluza fritas, otra fuente con las últimas hortalizas que ella había conservado, como una hermosa lechuga de las tardías, pepinillos tiernos, cebolla, rabanillos, zanahoria y aceitunas de orza, condimentadas con tomillo aceitunero, laurel, ajos y, quizás, algún condimento o especia más. Amén, de una canastilla de mimbre con trozos de pan casero, de dorada corteza amasado por ella misma.

Capítulo XV

Al término de la succulenta comida, que todos comieron con buen apetito, y después de tomarse un cafetito, que Emilia preparó para cada uno, menos Andrés que no tenía costumbre de tomar café, ambas parejas cogieron sus respectivos vehículos (el Cadillac y el 1500), y partieron hacia la ciudad, donde cada pareja giró hacia sus propios domicilios, donde en casa de doña Carmen, se vieron por segunda vez don Félix y Andrea, los cuales manifestaron que se habían alegrado mutuamente, por el mucho tiempo que ya hacía que se vieran por primera vez.

Ahora, así, de sopetón e inesperadamente, Ángel dijo a su padre que teman que hablar sobre un tema de gran importancia.

-Tú dirás Ángel, tú dirás de lo que tenemos que hablar -dijo don Félix a su hijo, con mucho respeto y con mucho cariño, porque padre e hijo se profesaban un cariño singular.

-Padre, tú sabes muy bien que Andrea y yo nos amamos, desde hace ya algunos años, y sin que ella y yo hayamos hablado una palabra sobre el tema, te sugiero que, tan pronto como a ti te venga bien, tenemos que juntarnos ambas familias (la de Andrea y la nuestra), para celebrar el acostumbrado acto de petición de mano -dijo Ángel de golpe y porrazo y sin que ni siquiera Andrea lo supiera.

-Pero, Ángel ¿qué dices? -exclamó Andrea, como a la que le dan un fuerte chasco semejante al de la bruja de los dientes largos y la escoba.

-Andrea, no estoy disparatando, estoy diciendo a mi padre lo que debía haberle dicho ya -dijo Ángel con aplomo y seriedad.

-Muy bien, Ángel; así es cómo se dicen las cosas importantes, alto y claro -dijo doña Carmen a su hijo.

-Pero por el amor de Dios, doña Carmen, que de esto jamás hemos hablado Ángel y yo -dijo Andrea con tono de sorpresa.

-Pero que no pasa nada por eso, Andrea; que por eso no pasa nada, volvió a repetir, invirtiendo un poco los términos de la frase -volvió a decir, volvió a repetir doña Carmen de nuevo.

-Vaya galimatías que habéis montado para decir todos lo mismo -dijo don Félix, dirigiendo su mirada a los tres.

-Ahora el que va a hablar con llaneza y claridad voy a ser yo -dijo don Félix con gesto de hombre formal, recto y serio:

-Bien, Ángel; tú has dicho que tan pronto como a mi me sea posible tenemos que juntarnos ambas familias (la de Andrea y la nuestra), para celebrar el acostumbrado acto de petición de mano, ¿no es eso? - preguntó.

-Así es, padre; así es -dijo Ángel formalmente mirando alternativamente, ora a su padre, ora a Andrea.

-Pues ahora mismo, si me dejáis que hable, sin interrupción, yo te digo que a mí me viene bien, para el acto que me dices, el mismo día y hora que a ti te venga

bien -dijo don Félix a su hijo, si no muy alto, claro sí que fue.

-Pues ya sobre este asunto no tenemos nada más que decir, ni más que objetar -dijo Ángel dejando por zanjado el tema de la petición de mano de Andrea.

Dos días después, padres e hijos convinieron en que el día ideal sería el 26 del mes corriente, del mes de octubre, que era sábado y del cumpleaños de Ángel (28), y la hora podría ser a las 20,00 (ocho de la tarde), que había necesidad urgente de hacérselo saber a los padres de Andrea.

El sábado siguiente, día 12 de octubre, Ángel hizo extensivo a los padres de Andrea que el 26 del mismo mes y hora de las 20,00 (ocho de la tarde), tendría lugar el acto de petición de mano de Andrea, en la propia casa de sus padres, de los padres de Andrea.

Día 26 de octubre, las ocho de la tarde, cuando don Félix, doña Carmen y Ángel, llegan en el 1500 negro, al lugar que, de costumbre, Ángel aparcaba su citado vehículo, y al instante salió Andrés, Emilia, Andrea y Andresito éste con traje y corbata como su padre.

Al bajar del 1500 la familia de Ángel, fueron recibidos como reyes, por la familia de Andrea.

Unos se besaron, otros se abrazaron y los menos se estrecharon las manos.

Cuando entraron en la casa de Andrés, el salón comedor, parecía un altar: la gran mesa rectangular para más de diez personas, estaba cubierta por un nuevo mantel con sencillos bordados a mano. Había colocadas diez sillas y también diez cubiertos, porque los presentes en aquel mismo instante era sólo siete, pero

esperaban, con gran deseo, que vinieran Jesús María y Rosita, por lo menos.

Antes de comenzar la cena dieron señales de vida Jesús María y Rosita, que todos los presentes se alegraron de que estuvieran presentes, en la noche tan señalada, la ejemplar pareja que componían ambos. La frugal cena transcurrió en un ambiente alegre y ameno, y durante la misma salió a colación el caso de Roque, porque Roque era toda una institución en el pueblo. Hubo quien comparó a Roque con uno de los más famosos sheriffs del lejano Oeste americano. Con Roque llegó al pueblo la calma, el sosiego y la paz. Porque Roque, con su ejemplar proceder pese a su inferior cargo, se había hecho acreedor del respeto, del acato y sumisión de los más de 3000 habitantes que tenía el pueblo, y sin autocomplacencia, podemos afirmar que todo ello se lo tenemos que reconocer y agradecer, aquí, a mi querido padre -dijo Ángel al tiempo de derramar su mirada a todos, pero en especial a su padre.

-Eso lo sabemos todos muy bien, que fue a él al que se le ocurrió la genial idea, y a él se lo agradecemos y a él se lo agradece el pueblo -dijo Andrés al tiempo de pasarse, sutilmente, la servilleta por la boca-. Pero si es que nadie se lo podía imaginar -siguió Andrés- que el delincuente mayor del pueblo, se haya convertido en el hombre más respetado y querido de la localidad.

Después, la conversación giró por otros derroteros y se evocó, se tuvo un emocionado recuerdo del difunto don Silverio, que, en la petición de mano de Rosita, él fue el que, con su conocimiento y altura de miras, dirigió el protocolo de la petición de mano de Rosita y

fue muy feliz y todos lo pasamos muy bien con sus divertidas y sabias ocurrencias.

-Mi padre fue un hombre con talento, y usted lo conocía muy bien -se dirigió a don Félix- pero tuvo un final horrendo, que él nunca mereció, que el final de su vida fuera tan fatal, no sólo para él sino también para toda su familia, y para los muchos amigos que todos sabemos que también tenía -dijo Jesús María con un ahoguillo en la garganta.

-Tú padre fue un gran hombre, en toda la extensión de la palabra, y tenía muchos amigos, porque era un gran hombre y mejor militar, y todos sus compañeros lloramos su muerte con sincero dolor-. Para él no había diferencia de clases en lo militar, pues él decía que el mismo respeto que le merecía un al jefe militar, le merecía el cabo furriel, y era así porque jamás hizo alarde de sus brillantes estrellas, y se comparaba con el último soldado de la fila, como con el más alto cargo del batallón, como con el más alto cargo del regimiento en general -dijo don Félix exaltando la figura de don Silverio, al tiempo de pasarse también, delicadamente, la servilleta por los labios.

Y llegó la hora de los brindis, de las promesas y de los ofrecimientos, y todos se emocionaron al decir don Félix: ¡esto va para los novios, para los novios de hoy y para el matrimonio de aquí un a mes y medio!

Al momento Ángel sacó del bolsillo interior de su chaqueta, un pequeño paquetito envuelto en papel de color tornasolado, adornado con un lacito rojo, que Andrea comenzó a desenvolver con dedos nerviosos y al

final quedó en una especie de cajita o de estuchito, de forma rectangular, no mayor que cuatro porciones u onzas de chocolate. Dentro del pequeño estuche había una sortija de oro con un hermoso corindón o piedra preciosa incrustada, que Andrea se quedó admirada y, tal fue su contento, que no reparó en los demás para darle a Ángel un apretado beso en la boca.

Ella también obsequió a Ángel con una bonita pitillera de oro envuelta en papel de regalo, y Ángel no podía ser menos y le devolvió el beso que ella le diera en sus labios.

Al día siguiente de la petición de mano de Andrea, Rosita confesó a Jesús María, que se notaba algo rara y que, posiblemente, podría ser los síntomas o indicios del embarazo.

-¿Qué me estás diciendo, Rosa?, me estás hablando de algo muy importante y tú te comportas como si eso fuera algo trivial, algo intrascendente -dijo Jesús María con los ojos muy abiertos-. Tú a eso que me estás diciendo, le das la misma importancia que le pueda dar al que se encuentra una peseta, y lo que tú me has revelado es mucho más importante de lo que tú te imaginas -dijo Jesús María con mucha atención a lo que Rosita le había dicho.

-Yo sé muy bien la importancia que tiene lo que te redicho, Jesús; pero como no estoy segura al cien por cien, no debemos tirar cohetes. Ni mucho menos echar las campanas al vuelo -dijo Rosita muy sensata y con total normalidad.

-¿Pero dime los síntomas que has observado en ti, mi querida Rosa? -preguntó Jesús María con deseo de averiguarlo todo.

-El primer síntoma es que se ha detenido el ciclo menstrual. Esto me ha ocurrido otras veces, incluso estando soltera, y por tanto a esto solo no debemos echarle seriamente muchas cuentas. Lo que aumenta en mí la hipótesis de que fuera un embarazo, es el aumento frecuente de micción nocturna, pues tú habrás notado que durante la noche me levanto hasta tres veces, cosa que, en condiciones normales jamás nunca me ocurrió-. Además sufro con frecuencia estreñimiento, cuando yo para esa necesidad fisiológica, siempre he sido un reloj.

-Bien, Rosa; dime todo lo que en ti ha cambiado, lo que tú notas, lo que tú percibes en tu organismo, que antes nunca sintieras —dijo Jesús María con deseos de seguir investigando sobre un posible embarazo.

-Bueno, también te puedo decir, por si algo tuviera que ver con lo que deseamos saber, es que son ahora frecuentes en mí los eructos continuos, la emisión de gases; que también ha aumentado en mí la pigmentación en la frente y las mejillas; pues no sé cómo tú no has notado en mí estos cambios -dijo Rosita con deseos de que él hubiera notado, hubiera advertido, en ella esas minúsculas transformaciones y no hubiera querido comunicárselo a ella, para no alarmarla.

-De todo cuanto me estás diciendo yo estoy en ayunas, Rosa mía-. Sí he notado que, en escasas ocasiones te he visto algo sonrosada, pero yo siempre lo he achacado, lo he atribuido a que tú, mujer de buena salud y muy recatada, por menos de un pito de abochornabas, te ruborizabas -dijo Jesús María con

ánimo de ensalzar a su mujer, en cuanto a su buena salud como a su buena condición de mujer puritana y abstinente.

-En fin, de esto ya ni media palabra más, lo único y lo más eficaz, es ir mañana mismo al tocólogo o ginecólogo y que te reconozca bien y así salimos de dudas -dijo Jesús María como lo más conveniente y necesario.

A la mañana siguiente, Jesús María cogió el volante de su hermoso Cadillac y con moderada velocidad, fueron a una de las más famosas clínicas privadas, para someter a Rosita a los análisis y pruebas más adecuadas para comprobar el estado de su hipotético embarazo.

Aquella misma mañana, el tocólogo, doctor Egea, reconoció concienzudamente a Rosita, y pidió que al día siguiente fuera en ayunas y que llevara en el vasito que le dieron los primeros orines de la mañana.

Al día siguiente, le sacaron sangre para analizar, entregó el vasito con los orines y les dijeron que esperasen un poco, en la sala de estar, porque los suyos se harían con la mayor urgencia y enseguida saldrían de la duda que a los dos les embargaba.

Media hora más tarde, el doctor Egea llamó a su despacho a Jesús María y a Rosita, para comunicarles la buena nueva.

-Puede que se lo crean o puede que no, pero nuestros análisis confirman plenamente, que está usted embarazada de dos meses como menos -dijo el doctor Egea con tono y gesto de estar seguro de que lo que decía estaba palmariamente confirmado.

La enfermera del doctor Egea le dio a Rosita la enhorabuena, deseándole que todo fuera bien y dentro de nada (el tiempo para volando), tendrás entre tus brazos a un bebé. No hay nada tan especial como ser madre. Felicidades a usted también -dijo dirigiendo la mirada a Jesús María. Saber que estás embarazada — prosiguió- genera muchas inquietudes. Preguntas y miedos. Una de las primeras preguntas que se formula la embarazada y también su esposo, es la fecha en que nacerá su bebé y...

-Perdone, señora, pero es que tenemos prisa, -le cortó Jesús María- y muchas gracias por todo cuanto nos ha dicho, que puede ser verdad cuando usted lo dice, porque usted ya tendrá experiencia.

Después de pararle el carrete a la enfermera, Jesús María, la noticia que les dio el doctor Egea, lo dejó estupefacto. Lo dejó sobrecogido, lo dejó pasmado. En cambio Rosita no le dio más importancia de la que tenía traer un hijo al mundo, y la verdad era que, para ella el embarazo, era una de las etapas más hermosas y bellas de la vida de una mujer, y también para toda la familia. Son nueve meses emocionados, durante los cuales no sólo el bebé se desarrolla día a día, sino también todos los integrantes de la familia se preparan para su nacimiento, y se ocupan de organizar todo lo necesario para recibirlo: la habitación en la que dormirá, la cuna, su ropa, el tacatá o el cochecito....¡que no falte un detalle!

-Tú no te pongas triste, Rosa mía, -le pidió Jesús María a su esposa a tres días de la visita al doctor Egea-

ahora tienes que estar más alegre que nunca porque vamos a ser padres dentro de unos meses, y eso es fantástico, es sublime y nosotros seremos muy felices con nuestro hijo o hija, ¿tú qué quisieras que fuera? - preguntó.

-Me da igual, Jesús, me da igual -dijo con los ojos enroscados de lágrimas.

De mañana no pasa de que vayamos a que te vea el doctor Egea - le dijo él al verla con ganas de hartarse de llorar.

-A mí qué me va a decir el médico, ya sabemos lo que me va a decir, que estoy embarazada y eso lo sabemos ya -dijo ella con cara de ganas de llorar.

-Rosa mía, no te pongas así, pues si tú lloras a mí me haces también llorar -dijo él con deseo de que se calmara.

Aquella noche la pasó muy mal y Jesús María estaba deseando que comenzara el día a venir, que se viera desde el balcón del dormitorio las primeras claras del día, para tan pronto como comenzara a ser de día llevarla a la clínica y decirle al doctor Egea que si el mal estado en que se encontraba su mujer era normal o era un caso raro o extraño, que habría que emplear algún tratamiento especial.

-Doctor, le ruego que estudie usted bien el estado de mi mujer, de manera exhaustiva y especial, porque ella lo está pasando fatal y yo tanto o más que ella, porque no cesa de llorar y de estar malhumorada a todas horas del día y también de la noche -así de esta manera Jesús María le rogó al doctor.

-Veamos -comenzó el doctor-: el primer embarazo, por regla general, comienza así y eso es absolutamente

normal-. El estado anímico de casi todas las primerizas cambia repentinamente, pasando de la alegría al llanto, por ejemplo:

Irritabilidad, malhumor, malestar, también padecen inseguridad.

Una mujer segura puede volverse frágil. Estos cambios emocionados son frecuentes, pero no son malos, son considerados normales, y lo mejor de todo es que son temporales-. Algunos esposos sienten como si les hubieran cambiado de esposa, porque la personalidad de la mujer puede ser muy diferente, pero luego todo vuelve a la normalidad-. Los futuros papás -prosiguió- deben tener en cuenta esta anomalía, y no dejarse llevar por este estado temporal, más bien apoyar a su pareja ayudándole a superar esta etapa; que, repito, es temporal -dijo el doctor Egea, posando su diestra sobre el hombro de Jesús María, infundiéndole esperanza y convicción.

Capítulo XVI

Y llegó el mes de diciembre, el mes más invernal del año, el de la blanca y hermosa nieve, pero es también el mes en que se celebra la festividad de la Purísima Concepción, y el día de la patrona del cuerpo militar de Infantería; del que don Félix era coronel; y también el día señalado por Ángel y Andrea para la celebración de su ansiado matrimonio canónico.

Andrea, con su lindo vestido de novia, cogida del brazo de su padre, con su elegante traje de lana de milrayas, venía hacia la calle por el largo vestíbulo de su casa, cuando alguien avisó que Ángel y doña Carmen, su madre, se hubieron bajado del 1500 negro.

La celebración de la eucaristía en honor a la Purísima Concepción, celebrada en la Iglesia parroquial de la Anunciación de Los Encinares, fue la misma que para la celebración del matrimonio canónico de Ángel y Andrea.

En la homilía, el párroco ensalzó con largueza a la Virgen María, en su advocación de la Purísima Concepción, ensalzando asimismo la importancia del Santo Sacramento del Matrimonio, que iban a recibir Ángel Rueda y Andrea Lozano, siendo, lógicamente, el mismo ritual de su hermana y Jesús María, el día 12 de mayo pasado, o sea, siete meses antes.

Por parte de los militares fueron pocos los que asistieron a la celebración del matrimonio, por coincidir con la festividad de la patrona del cuerpo militar de Infantería, porque los militares tuvieron que asistir a la

189 tradicional misa de campaña, oficiada por el capellán del regimiento, en el patio del cuartel.

Don Félix era el más alto cargo del regimiento y debería haber estado en la misa de campaña y, como era costumbre, haber exhortado a los soldados con el discurso tradicional, pero por los motivos de todos sabidos, lo remplazó el teniente coronel del citado regimiento.

Sobre la una de la tarde, el sacerdote dio por concluida la eucaristía, y el banquete nupcial estaba señalado para las dos de la tarde, que en el transcurso de esa hora, los novios aprovecharon para hacerse el imprescindible reportaje de fotos, entre tanto, los más de 400 invitados consumieron la copa de bienvenida que, a esa hora, a todos les supo a gloria, ello tuvo lugar en el mismo restaurante donde se celebró el banquete nupcial de su hermana Rosita y Jesús María.

Cuando llegaron los novios en el 1500 de Ángel, fueron recibidos por los más de 400 invitados con fuertes aplauso y vivas por doquier.

El banquete nupcial fue de los más delicioso y selecto: con ricas ensaladas, bistec de ternera, mariscos variados y abundantes platos de buen queso, bien cortado en forma de cuñas, jamón también cortado en forma de virutas, aceitunas rellenas, patatas fritas y otros...

El salón, ya lo tenemos reseñado, de cuando la boda de Jesús María y Rosita, pero si queremos recordarlo de nuevo diremos que era espacioso y señorial, con altos ventanales, cubiertos con delicadas cortinas de raso de color granate; el suelo era de parqué de madera de

cerezo y estaba tan lustrado que te veías en él como en un espejo.

El banquete transcurrió en un ambiente tranquilo, reposado, pacífico y sereno.

A Rosita se le notaba y bien el estado de gestación de su primer hijo/a, pero ya estaba totalmente calmada de su neurosis, de sus manías y tristezas, de los primeros dos meses. Ahora estaba casi a punto de dar a luz y se sentía muy feliz con su Jesús María que, para ella era su refugio, su amparo y su Dios, porque Jesús María estaba loco con su mujer y más loco aún, por lo que le podría traer en breve. Rosita estaba ahora deslumbrante y se sentía muy feliz, porque su esposo era, para ella, la mejor persona de este mundo, y lo quería cada día más porque el amor que por ella sentía, era sincero, era amor de verdad, y también presentía que el amor que por ella sentía, era amor duradero, era un amor para toda la vida, era un amor eterno. Y lo sabía porque él se la había confesado, porque él se lo había jurado, una y otra vez, por la gloria de su padre, que era el ser que, con independencia del amor que le profesaba a ella, era el ser que más quiso en este mundo. A su madre también la quería -seguía pensando- pero a su padre no es que lo quisiera como a su madre, a su madre la quería y mucho, pero a su padre es que lo adoraba, que ella suponía que adorar es algo más grande que querer.

* * *

Cuando Jesús María salió de la Universidad, donde impartía clases de Derecho, a eso de las tres de la tarde, del día 12 de febrero de 1951, le dio la sensación de que Rosita estaría devolviendo por las frecuentes náuseas que, en los últimos días, venía sufriendo.

Al llegar a casa, subió las escaleras de mármol gris, de dos en dos peldaños, porque intuía que su esposa no se encontraría bien. Puso el dedo índice en el botón del timbre y enseguida abrió la puerta la nueva criada, traída de provincia, que atendía al nombre de Inés y era muy despierta la chiquilla (decimos chiquilla porque Inés pasaría muy poco de los quince años.)

-Buenas tarde señor -saludó con desparpajo -.

-Buenas tardes, Inés -saludó Jesús María también.

-La señora está en su dormitorio, me ha dicho que se iba a echar un poco porque no se encuentra muy bien -dijo Inés sin que nadie le preguntara.

Jesús María, enseguida colgó su gabardina en el perchero y de inmediato entró en el dormitorio y encontró a Rosita cubierta con las ropas de la cama, en posición decúbito supino (boca arriba), pero estaba despierta.

Jesús María se inclinó y la besó en la frente que la notó que estaba ardiendo de caliente que la tenía.

-Bésame en la boca, Jesús -le dijo sin más preámbulos.

-Ahora mismo, reina -le dijo y se inclinó aún más hasta llegar y besar sus labios, reseco y un poco desgajados.

-¿Cómo te encuentras, Rosa? -le preguntó.

-He estado toda la mañana con náusea, pero me acosté y, ahora me siento mejor, pero me he acordado mucho de ti y la congoja me ha hecho llorar -le dijo cogiéndole la cabeza con ambas manos, que sacó fuera del embozo de la sábana, edredón, colcha y demás.

-¿Por qué te has acordado de mí? -preguntó Jesús María un poquitín sorprendido.

-Porque he dado en pensar en que si a mí me pasara algo ¿qué harías tú sin mí? -le preguntó con ardiente deseo de que él le dijera que no, que para él ya no habría otra mujer.

-¡Pero qué tontina eres, Rosa! ¿Cómo puedes pensar así? Tú debes pensar que, para mí, ya no hay más mujeres, que tú para mí eres la única, y eso te lo he dicho ya por activa y por pasiva, y te lo he jurado por la gloria del que tú sabes que yo quería tanto; del que, por su pérdida, estuve a punto de perder yo mi cabeza; eso lo sabes tú muy bien, Rosa, y con esa manía, con esa obsesión tuya, no me martirices más, pues de seguir así podrías venir a verme al manicomio, Rosa mía, por Dios te lo ruego, no me tortures más con esas raras manías tuyas.

-¡No quiero, no me gusta que sigas hablando así, Jesús, mío! - exclamó al tiempo de incorporarse y colgarse de su cuello y besarlo y besarlo hasta en sus cabellos, al tiempo que decía:

-¡Perdóname Jesús, perdóname Jesús mío! ¡Ya jamás te hablaré así, ya puedes estar tranquilo, Jesús

mío, que nunca jamás te volveré a hablar en los términos que lo he hecho hoy, pero que sepas que si te hablo así es porque te quiero hasta el infinito de mi cielo y mucho más allá!

Al tercer día de haber estado en el tocólogo, doctor Egea, al entrar Jesús María en su casa de vuelta de la Universidad, oyó al entrar que, Rosita lo llamaba desde el dormitorio:

-¡Jesús! ¡Jesús! —llamó a su esposo con tono desesperado.

Cuando Jesús María oyó la voz aguda y timbrada de Rosita llamándole desde el dormitorio, entró en él y con acento desesperado preguntó:

¿Qué te pasa, Rosa, qué es? -preguntó Jesús María a Rosita con el corazón encogido por lo que le pudiera ocurrir, tal era su apremiante y desesperada llamada.

-¡Qué ya no puedo aguantar más, que ya no soporto más el enorme dolor que tengo, Jesús mío! -exclamó retorciéndose de dolor.

-¡Venga, Rosa, levántate si puedes, y si no llamo a una ambulancia, que creo que será lo mejor!

-No, Jesús, no; llévame donde sea en el coche que creo que podré aguantar -dijo al tiempo de ladear el voluminoso vientre y poner sus pequeños y bonitos pies, encima de la moqueta rosa, que Jesús María notó que los tema un poquito abotargados.

Cogida de su brazo bajó los dos tramos de escalera y en la misma puerta esperó a que su esposo bajase al garaje, cogiera su coche y lo llevara hasta allí.

Con prisas y más nervios, Jesús María abrió la puerta izquierda delantera y le ayudó a sentarse, y cuando se hubo acomodado bien, enseguida salió como un rayo hacia la clínica, donde tres días antes la estuvieron reconociendo, y donde el tocólogo le señaló que, por poco, le faltaba como una semana, pero se entiende que no calculó bien, porque a los tres días después le habían llegado los verdaderos dolores del parto y porque ya también había roto aguas, pues le dijo a su esposo que se notaba muy mojada.

Al llegar a la puerta de la clínica, Jesús María tocó el claxon del coche por dos veces consecutivas y, enseguida, acudió un enfermero con una silla de ruedas y la condujo derecha al paritorio donde el tocólogo estaba preparado y dispuesto, esperando la llegada de la parturienta.

Al meter a Rosita en el paritorio, el doctor Egea le dijo a Jesús María, que podía, si quería, quedarse allí, a lo que Jesús María le dio las gracias y le dijo que él no tenía valor, no tenía ánimos para ver lo que se esperaba que se pudiera ver allí, por lo que se fue a la sala de espera y allí se sentó, pidiendo, rogando para sí, que todo saliera pronto y bien.

De repente se levantó, como si la silla tapizada de escay de color marrón, tuviera en el asiento un resorte comprimido que al sentarse lo expulsara hacia arriba. Era, sin embargo, normal que, en aquella situación, no pudiera estarse quieto, parado, y comenzó a dar largos pasos de un extremo a otro de la amplia sala, importándole un bledo que las personas que entraban y salían, lo vieran dar aquellos paseos o movimientos extraños.

Sobre las seis de la tarde de aquel día 12 de febrero, Jesús María oyó el gemido y, después, el llanto de un niño, que resultó ser su propio hijo. Se puso nervioso, muy nervioso, y no sabía qué hacer: si entrar en el paritorio o esperar a que alguien le comunicara algo al respecto.

Y sucedió que, al momento, salió la enfermera, obesa pero despierta, con su bata blanca y su mascarilla verde colgándole bajo la barbilla, y con cara de mujer bonachona, se acercó a Jesús María y le dio la buena nueva, anunciándole el nacimiento de su hijo, de la manera más vulgar y primitiva, que se pueda anunciar el nacimiento de un crío:

-¡Señor, Jesús María, ya ha parido su mujer y es un niño precioso!
-le dijo de sopetón.

Jesús María, posó ambas manos sobre los hombros de la obesa señora y le preguntó:

-Señora, ¿puedo entrar a ver a mi hijo y a mi señora? -le preguntó.

-Pues claro que sí, verá que hermoso hijo le ha traído la cigüeña de su mujer —le dijo llanamente y con deseo de hacerle una gracia.

Al entrar en el paritorio, Jesús María se dirigió, en primer lugar, a la cama donde yacía su Rosa, y la besó con ardor al tiempo que ella le sonrió y, enseguida se acercó a la obesa enfermera, que tema a su hijo en brazos, enjugándole con una toalla después de haberlo lavado en una gran palangana.

Jesús María, cogió, por primera vez, a su más tierno hijo y, la fuerte emoción, le hizo llorar, le hizo bañar sus ojos en lágrimas, lloró no como había llorado su hijo,

pero sí como lloran los hombres que tiene corazón y nobles sentimientos.

El doctor Egea, le dio la enhorabuena y le dijo que el parto había sido muy normal, que estuviera tranquilo porque todo había ido muy bien, y su esposa no había sufrido apenas -dijo dándose media vuelta para mirar a la parturienta.

Jesús María dijo a Rosita que esa noche se quedaría allí para acompañarla, pero ella le dijo que no, que se fuera a casa tranquilo porque ella se encontraba muy bien, y tú tienes que descansar para mañana ir al trabajo.

-Que no, cariño, que no Rosa que mañana no tengo trabajo, pues ya lo he comunicado a mi superior, y me ha concedido tres días para que esté contigo.

-Bien, pues si no trabajas mejor, pero te vas a casa, y se lo comunicas a tu madre y a mis padres también, por eso te vas y descansa en nuestra cama, porque yo estoy bien y tú no tienes por qué pasar mala noche, pues yo aquí estoy muy bien atendida y acompañada con nuestro hijo, que por cierto ¿cómo le vamos a poner de nombre? -preguntó ella sabiendo muy bien lo que él le iba a contestar.

-¡Nuestro hijo será Silverio, sin más! -Exclamó él con mucho ardor.

-¿Pero has visto al hijo tan hermoso que nos ha dado Dios? -preguntó Rosita de pronto.

-Rosa, yo en estos momentos estoy atolondrado, estoy agitado y, no sé si estos es realidad o es un ensueño, es un delirio, es una alucinación-. Tendrán que pasar unos días para poderme situar y saber dónde estamos, y saber lo que el Señor nos ha traído, nos ha regalado -dijo Jesús María con gesto de estar

desorientado, y no saber dónde estaba ni saber en qué país vivía, tal era su atolondramiento, su turbación, en aquellos cruciales momentos.

Al día siguiente, la habitación de la clínica del *Remedio*, donde Rosita se hallaba, era un torbellino de familiares y amigos, que entraban y salían, la mayoría con hermosos ramos de flores, otras con pequeños, bonitos y graciosas ropitas de bebé. Entre los familiares y amigos que acudieron a la clínica del *Remedio*, visitaron, acudieron ¿cómo no?, doña Virtudes, Emilia y Andrés, suegra y padres de Rosita, respectivamente.

A los tres días justo del parto, a Rosita le dieron el Alta, y su esposo, su suegra y sus padres, salieron con ella hasta el Cadillac de Jesús María que esperaba en la puerta de la clínica, donde subieron los cinco más el chiquitín de Silverio, y llegaron a su casa con mucha ilusión, contento, agrado y alegría.

El maletero del espléndido Cadillac iba atestado de regalos que todos los familiares y amigos le habían hecho a Rosita, pero lo que más ilusión le hizo fue el florero que le llevaron su hermana Andrea y su esposo Ángel, porque era un florero de china posiblemente fabricado en cachemira.

Ya en casa, recibe a su hermana Andrea, a menos de una semana de haber salido, de haber dejado la clínica del *Remedio*.

-Andrea, ahora que tengo un hijo creo que puedo contarte cosas agradables. Supongo que nada me podrá hacer recaer en la tristeza de antes. ¿Por qué han de ser los lazos de la sangre, la proximidad, motivos del dolor?

Hoy mi corazón apenas puede contener sus latidos. Tú no has visto a mi hijo desde que Ángel y tú estuvisteis en la clínica, pero de eso hace ya más de quince días -creo recordar, si me equivoco me corriges-, y ahora vas a ver el cambio que ha dado. ¡Si parece que tuviera tres meses! No le has visto desde el día del jarrón de china, ¡que por cierto que buen gusto tuvisteis, hermana mía!

Éste, ya lo verás, que está como para alegrarse hasta al que llevan al cadalso. Pensarás que exagero, pero ya lo verás.

Cuando entraron el dormitorio y se acercaron a la cunita, donde dormía plácidamente, Andrea se quedó admirada al ver a su sobrinito que hacía reír y llorar de alegría de lo hermoso que estaba.

¡Oh, Andrea! ¡Cómo no voy a estar contenta! ¿Te has fijado en su rostro ovalado, que es exactamente el de nuestra madre?; los labios rectos y finos; las cejas aún sin marcar, pero son las de mamá. Nuestra madre es ya mayor, pero de joven tendría que ser una mujer guapa, su cara y su cabeza están hechas con precisión y delicadeza -así se explayó Rosita ante su hermana Andrea.

-Rosita, llevas razón, pero no toda la razón, porque tu hijo tiene mucho de ti y también tiene de su padre, de Jesús María -dijo Andrea con acierto y convención.

-Nuestra madre, ha tenido siempre y, aún tiene, una hermosura refinada y madura, tanto en líneas como en colores, todo ello transmitido, intacto, a mi hijo -dijo Rosita, ya para confirmar la hermosura de su hijo, ya para resaltar la guapeza de la madre de ambas.

-No me convences. Rosita, no me convences, porque ese hijo tuyo tiene de ti más que de nadie -dijo Andrea con total convención.

-Pues en este caso, en este tema, es que yo me parezco a mamá -dijo Rosita orgullosa de que fuera cierta la comparación.

Después, y como el niño gimiera un poquito, entró en el dormitorio, y lo cogió de la cunita, y con una sonora exclamación llena de dulzura de ¡Ay mi rey! Cogió al chiquitín, oprimiéndolo contra su pecho, lo besó con tal entusiasmo que hizo caer al suelo su gorrito con las borlas de color celeste. Enseguida miró a su hermana por encima de la pelada cabecita ¡Qué mirada, Andrea! Sus ojos decían:

-¡Quiero tener uno como éste!

Y ahora comprendí, por qué la quería tanto Ángel.

-Me tengo que ir, Rosita, me espera Ángel en el restaurante *El Quijote*, déjame a tu hijo que le dé un estrujón -le pidió a su hermana con encendido ardor.

Luego salió rauda calle abajo hacia donde su esposo la estaba esperando.

Capítulo XVII

-¡No quiero verte más por aquí, joven! -dijo el dueño del muestrario de navajas de Albacete a Andresito, el hijo menor de Andrés Lozano.

Yo, señor, estoy pisando en la vía pública de mi pueblo y la vía pública es de todos los vecinos de este pueblo, y usted, no es de aquí -dijo Andresito con expresiva corrección.

-¡Que te he dicho que por aquí no te quiero ver más! -insistió el dueño del muestrario de navajas.

La feria de muestras en Los Encinares, llevaba ya tres días montada, y desde el primer día Andresito, hecho ya un caballerete, se había enamorado de la hija del mostrativo, que tendría unos quince años, y era más guapa y más limpia que un sol.

El mismo día que el hombre instaló la muestra de navajas, Andresito se pasó por allí e incluso ayudó al hombre y a su hija a montar el muestrario, y, al final, tanto la chica como él se enamoraron mutuamente hasta los huesos. Aquel mismo día, en una ausencia perentoria del padre, la chica le dijo a Andresito qué cual navaja le gustaba, y Andresito le indicó la que más le gustó. Ella le dijo: cógela y métetela en el bolsillo, antes de que mi padre vuelva.

Andresito objetó que eso no estaba bien.

Ella insistió en que la cogiera rápido y se la metiera en el bolsillo. Como él se negó a obedecer a la joven en lo que le pedía, la joven, que atendía al nombre de Nuria, cogió la navaja que Andresito hubo señalado y

ella misma se la metió en el bolsillo de parche de su chaqueta, y cuando el padre de la chica volvió, ya estaba hecha la operación, por estricto deseo de la joven.

Aquella misma noche, Andresito aprovechó que el padre de la joven no estaba allí, pero que podría llegar en cualquier momento, por lo que aprovechó para decirle que detrás del muestrario de repostería, que estaba ubicado al final de la calle, la esperaría a las diez en punto. Andresito estaba allí, detrás del muestrario de repostería que estaba en penumbra, por estar ya en los campos que circundaban el pueblo, y en aquel mismo instante Nuria llegó al lugar que él le había indicado, y enseguida sellaron su compromiso con un largo y apasionado beso, que a los dos les supo a escasa gloria, pero menos hubiera sido nada - pensarían los dos tortolitos enamorados hasta la médula-. Aquel largo beso quedó plasmado en las neuronas de ambos jóvenes, porque fue el primer beso de amor tanto de Andresito como de Nuria, y ello representó lo más hermoso y sublime de sus vidas.

Ahora hacemos un inciso porque de Andresito no hemos hecho reseña alguna, ni de su complexión, ni de su comportamiento, ni de su condición humana, y es hora de tener en cuenta todas estas características y cualidades, porque para juzgar a una persona tenemos que estar bien informados de todas estas intrínsecas y esenciales cualidades o atributos, que se adhieren a la persona.

Andresito era un joven que, en la época en la que se desarrolla este breve historia, estaba a punto de cumplir los 18 años, pues había nacido en el año 1933 y ya nos encontramos en el 1951.

Andresito era de una estatura más bien alta (1,75 m.), y su peso estaría en concordancia con su altura, ya que su peso frisaría los 75 kilos; por tanto era más bien delgado, pero no enjuto. Su pelo negro endrina, como su hermana mayor, lo peinaba a raya sin marcar, pues lo tema algo viciado y le daba un porte apuesto y altivo. Tenía barba cerrada pero siempre iba bien rasurado. El color de su piel era algo cobrizo; su cuello recto y muy pronunciada la nuez; ojos negros como su pelo y hermosos, de mirada viva y noble a la vez. Vestía bien y era delicado al comprar las prendas de vestir. Terminó con sobresaliente los estudios primarios, en la escuela de sor Consuelo, y, ahora estudiaba 1º de bachillerato en el Instituto del pueblo.

En la mañana en que tuvieron lugar los hechos que estamos relatando, que por cierto era sábado y por eso no había clase, vestía un traje gris, de chaqueta de corte redondo y siempre sin abotonar, porque era presumido, pero al estilo moderno, (vestir bien eso sí), pero de forma distendida y jamás como un maniquí. Los zapatos siempre los llevaba bien lustrados y al moderno uso, o sea, sin cordones. Tampoco era amigo de corbatas, como no fuera en un acto pomposo.

Al día siguiente, por la mañana, Andresito se pasó por el muestrario de navajas de Albacete, y fue cuando el padre de la chica le prohibió que se acercara a donde él estaba, desgranándole o soltándole también algunos epítetos malsonantes, vulgares y ofensivos, que al chico se le vinieron encima todos los palos del sombraje. Pero el amor, ya se sabe, es tozudo y pertinaz, y tiene que ser muy caudalosa la riada para dejar que la tromba lo arrastre y se lo lleve todo al mar.

-No me iré de aquí en tanto que no me lo prohíba la fuerza pública, porque hubiera cometido alguna falta, alguna infracción o algún delito -dijo Andresito con todo el derecho del mundo.

-Es que tú no vienes aquí a comprar nada, tu presencia aquí es para ver a mi hija -dijo el hombre desenmarañando todo lo que había que desenmarañar.

-Padre, tú no tienes derecho a prohibir a nadie que pise las calles del pueblo -le dijo su hija con toda la razón del mundo.

-¡Tú te callas en esto, porque yo puedo pensar que tú eres la culpable de todo! -le dijo su padre con una mosca, detrás de la oreja, o tal vez, con un moscardón cojonero de burro.

En este mismo instante llegó allí Roque Expósito y enseguida preguntó al mostrativo por lo que pasaba, y el mostrativo no dijo nada, no pió, y Roque insistió en su pregunta:

-¿Qué le estoy preguntando a usted que me diga por qué estaba dando esas voces, que las he oído desde el principio de la calle? -preguntó Roque algo más subido de tono.

Roque tenía una verruguita del tamaño de uno de los huesos de una naranja castellana, en la mejilla derecha, cerca de la nariz, que, en momentos de excitación o de ira, le daba un manotazo al desgaire y hacia arriba, que se la ponía roja, muy roja, tan roja como el pimentón.

-Que me estaba diciendo a voces y amenazando, que no me acerque a su muestra -dijo Andresito al ver que el padre de Nuria no decía nada.

-Usted no tiene derecho a prohibir a ningún vecino de este pueblo e incluso al que venga de afuera, que ande, que pasee o que corra por las calles de este pueblo -le dijo Roque al mostrativo cabezota. Así pues, yo sí que le prohíbo a usted que vocee por la calle a los vecinos de este pueblo ni a nadie que nos visite, con motivo de esta feria de muestras -le dijo Roque al dueño de la muestra de navajas de Albacete.

El hombre de la muestra siguió sin decir ni pío a Roque y, éste le recordó que no se olvidara de lo que le había dicho.

Aquel mismo día, en un momento en que el hombre se ausentó (posiblemente para hacer alguna necesidad fisiológica), Andresito, desde una esquina de la calle, que no quitaba ojo del muestrario de navajas, se acercó a Nuria y acordó con ella, que en el mismo sitio y a la misma hora, se podrían besar de nuevo.

A las diez en punto de aquel día del vocerío en la calle del padre de Nuria, Andresito, se hallaba allí esperando a su amada Nuria, para abrazarla y darle todos los besos que poder pudiera. Nuria fue puntual porque el amor, el amor que sentía por Andrés era también amor sincero, como los fueron los de los esposos de sus hermanas, Jesús María y Ángel.

Aquella noche no fueron muchos abrazos, fue sólo un abrazo largo y duradero, que los dejó si no saciados al menos remediados y aliviados.

Eran jóvenes, muy jóvenes, pero aptos para amar y ser amados.

Ya no les quedaba que estar allí, más que el día siguiente, domingo, porque estaba programado que la feria de muestras terminaría el domingo por la noche, y

Nuria en aquella del sábado le había dado a Andresito la dirección de una íntima amiga suya de Albacete, para que le escribiera a aquella dirección, porque su amiga -le dijo-, era para ella más que una hermana, y podría poner en las cartas que le escribiera lo que en verdad sintiera por ella, porque su amiga nunca se enteraría de nada si ella no quería.

El domingo se despidieron en el mismo lugar y hora del sábado, y el abrazo y el beso fueron kilométricos, pero no llegaron a mayores porque ella, aunque muy joven (16 años), era una chica bien formada, bien recatada y honesta y con mucho sentido de la responsabilidad, y él también se había criado en el seno de la educación y de la prudencia.

Nuria era una muchacha linda, tenía una cara de piel blanca, hermosos ojos negros, de mirada inteligente y a la vez noble; pelo de negro cálido también, limpio y aseado, cayéndole en cascada sobre los hombros y como más de una cuarta desde la nuca a la espalda; sus labios finos y delgados, su nariz correcta; Tenía una estatura de sobre 1,60 m., era esbelta y su cuerpo lo tenía bien formado, si acaso, un pelín rellenito; tenía las piernas altas, bien formadas o torneadas; vestía con sencillez: una falda con hechura de capa, de tejido de franela o de lana, de color verde pálido, haciendo rombos trazados con listas negras; llevaba un jersey gris de lana sin escote, descansando una crucecita suspendida de una cadenita de oro, sobre el canalillo de sus medianos pero bien formados senos; calzaba zapatos de ante de color marrón oscuro, atados con una lazada con forma de ocho horizontal. Todo su atuendo era muy sencillo y austero, pero lo llevaba con buen garbo y elegancia.

La mañana del día 24 de febrero, cuando Andresito salió de su casa, carpeta en mano, camino del instituto, se medio topó con el cartero que iba hacia él y le dijo:

-Oye, joven, ¿tú eres Andrés Lozano?

-Sí, señor; yo soy Andrés Lozano -le dijo ansioso, pero sin pensar ni de lejos, que fuera lo que él deseaba.

-Es que traigo carta para ti -dijo el cartero mientras abría con los dedos un buen paquete de cartas de varios tamaños.

Cuando el cartero dio con la suya la cogió con los dedos índice y pulgar, a modo de pinza y se la entregó, al tiempo que dijo:

-Toma, joven lo que tú esperabas, y continuó su caminar buscando números de viviendas a lo largo y ancho de aquella calle.

Andresito cogió la carta, miró el revés de la misma y cuando vio el nombre de Albacete, se quedó alelado, se quedó estupefacto, se la metió, doblada, en el bolsillo interior de su chaqueta y salió volando hacia el Instituto, porque llevaba la hora pegada al culo. Sin embargo llegó a buena hora, se sentó en su silla de costumbre, y notó que no podía concentrarse en lo que el profesor estaba explicando. Estaba ansioso de que llegara la hora del recreo, pues era en lo único que pensaba en tanto que el profesor estaba explicando lo que aquella mañana del 24 de febrero correspondía.

La hora del recreo llegó tarde, muy tarde, según creía Andresito, y, tan pronto como dieron suelta a los alumnos, él se fue hacia una esquina del amplio patio y, allí, con dedos nerviosos, abrió la misiva y comenzó a leer el contenido de la carta que sigue:

Albacete, 20 de febrero 1951

Mi querido Andrés, Quiero que sepas lo mucho que significa para mí que, desde que no te veo, siento como si me faltara un pedazo de mí. No sé qué es, pero siento como si me faltara el aire, pero mis pulmones no son porque no me duelen cuando respiro. Siento que no puedo caminar, pero mis piernas están conmigo porque camino cuando deseo caminar. Siento como que no me puedo sostener, pero mis manos no son porque con ellas escribo. Siento como que ya no puedo razonar, pero mi cabeza está en su lugar, como que no me sale una palabra, pero mi boca no lo es, porque pronuncio tu nombre; siento que no me late el corazón, pero luego me doy cuenta que ni eso es, porque cuando pienso que algún

día te veré late con fuerza... Llegué a la conclusión de que eres mi vida entera, porque si tú no existes ya no existo yo. Te amo tanto, mi Andrés... En algún tiempo, cuantío no sabía de nada, no entendía razones y mi cielo era gris... Mi llanto inunda mi alma ahogándola en desolación.

Un día inesperado sin que nadie lo planeara te conocí e imaginé que aquel joven callado, tímido, tal vez, lanzara flechas a mi corazón — Te vi como alguien común y normal... Después, cuando a los dos días de conocerte, descubrí que el motivo por el cual latía mi corazón más rápido de lo normal, eras tú. Intenté ocultar mis sentimientos hacia ti, pero me fue imposible. Pensé también que tal vez tú querías conocer a otra persona ¡jamás imaginé que sería yo!

Pero mi alma brincó de emoción cuando de tus dulces labios salieron palabras que expresaban tus sentimientos hacia mí... fue entonces cuando

conocí un nuevo sentimiento que aún no sé cómo descifrar, un sentimiento que me acompaña y que cada día se hace más grande, un sentimiento que sólo te pertenece a ti.

Yo no pierdo la esperanza de que tú seas algún día todo mío, tú puedes contar que, desde que te conocí, soy toda tuya.

Mi padre se cansará y algún día nos dejará en paz, y nosotros seremos muy felices, sin trabas ni barreras de nadie.

- ¿Qué puedes esperar que yo te diga ahora?, que te amo con toda mi alma, con todo mí ser y que espero con el más ardiente deseo que me escritas a la dirección que te di y que me digas, tan sinceramente como yo, lo que ahora sientes por mí.

Besos, muchos besos, de quien le cuesta sudor, tristeza y lágrimas vivir sin ti.

Tu Nuria, siempre tuya.

Cuando terminó su lectura sus hermosos ojos negros, se quedaron nublados, nublados y enrasados de agua incolora, como si los hubieran sumergido en algún líquido plateado.

Aquella misma noche, antes de acostarse, se sentó en su cama, abrió el tercer cajón de su mesita de noche y sacó una carpeta de cubierta de cartón de color gris y sacó un folio, le quitó el capuchón a su estilográfica y comenzó a rasgar en el papel satinado lo que sigue:

Los Encinares, 26 de febrero de 1951.

He recibido tu cariñosa carta y su lectura me ha hecho llorar. Con las palabras que en ella me dices he quedado gratamente sorprendido, porque con ellas expresas, muy directamente, lo que sientes por mí. Tú debes saber también lo mucho que te quiero, aunque alguna vez no te lo haya sabido demostrar, Nuria mía. En esta carta te Quiero expresar todo lo que yo siento por ti, Nuria mía, ángel de mi amor.

Ahora te doy las gracias, por lo que aquellas

tardés-noches, me hiciste disfrutar de ti, en aquellos felices encuentros... Tu arriesgaste un posible y severo castigo de tu padre, sólo por satisfacerme a mí. gracias a tu valor pudimos conocernos. Poco a poco, como una gran artista, lo mejor de mí has sacado, muchas cosas para bien de mí, has cambiado mi vida, has mejorado lo más importante, mi amor, que mi personalidad no has dañado. Creo, cariño mío, que de ti he recibido más de lo que yo te pueda dar, esto, a veces, me puede desanimar, pero tú estás llena de amor y eso me da mucha felicidad, mi familia te vio cuando estuviste aquí y está contenta contigo por lo mucho que me quieres y por el amor que tú me das. Del cambio en mí ellos también lo han notado. Me dicen: ¡Estás enamorado, Andresito! Sé muy bien que me amas y me quieres tal como soy, porque sabes

que dentro de mí hay un gran corazón. Amor mío, me gustaría en esta carta de amor pedirte perdón por el aprieto y compromiso que te ponía cuando te pedía que acudieras al lugar donde yo te decía para poderte abrazar y besar. Lo más hermoso de ti es que eres una chica luchadora, que sabes muy bien lo que quieres; que eres honesta, trabajadora, y dices las cosas directas y claras, teniendo un noble corazón.

De ti admiro el sentido positivo que le das a la vida, por más problemas que tengas, consiguiendo siempre lo que te propones. Recuerdo la mañana del vocerío de tu padre, porque yo me acercaba adonde tú estabas, y tuviste el coraje, el arrojo y valor de salir en defensa mía.

Me decías que con el tiempo
aprenderé a reconocer en lo más íntimo

de mí. ¡Cuánto te amo, Nuria! Quiero que sepas, amor mío, que jamás te dejaré, hasta el fin de mis días. A tu lado siempre estaré. Quiero que sepas también que tú eres para mí el mejor tesoro, al ser tu amor de muchísimo más valor que la mejor joya de diamante y oro. Te quiero, mi amor, te quiero con cada poro, con cada átomo de mi alma y de mi corazón.

Ya no sé qué decirte más; me gustaría escribirte una carta larguísima, pero ni el tiempo me lo permite ni con eso te querría más. Te quiero mucho, mi vida, con una carta larguísima y sin carta larguísima, ¡ya no te puedo querer más!

¡Sí quiero que sepas que, desde hoy, comenzaré a guardar, lo que mis padres y mis hermanas me puedan dar, para juntar hasta que tenga suficiente para salir hacia ti, para

besarte y abrazarte con el ardiente amor que te profeso,
aunque sea en la casa de tu buena amiga.

Por último quiero que sepas que, es rara la noche
que no evoque tu figura, que no sueñe contigo.

Y ahora no estará demás que te lo diga en vulgar y
mediocre verso:

**“Vaya cosa tan rara, anoche soñé
que estaba durmiendo contigo, estando
solo en mi cama”.**

Te envío un fuerte abrazo y aún más fuertes un
montón de besos.

Siempre tuyo. Andrés.